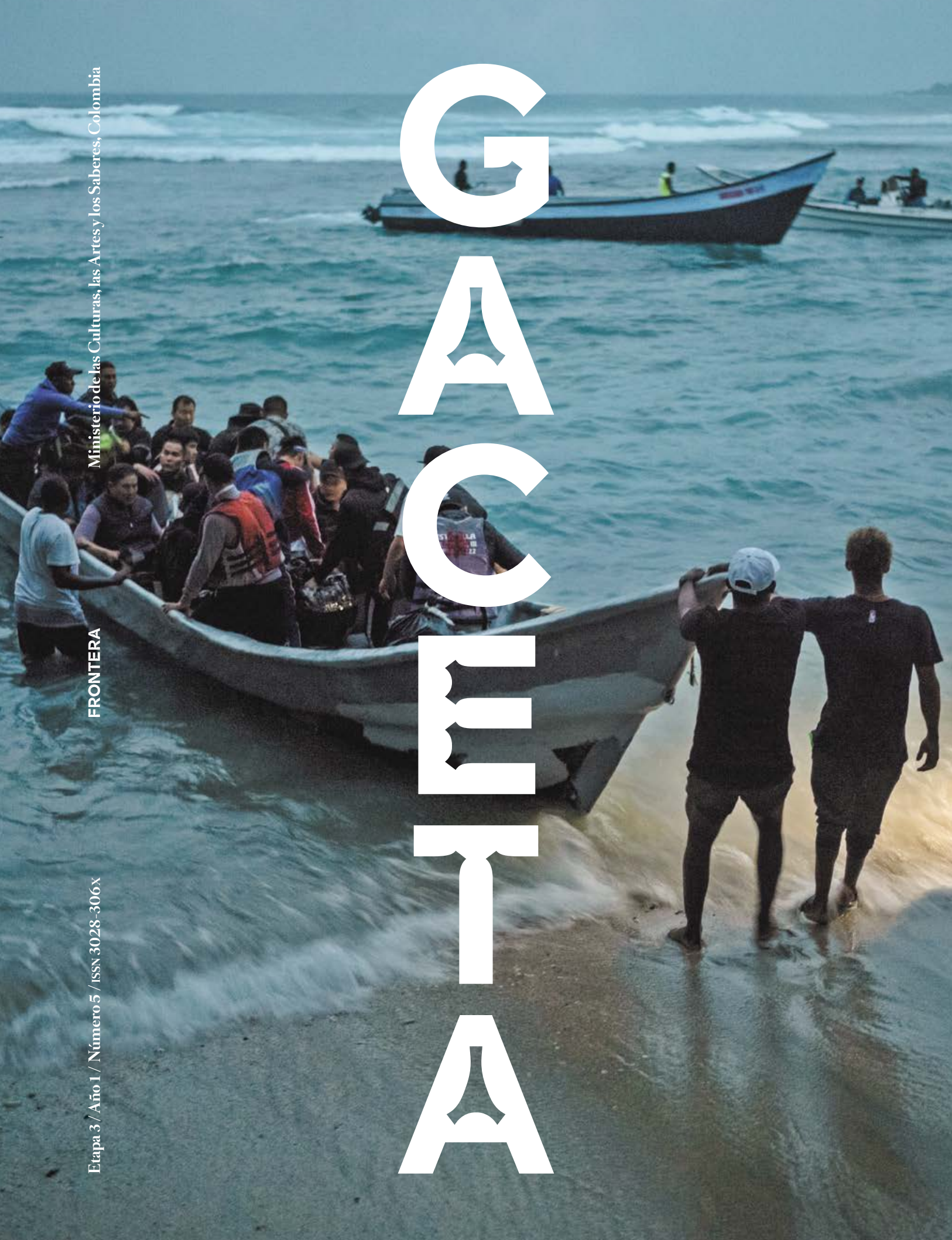


Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, Colombia

FRONTERA

Etapa 3 / Año 1 / Número 5 / ISSN 3028-306X

GACETITA





ATMOCAG

Etapa 3 / Año 1 / Número 5

FRONTERA



Culturas

**Ministro de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Juan David Correa Ulloa

**Viceministra de los Patrimonios,
las Memorias y Gobernanza Cultural**
Saia Vergara Jaime

**Viceministra de las Artes
y la Economía Cultural y Creativa**
Yannai Kadamani Fonrodona

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

**Directora de Audiovisuales,
Cine y Medios Interactivos – DACMI**
Diana Díaz Soto

**Coordinador del grupo de
Comunicaciones – DACMI**
Jaime Conrado Juajibioy

GACETA
Etapa 3 / Año 1 / Número 5 / **FRONTERA**

Director
Daniel Montoya Aguillón

Editores
Hugo Chaparro Valderrama
Sergio Zapata León

Adjunta
Manuela Fajardo González

Editores web
Tania Tapia Jáuregui
Santiago Cembrano

Comité editorial
Isabel Botero, Mauricio Builes, Hugo
Chaparro Valderrama, Daniel Montoya
Aguillón, Tania Tapia Jáuregui, Marta Ruiz,
Sergio Zapata León

Asesor editorial
Vicenta Moreno, Gonzalo Sánchez
y Temblores ONG

Jefe de prensa
Thomas Blanco Lineros

Coordinadora administrativa
Vannessa Holguín M.

Textos
© de todos los autores
Juan Arredondo, Luciana Cadahia, Juan
David Correa Ulloa, Coqueta, Bram Ebus,
Natalia García Freire, Pamela Huerta,
Laura Langa Martínez, Alejandro Lanz
Sánchez, Lina Quevedo, Dorit Rabinyan,
Federico Rios, César Rozo Montejo, Fabio
Rubiano, Marta Ruiz, José Sanchis Sinisterra,
Guillermo Segovia Mora, Margarita Serje,
Vicenta María Siosi Pino, Adriana Urrea.

**Documentos fotográficos,
ilustraciones y obras de arte**
© de todos los autores
Francis Aljys, Tirsia do Amaral, Ariel Arango,
Juan Arredondo, Juan Pablo Echeverri,
Santiago Escobar-Jaramillo, Duvan Alfonso
Espinel, Iván Herrera, Juan Fernando
Herrán, Fran Klin, Jorge Mario Múnera,
María Andrea Parra, Libia Posada, Michael
Ramírez, Camilo Rodríguez, Federico Rios,
Teatro Petra, Miguel Winograd.

**Dirección de arte, montaje
y preparación digital**
Tangrama

Corrección de estilo
Liliana Tafur
Catalina Trujillo-Urrego

ISSN 3028-306X

Derechos reservados para los autores.
Prohibida su venta.



Atribución – No comercial – Sin derivar

Esta edición de **GACETA** se terminó
de imprimir en Bogotá en la Imprenta
Nacional de Colombia en enero de 2025.
Se utilizaron tipografías Maax
Micro y Romain BP Headline.

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Calle 8 n.º 8-55, Bogotá
Teléfono: 601 342 4100
gaceta@mincultura.gov.co

portada Un bote clandestino con migrantes
afganos, chinos, venezolanos y ecuatorianos
parte en la noche desde Capurganá para trans-
portarlos hasta Carreto, en Panamá, desde
donde tendrán que caminar la selva del Darién:
una travesía para intentar llegar hasta Estados
Unidos. Foto de **Federico Rios**.

p. 1 *Itinerarios 2. Impresión inkjet.* Del
proyecto *Escalas*, 2018 de **Juan Fernando
Herrán**. Este proyecto que combina una serie
fotográfica y piezas escultóricas de mediana
y gran escala, toma como referencia histórica
el fomento del Gobierno local de Medellín
para el desarrollo de esculturas instaladas en
el espacio urbano, implementado a inicios de
la década de 1980. Consciente de que dicha
política definió en un alto grado la relación de
la urbe con el lenguaje de la escultura, Herrán
buscó en las zonas periféricas de la ciudad
obras de arquitectura anónima que respondie-
ran a la topografía de manera sensible: actos
de posesión territorial donde se «conquista y
domina» el terreno que se habita. La configu-
ración y el diseño del espacio público en las
zonas de asentamiento informal son el resul-
tado de procesos constructivos participati-
vos que solucionan la no inclusión de estas
comunidades en los planes de desarrollo de
la ciudad.

→ Camilo Ramos Manuel, médico tradicional
tikuna de sesenta y seis años en su chagra a las
afueras de Arara: «Los chamanes miran; ellos sí
saben mirar los espíritus, sacar los malos espí-
ritus del cuerpo». Foto de **Miguel Winograd**.

p. 112 Cotidianidad frente al mar Pacífico.
Un hombre se balancea sobre un motocamión
cargado de timbos de gas cerca del muelle
de Juanchaco, Buenaventura, donde la vida
fluye entre lanchas, transeúntes y las labores
diarias. Foto de **María Andrea Parra**.



descargue aquí
GACETA / FRONTERA

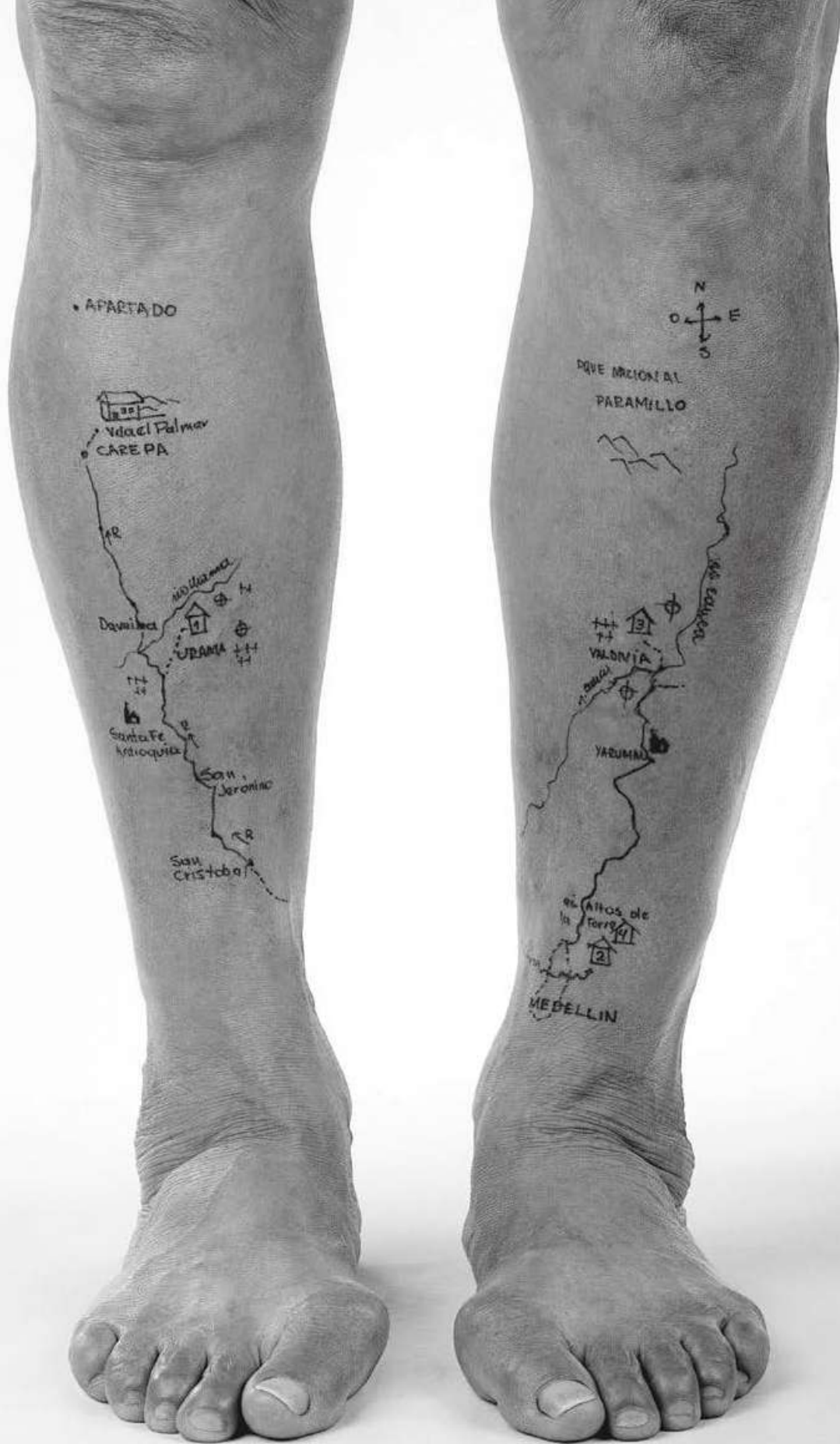




«¡Que se corten esos árboles enormes!»	Margarita Serje	11
Échele candela al monte	Marta Ruiz	14
Un vacío entre las estrellas	Laura Langa Martínez	20
Inírida: espejo del sol	César Rozo Montejo	26
De Siapana a Machique	Vicenta María Siosi Pino	31
América Latina: la unidad abigarrada	Entrevista a Luciana Cadahia	35
Los narcos más pobres en la cadena del narcotráfico	Pamela Huerta – Bram Ebus	39
Darién	Federico Rios	46
Gentes de pose	Alejandro Lanz Sánchez	53
Politizar la herida	Coqueta – Vicky Sánchez – Lina Quevedo	57
Las blancas manos no se quiebran	Juan Arredondo	65
El retorno del exilio	Dorit Rabinyan	73
Un museo física y simbólicamente fronterizo	Museo de la Ciudad Autoconstruida	78
Las artes se irrigan	Adriana Urrea	84
El desprestigio del perdón	Fabio Rubiano	89
Morada al Sur	Guillermo Arturo Segovia Mora	93
Manifiesto (latente) del teatro fronterizo	José Sanchis Sinisterra	96
Cruzar	Natalia García Freire	100

← Una frontera verde en el centro Internacional de Bogotá. La casa y huerta productiva de María Elena Villamil era parte del barrio La Perseverancia hasta que la separó de un tajo la construcción de la carrera Quinta. A comienzos del siglo xx este sector fue suburbio pobre y cuna de marginados. El barrio ha cultivado hasta hoy su identidad rebelde, donde conviven en armonía aguerridos líderes obreros y raterillos de ocasión con el poder financiero y los nuevos desarrollos inmobiliarios que poco a poco gentrifican esta zona de la ciudad. La Huerta Santa Elena compite por la luz natural con los altos edificios. Foto de **Miguel Winograd**. Tomado del libro *Adentro. Vida en Bogotá* (Universidad de los Andes, 2021). Lorenzo Morales Regueros.

Editorial	7
Frontera	102
Colaboradores	104



Territorios nacionales y mentales

Cuando hablamos de fronteras aparece una tensión fundamental propia de nuestros imaginarios occidentales y, en parte, nacionales. De un lado, pensamos en aquellos límites constantes en la historia entre el territorio conocido y «civilizado» y los territorios llamados *de la barbarie*. Estos últimos han sido, una y otra vez, sometidos y traspasados bajo la idea de ampliar la civilidad y «salvar» de ese prejuicio a sus habitantes. Del otro, en los límites administrativos y geográficos que, al ser trazados sin plena conciencia de las culturas que allí se unían o separaban, siguen impidiendo que la transformación del territorio y la distribución de los recursos se planee de manera mucho más integral y compleja. ¿Qué ha resultado de estas dos ideas que se han propagado entre nosotros en medio de conquistas, violencia, sobresaltos, revoluciones, repúblicas, guerras civiles, contrarreformas, constituciones, pactos bipartidistas, masacres, extractivismo y acuerdos de paz?

Sin duda, algunos de los profundos abismos que vivimos hoy como nación se han hecho evidentes en estos dos años, aumentando las tensiones sociales en el primer Gobierno de izquierda del país. Durante nuestra historia se han transgredido límites culturales, emocionales y mentales que nos confirman que mucho de lo profanado y violado es parte de lo que debemos enfrentar hoy, así cueste superar el refugio ilusorio de los encierros psicológicos y las falsas seguridades de la clase, el centralismo, el patriarcado, o la racialización.

Hasta el momento de la conquista de América, zonas de relativa convivencia fueron convertidas en escenarios de violencia, despojo, miedo y negación del otro, por supuesto, ejercidas por guerreros en trance de dominio y vasallaje. Cuando los conquistadores hispánicos impusieron sus lógicas de poblamiento en estas tierras, invirtieron el orden existente en los territorios después llamados amerindios, y convirtieron los ríos y las cuchillas de las cordilleras, hasta entonces

vías de comunicación y caminos de articulaciones interculturales, en fronteras de los centros urbanos recién creados como ejes del centralismo territorial. De esa manera, transformaron esos espacios de relaciones abiertas en zonas marginales: lugares que incubaron los mitos culturales de la culpa, la expiación y la salvación que trajeron quienes los acompañaban con la palabra escrita en el libro sagrado y el uso como dominación del castigo, del diablo, de los seres del mal, de la condenación eterna, mientras la frontera no se expandiera y los transformara.

Todo esto se consolidó histórica y culturalmente apelando a las narrativas más obvias encarnadas en el paisaje y en el temor por lo desconocido. José Eusebio Caro le dijo a su hijo, enseñándole sus primeras lecciones de geografía, desde la cima del cerro hoy conocido como el santuario de Monserrate, en Bogotá, algo como lo siguiente: «Todo lo que ves es nuestra sociedad; lo demás es tierra caliente»; y en el otro lado del espectro de lo que podríamos atribuir a lo político en nuestra historia, el «Sabio» Caldas atribuyó a esa tierra «caliente» la supuesta impotencia de las provincias para pensar y hacer ciencia.

Cada uno, a su manera, da cuenta de asuntos urgentes en la discusión política y cultural del país. El ritmo del desarrollo desigual de las regiones obedece, sin duda, a aquellos prejuicios coloniales, invencibles hasta nuestros días, a pesar de la resistencia de los portadores de esas otras civilizaciones que lograron sobrevivir y mantenerse en sus territorios de origen convertidos en zonas de refugio.

Bolívar imaginó en su *Carta de Jamaica* que la capital de la Gran Colombia debía ubicarse en Bahía Honda, La Guajira; y convocó algunos de los congresos fundadores de nuestras naciones contemporáneas en Angostura, en la Orinoquía, en 1819; o en Cúcuta, en 1821, para intentar una organización propia de la Gran Colombia. Se fijaron parámetros imaginarios para ser

nosotros mismos como sociedad a partir del reordenamiento territorial de lo colonial. No obstante, las pugnas y guerras civiles terminaron por imponer al centro del altiplano cundiboyacense como el lugar de preeminencia sobre los demás. El río Magdalena, nuestra gran oportunidad para la conexión de las culturas de esta tierra, fue, poco a poco, convertido en los confines del ordenamiento departamental andino: el resto del país se nombró entonces como «territorios nacionales», declarados en su mayor parte como baldíos, para reafirmar su carácter de zonas pendientes de descubrimiento y conquista.

¿Por qué no hemos considerado otras fronteras? ¿Cuáles son esos límites imaginarios que no concebimos desde esa sola idea del mundo? El ejemplo de los mamos de la Sierra Nevada, que no se han cansado de explicarles al país y al mundo que la Línea Negra, más que un límite, es una lógica de funcionamiento, al mismo tiempo natural y cultural, del cerro Gonawindúa, es prueba de ello. Los sitios sagrados que se tejen entre la costa y las cuencas de los ríos son las relaciones entre los árboles, las piedras, la tierra, el aire y el agua.

La tozudez colonial ha persistido a sangre y fuego durante nuestra historia. En los años ochenta del siglo pasado, los territorios de las «tierras bajas» fueron promovidos como los espacios del futuro, la «segunda oportunidad» del país que ya debía superar el café como productor de las divisas necesarias a la economía capitalista dominante. El Catatumbo, Arauca, Putumayo, Urabá —denominada «la mejor esquina de América», con un sentido siempre de zona exterior extrema—, y los Llanos fueron escenario de las nuevas explotaciones petroleras y de plantaciones forestales y de monocultivos, convertidos con brutal violencia en el tránsito de los siglos XX y XXI: conquista, despojos y desplazamientos de millones de personas fueron los «costos» del desarrollo y la supuesta salvación civilizatoria.

Michael Taussig se aproximó analíticamente a esas transformaciones de los imaginarios fronterizos y los definió como aquellos donde la tensión entre el coexistente deseo y el miedo al otro se resolvía con la violencia como el espacio trágico de socialización de unas fronteras en movimiento. Allí estaban, por

supuesto, y siguiendo el orden de los territorios mencionados, los baríes, los u'waa, los kofanes y los ingas, entre otros pueblos indígenas del piedemonte amazónico, y los emberas, junto con sus vecinos campesinos y negros con los que convivían después de los complejos periodos de configuración de sus vecindarios, que tampoco estuvieron exentos de tensiones entre ellos mismos.

Hoy se propone desde el legislativo revisar, como sociedad, los imaginarios centralistas y colonialistas para reconocer, sin ambages, las diversidades lingüísticas y culturales del país, para que estas tengan poder y se incluyan, de manera definitiva, en el destino de una nación que no hemos terminado de imaginar y comprender. Reconocer los aportes territoriales históricos, su historia, su geografía, su arquitectura, su conocimiento y todo lo que entendemos como culturas, artes y saberes es fundamental para aspirar a la unidad de una nación, cuyo símbolo de unidad es una Constitución plena de derechos sociales y económicos: es preciso avanzar en la recuperación y redefinición del sentido de las fronteras abiertas.

Por ello, hoy, cuando el país se debate entre el cambio y la continuidad de esas lógicas dominantes, el tema de las fronteras resulta crucial, y le dedicamos esta entrega de la revista, como un aporte a la necesaria tarea colectiva, pública, cultural, que desate los nudos de nuestros imaginarios y de los ordenamientos mentales y territoriales que aún imperan. La inclusión social y la lucha por la igualdad y el reconocimiento de grupos y sectores sociales marginados y excluidos, como los campesinos, los indígenas y las comunidades negras, y los pobladores de los municipios rurales, que corresponden a los extensos territorios de las tres cuartas partes del país que han sido mantenidos aún hoy como marginales y bárbaros, o cuando menos, como «subdesarrollados», deben realizarse. Vastos grupos humanos sostienen la enorme diversidad del país y nos muestran el camino de la superación de las fronteras como líneas divisorias, hacia su constitución como espacios de articulación, de diálogos y convivencias interculturales, y de paz. Las fronteras están, entonces, profundamente instaladas en nosotros mismos. Quizás llegó la hora de hacernos las preguntas importantes sobre nuestros prejuicios y límites.

p. 6 *Signos Cardinales*, 2008, de **Libia Posada** propone una serie de «mapas» de los recorridos por desplazamiento forzado descritos por un grupo de mujeres (y sus familias) desde sus territorios de origen hacia las principales ciudades del país. El proyecto constituye un ejercicio individual y colectivo de descripción, visualización, ubicación, representación y comprensión de la experiencia de cada participante en relación con el territorio geográfico y el cuerpo. A partir de la reconstrucción oral del viaje heroico se levantan los mapas sobre papel. Luego, en una sesión conjunta, se preparan las piernas y los pies y se dibuja sobre ellos. Posteriormente se fotografían en estudio. Usado ampliamente como unidad de medida, previo al sistema métrico decimal, los pies junto al paso y la zancada constituyen las herramientas con las que ha sido medido una y otra vez el territorio colombiano.

→ *Ascensión*, 2016. Impresión *inkjet*. Del proyecto *Leve y emergente*, 2016, de **Juan Fernando Herrán**. Una imagen registrada en Teyuna o Buritaca–200. También conocida como Ciudad Perdida, es un antiguo poblado Tayrona, consturido aproximadamente en el año 650 d. C. y considerado uno de los principales asentamientos arqueológicos de Colombia. El sitio fue hallado en 1973, luego de haber permanecido cubierto por musgo, tierra y raíces por décadas. El Gobierno de Colombia autorizó su exploración en 1976 con el fin de recuperar las riquezas arqueológicas de la zona. Debido a la inclinación de la tierra en la que se construyó la ciudad, la única manera de garantizar el acceso a la población era a través de la construcción de escaleras que tienen aproximadamente 60 % de inclinación, cuyos escalones siguen uno al otro en hilera.





«¡Que se corten esos árboles enormes!»

Hubo un tiempo en que lo salvaje era sinónimo de atraso. Un glacial, una duna, el monte, si no estaban intervenidos por el hombre, eran considerados lugares de desecho. La autora nos indica que así se convertían en territorios en disputa: tierra de nadie, disponible para la explotación.

Con estas famosas palabras exhortaba hace dos siglos el «Sabio» Caldas la explotación de las riquezas de las regiones selváticas del país. Señalaba que al aprovechar los «aromas, bálsamos, maderas preciosas, palmeras, yerbas medicinales, flores desconocidas, aves vistosas, bandadas de zainos, familias numerosas de monos, anfibios diferentes, insectos útiles, reptiles venenosos» se lograría resolver el otro problema que presentaban las extensiones boscosas a ojos del naturalista: el de la «enfermedad de la tierra». El aire de las selvas, cargado de humedad, «se carga también de las exhalaciones de las plantas vivas y de las que se corrompen a sus pies», produciendo enfermedades e incomodidades a quienes allí viven: «fiebres intermitentes, las pútridas y las exaltaciones de la más vergonzosa de las enfermedades. De aquí la prodigiosa propagación de insectos, y de tantos males que afligen a los desgraciados que habitan estos países». Así, Caldas recomienda que «se corten estos árboles enormes, que se despejen estos lugares sombríos, para que los rayos del sol acaben con la humedad excesiva y entonces, como por encanto [...] las fiebres, los insectos y los males huyen de estos lugares, y un país inhabitable se convierte en uno sereno, sano y feliz». La elusiva felicidad del país se lograría cumpliendo el destino glorioso con el que la naturaleza lo ha dotado al «sacar todo el partido posible de los bienes con los que el Creador enriqueció nuestro país, cultivarlos, *mejorarlos con el trabajo* [...] [para] salir de la apatía vergonzosa de las naciones salvajes y ponernos al nivel de los pueblos civilizados, agricultores, industrioses y felices».

Tristemente, la exhortación de Caldas ha resultado ser profética, como lo demuestra la fuerza que ha tenido, a escala planetaria, la colonización de las especies y los ecosistemas de acuerdo con la ideología de la «mejora», con el objetivo de «sacar todo el partido posible». Este propósito parte implícitamente de concebir la tierra y sus recursos como capital, y de suponer

que su manejo solo es productivo si permite obtener el máximo posible de rentabilidad, por lo que la producción se debe orientar preferiblemente a los mercados suprarregionales y preferiblemente globales. Para ello, se requiere inversión e innovación que permitan racionalizar los (mono) cultivos y la cría de unas pocas especies rentables (vacas, cerdos, pollos, salmones). Y, finalmente, se supone que esto solo puede hacerlo posible la propiedad privada.

A pesar de los impactos de esta poderosa ideología, uno de los rasgos de nuestro planeta sigue siendo su diversidad. Incluso cuando se observan con detenimiento paisajes aparentemente homogéneos como los desiertos o las sabanas, se aprecia fácilmente que en realidad están constituidos por mosaicos de distintas asociaciones de seres vivos que presentan una multiplicidad de especies, de paisajes y de formas de vida humana. Sin embargo, concebimos las regiones que consideramos «salvajes» de manera negativa, a partir del hecho de no haber sido apropiadas enteramente para el mercado capitalista moderno y su orden, el no haber sido articuladas del todo a sus formas de extracción de recursos y a los flujos de sus redes comerciales.

No obstante su enorme diversidad climática, paisajística y social, los paisajes salvajes se describen de forma asombrosamente similar, reiterando invariablemente los mismos tropos. En los relatos de viajeros y exploradores, de naturalistas y cartógrafos, resulta sorprendente ver que estos lugares, sean las dunas del Sahara, los glaciares de la Patagonia, las lagunas esteparias de Mongolia o los bosques cruzados de lianas en el trópico, aparecen descritos casi siempre de la misma forma: como «desiertos», en el sentido de inhumanos, pues se ven como si estuvieran deshabitados o (en la gran mayoría de los casos) habitados por seres inferiores, oscuros y abiertamente salvajes cuyo poblamiento puede ser fácilmente desechado. Así, parecen como vacíos no solo en los mapas demográficos, sino en los de la industria y el comercio y, sobre todo, en los de los Estados nacionales. Sin embargo, están llenos de contenidos que siguen vigentes en el sentido común: vastas extensiones, apartadas y lejanas, agrestes, e incluso a veces como tierras malditas. Se ven, principalmente, como minas de riqueza, y en esa medida, como un desafío y una aventura promisorio y rentable.

Si se mira el África tropical, por ejemplo, a partir del río y las selvas del Congo, vemos que esta cuenca, al igual que la del Amazonas, se describe como un territorio desconocido y lleno de peligros que

contiene vastas riquezas. Se ve como una reserva aún desconocida que debe ser «abierta» para dar paso a la luz del comercio y de la civilización. Evidentemente, quienes han sentido que tienen la misión de penetrar esas regiones, consideradas tierras vírgenes y disponibles para ser tomadas, aparecen en la historia como héroes, aventureros, naturalistas y exploradores. En África se destaca la figura legendaria de Livingstone, cuyo viaje pionero por el río Congo abre una era de explotación vertiginosa, semejante a la que inauguran los conquistadores en América o el capitán Cook en el Pacífico, que culmina, más que en el «descubrimiento» de las fuentes de los grandes ríos, de las cordilleras perdidas o de miles de «nuevas especies», en la apropiación y explotación de tierras, minas y mano de obra.

Esta visión, que ignora la historia y la geografía social, destaca el punto de vista exotizante e interesado del aventurero o del naturalista y, sobre todo, del inversionista, es decir, aquellos Hombres (con mayúscula y en masculino: «blancos», letrados, urbanos) en busca de la fama y la fortuna: algún Dorado o una encantada Ciudad de los Césares, que en últimas describen en términos de inventarios de recursos presentes y potenciales al futuro. Ello explica que estas áreas aparezcan como «vírgenes» en el sentido en que allí prima la naturaleza y no la cultura, por lo que hasta hoy se las sigue viendo como los confines del mundo. Pero siempre como quimeras de oro: de oro azul, de oro blanco, de oro negro... Aunque casi siempre manchado de sangre, pues sobra decir que la única opción para los lugares salvajes es el «libre comercio» entendido como vía libre para la inversión externa, que, como la letra, solo con sangre entra. Así lo han mostrado historias como la del marfil en el Congo de Leopoldo II de Bélgica o la del caucho en el Amazonas.

Por ello, estos paisajes se entienden ante todo como fronteras. No solo en sentido social y ecológico, sino, y sobre todo, en el sentido en que constituyen los últimos frentes para la expansión de la economía moderna, del capitalismo en sus diversas variaciones. Durante el siglo XX, pasaron de ser grandes espacios vacíos en los mapas (y en las rutas comerciales) —que representaban continentes enteros (como Australia o la Antártida)— para terminar como esquinas recónditas en las topografías nacionales. De esta forma las vemos hoy por todo el planeta: desde el Yukón en Canadá, los *backlands* australianos, la región de Cachemira en India, el gran desierto del norte de México, la Patagonia en Chile y Argentina, el Darién en Colombia. Se trata, infaliblemente, de zonas en disputa entre países o entre grupos y poderes en un mismo país, en las que no se pone en duda que deben prevalecer los designios externos, es decir, los de los grupos «ilustrados», alejados de la vida cotidiana de las selvas, los desiertos, las montañas o los glaciares del caso, quienes armados de estadísticas y escudados

p. 10 Sin título (*Sabana #35*), de Iván Herrera. Impresión fotográfica instantánea. De la serie *Sabana*, 2021. «Los amaneceres fríos y neblinosos revelan, en instantes perfectos, escenas donde la luz y la bruma generan una atmósfera mística, y donde los pocos rastros de actividad humana reflejan un ritmo de vida en armonía con el paisaje. Así, la Sabana [de Bogotá] se muestra como un espacio cambiante y profundo, donde la naturaleza y la ciudad coexisten y se disputan un territorio que, aunque vasto y silencioso, parece condenado a transformarse».

en la ciencia instrumental, suponen que traen consigo la luz de la razón.

Sobra decir que las incursiones al mundo salvaje van todas acompañadas de hombres provistos, bien sea de instrumentos de medición para cuantificar recursos potenciales, o de artefactos bélicos, para enfrentar aquello que seguramente van a encontrar: los peligros que representan a sus ojos los «nativos», muchas veces vistos como caníbales; los riesgos que se atribuyen allí a las fuerzas de la naturaleza, y las riquezas listas para el pillaje que les es necesario asegurar. Crean de esta forma una atmósfera amenazante y de desconfianza que fácilmente acaba con la cordura de quienes penetran estas tierras, que se expresa en fiebres y temores, y en las alucinaciones de la codicia devoradora, como lo expresa bien José Eustasio Rivera en *La vorágine*.

Y en todos los casos, la llegada de los «blancos» va a cambiar de manera radical la vida de esas regiones en virtud de que allí, precisamente por ser consideradas como «fronteras» y «tierras de nadie», se puede realizar el sueño de toda empresa capitalista: explotar y lucrarse de algo que no se ha tenido que producir, ni cuidar, ni implica tener en cuenta las secuelas de su extracción. Marfil en el Congo, quina y caucho en el Amazonas, maderas en la Patagonia, pieles en Alaska o plumas de garza en las sabanas del Orinoco. La lista de especies y ecosistemas, algunos hoy extintos y otros en peligro de extinción por la presión extractivista, es larga. Muchos de estos «recursos» en las regiones de frontera se suponen silvestres en sus paisajes aborígenes. Se han caracterizado incluso como «plantaciones naturales». No se reconoce que hacen parte de las complejas culturas indígenas ni que son el resultado de miles de años de selección cultural tanto de las especies mismas como de sus ecosistemas, pues fueron domesticados por los pueblos aborígenes como parte de sus paisajes históricos y de sus circuitos de intercambio.

En estas áreas se encuentran los «últimos bosques» y ecosistemas salvajes que, no gratuitamente, se traslapan con los últimos comunes: los últimos espacios no absorbidos por la propiedad privada. Aquí se han defendido tenazmente las formas históricas colectivas de tenencia de la tierra y de manejo común de los recursos. Sin embargo, cuando no se niega por completo su existencia, sus habitantes son subyugados por la fuerza y la violencia. Se ven estigmatizados por fronteras étnicas y raciales que se derivan de la vieja oposición entre civilización y barbarie, legitimadas en la idea de que la fuerza militar se entiende como superioridad. Los desafortunados habitantes de estas tierras de nadie no solo pierden cualquier posibilidad de soberanía sobre su hábitat, sino todo el derecho a sus cosmologías y ecologías, sus formas de vida y de pensamiento, pues deben ser catequizados, convertidos, vestidos, organizados, en una palabra, civilizados

para servir de mano obra a la nueva configuración económica de su mundo. En el mejor de los casos son desplazados a reservas y resguardos para abrir campo a las fabulosas empresas extractivas. En muchos otros son esclavizados o endeudados para ser sometidos a la disciplina de las nuevas formas de producción y, en otros, simplemente relegados a mendigar los despojos de lo que antes fueron sus tierras y sus medios de subsistencia. Las historias de desplazamiento, usurpación y exterminio asociadas a explotaciones y empresas comerciales como la del caucho o el marfil a comienzos del siglo XX, llegan invariables al siglo XXI con el banano, el oro, las «tierras raras» o las zonas para la conservación y el ecoturismo, entre otras. Aparecen en este siglo, ya no acotadas únicamente por proyectos misioneros, sino por los de múltiples agencias adalides del «capitalismo verde», que dan un aire benéfico a los procesos de «reingeniería» social y ecológica que implica la transformación de las «últimas fronteras» en espacios «productivos y abiertos al comercio».

Tal vez por este motivo a estas «fronteras» de la economía moderna se les ha dado a lo largo de la historia estatus jurídicos especiales, diseñados con el fin de fomentar su progreso mediante la inversión de capitales privados. La historia parece aquí reciclarse en una serie de figuras semejantes, como la del Estado Independiente del Congo, o la de los Territorios Nacionales en las jóvenes repúblicas americanas. Hoy reaparecen en las muchas variaciones de las Zonas Económicas Especiales o Zonas de Desarrollo Especial, que se implementan a lo largo y ancho del llamado «tercer mundo». O, sin ir más lejos, en la idea del «tercer mundo» en sí misma. Sobra decir que tras estas denominaciones se esconde un conjunto de programas en los que históricamente se han aliado los Estados con los inversionistas más poderosos (bancos, grupos económicos, compañías de seguros), apoyándose en el músculo militar de las fuerzas públicas o de las milicias privadas como única vía posible para el logro del progreso o del desarrollo.

No sobra recordar que, aunque en muchos casos estas empresas han estado acompañadas por el terror, se conciben como gestas verdaderamente heroicas, muchas veces necesarias para la defensa de las soberanías nacionales y, en todos los casos, como la punta de lanza de la civilización y el desarrollo. Como lo muestra la frase de Caldas, se ha tenido una visión positiva de este proceso, que ha sido puesto en escena como un paso no solo necesario sino benéfico, en la medida que se ha concebido (y en el sentido común se sigue concibiendo) como un proceso de avance en las etapas del progreso: el ascenso de lo salvaje a lo civilizado y la superación del atraso y el subdesarrollo, negando la posibilidad de nuevas alternativas de vida y de economía humanas al tiempo en que estamos poniendo en jaque, de manera irrefutable, el clima y la vida en el planeta.

Échele candela al monte

La Comisión de la Verdad entregó una colección de informes sobre el conflicto armado en las regiones en los que explica cómo la frontera agraria es nuestra frontera imposible. Armas y fraude han contribuido a la permanente reconfiguración violenta del territorio.

El 18 de octubre de 2002 murió asesinado un hombre honrado. Se llamaba Héctor Miranda Quimbaya y era notario en Pailitas, Cesar. Según un reportaje de *Verdad Abierta*, dos hombres le dispararon cinco tiros en su propio despacho. Semanas antes del crimen, los paramilitares de las AUC habían reunido a todos los notarios de la región para exigirles que decenas de predios que pertenecían a campesinos se les traspasaran a sus testaferros. Tenían afán de legalizar el despojo masivo que hicieron porque ya avizoraban un proceso del que saldrían convertidos en hombres de negocios. Él se negó. Pequeños heroísmos que hacen parte del legado de la resistencia en Colombia.

Me apoyo en su trágica muerte para ilustrar lo que ha sido durante más de un siglo lo que la Comisión de la Verdad llamó la «configuración violenta del territorio»: una mezcla de armas y argucias jurídicas que han evitado la distribución de la tierra y han retrocedido las reformas que se han intentado. Dicha reconfiguración explica por qué, a pesar de ser «el país de la belleza» y una potencia en biodiversidad, la frontera agraria no ha podido cerrarse y la deforestación sigue tragándose nuestras montañas y selvas.

La geografía del país se ha transformado en por lo menos tres ciclos de violencia, con intervalos de reformas que han funcionado de manera imperfecta e incompleta. La primera mitad del siglo pasado estuvo marcada por las colonizaciones espontáneas y dirigidas por el Estado, que consolidaron la región Andina como eje de la construcción de la nación. En bordes de ese centro cafetero relativamente próspero se fue quedando un país marginal. Olvidado.

Este país periférico sería a la vez el escenario del segundo ciclo: una colonización desordenada y pujante de las zonas selváticas, territorios casi siempre habitados por pueblos indígenas y afrodescendientes, donde crecieron la coca, la minería y los gobiernos de facto, violentos e ilegales.

El tercer momento, paradójico, vendría justamente del intento de la Constitución de 1991 de construir una nación que integrara todo su territorio. Ilusión fugaz. En el triple juego de la descentralización política y fiscal, y la apertura económica neoliberal y la guerra por las jugosas rentas del narcotráfico y el petróleo, la selva y los territorios baldíos volvieron a ser el refugio de los más pobres y el botín de la codicia. ¿Estamos ahora frente a un cuarto ciclo?

Un nudo estructural

El problema se remonta, cómo no, a la Colonia, cuando grandes extensiones de tierra fueron entregadas por la Corona a unos cuantos beneficiarios que afincaron su poder con la independencia y, posteriormente, con las innumerables guerras civiles. Según la Comisión de la Verdad, desde esos años tierra y poder político han sido vectores que se entrecruzan y se retroalimentan: la tierra es un factor de poder y el poder favorece la acumulación de tierras.

Al comenzar el siglo XX el país giraba en torno a la hacienda. Más que un sistema de producción, esta era un régimen de riqueza y de poder que «delineó un modelo de organización social estratificado», que tuvo diferencias dependiendo de la región. En el sur del Caribe, por ejemplo, el hacendado actuaba como un gamonal que elegía notarios, alcaldes y, en aquella época, también a jueces y hasta a los jefes de la policía. Los notarios, según el recuento histórico de la Comisión de la Verdad, «recibían el cargo como premio a sus servicios políticos y como una plataforma para promover su propia carrera política».

Buena parte del gran latifundio se hizo a punta de «correr la cerca» sobre las tierras de la nación. La cantidad de lagunas, ciénagas y esteros que fueron desecados para ampliar sus fundos darían para escribir una enciclopedia. Ello sin mencionar que en regiones cuyo problema agrario sigue vigente, como en el Catatumbo, el asunto comenzó con la concesión de tierras a compañías extranjeras, aún en territorios declarados como resguardos indígenas.

En 1926, la Corte Suprema de Justicia intentó ponerle coto a la apropiación ilegítima de estos baldíos y exigió que los supuestos propietarios demostraran la tradición de su propiedad, pues era claro que muchos no cumplían con este requisito. Un caso emblemático que reseña la Comisión en su capítulo sobre el campesinado fue el de la hacienda Sumapaz, cuyos dueños decían tener propiedad sobre 200.000 hectáreas, pero solo podían sustentar propiedad sobre 9.000. Esta porosidad en las propiedades impulsó que campesinos se asentaran en ellas y luego exigieran su parcelación.

La reforma agraria que promovió Alfonso López Pumarejo, con la Ley 200 de 1936, se inspiraba en la idea de que la tierra debía ser para el que la trabajara y buscaba castigar su acumulación ociosa. Sin embargo,

contra esta reforma cerraron filas los gamonales de ambos partidos y el latifundio siguió intacto dado que figuras administrativas como la expropiación fueron tildadas de «comunistas». Así, la colonización se convirtió en la vara mágica para eludir el problema de la tierra.

Según la Comisión de la Verdad «los campesinos empezaron a ver cada vez más lejos la redistribución de los valles interandinos», que son los más productivos del país. Los páramos, las remotas sabanas, la selva y los playones fueron las únicas posibilidades de acceso a la tierra. «Échele candela al monte» y, de ahí en adelante, tome posesión sobre la parcela quemada a ver si algún día se la reconocen como propiedad por posesión. Cada vez más lejos, cada vez en lugares con menos Estado y menos gobierno. «De esta manera grandes partes del territorio quedaron por fuera del proyecto de Estado Nación», explica la Comisión de la Verdad.

El corolario de esta acumulación de tierras y la expulsión de los campesinos fue la guerra civil bipartidista de los años cincuenta en donde hubo de todo: desde ventas forzadas, quema de fincas, extorsiones, en fin, abandono de pueblos enteros. Y una gran masa desposeída que emigró a las ciudades con su cultura campesina dentro de las mochilas.

La frontera imposible

Con la llegada del Frente Nacional y sus aires reformistas a finales de los años cincuenta se intentó de nuevo una reforma agraria. Los conflictos agrarios volvían a estar al rojo vivo, pero esta vez el comunismo se había alzado con unos cuantos triunfos en países donde primaban también las grandes haciendas. Cuba, por poner solo un ejemplo.

En 1961 se aprobó la Ley 135 cuyo subtexto era estabilizar la paz del Frente Nacional y modernizar el sector rural. Los Estados Unidos, que actuaban ya en el escenario de la Guerra Fría, la apoyaron de manera entusiasta convencidos de que este sería un plan contrainsurgente eficaz. Para 1960 había por lo menos ocho conflictos agrarios de gran envergadura en Cundinamarca, Magdalena, Atlántico, Bolívar, Valle del Cauca, Santander, Norte de Santander y Tolima, casi todos por aspiraciones de los campesinos de que se parcelaran grandes haciendas.

Nada más conveniente en medio de la Guerra Fría que señalar de comunistas a los campesinos sin tierra. Estigmatizar sus demandas como parte de un programa contra la propiedad privada y tratarlos como enemigos. El mejor ejemplo de este artilugio ocurrió en Riochiquito, Cauca, donde por las luchas indígenas de las décadas anteriores, lideradas entre otros por Quintín Lame, los pueblos habían recuperado parte de sus resguardos. Allí el líder comunista Ciro Trujillo había iniciado una experiencia agraria con más de cinco mil personas. Fue también uno de los sitios bombardeados por





el Ejército en 1964. En su momento, el general del Ejército Alberto Ruiz Novoa, ya en retiro, denunció que los terratenientes querían «apoderarse de las ricas tierras que hoy explotan los campesinos para lo que no vacilan en incitar al Ejército a entrar a sangre y fuego a la región». Este ataque, junto al de Marquetalia y El Pato, marcó el inicio de una colonización de la selva y los territorios baldíos del sur del país. De nuevo, échele candela al monte.

Esta reforma tuvo un nuevo ímpetu en 1966 cuando llegó a la presidencia Carlos Lleras Restrepo, un hombre recio con sinceras convicciones en esta materia. Para entonces, según escribió él mismo, el 55 % de los predios del país tenían menos de cinco hectáreas y ocupaban el 4 % de la tierra productiva, mientras el 64 % de la tierra productiva estaba en manos del 4,5 % de los propietarios y correspondían a predios de más de cien hectáreas. Cinco décadas después de que Lleras se jugara a fondo por la reforma, en 2010, el panorama era que el 77 % de las tierras estaba en manos del 13 % de los propietarios y comprendían predios de más de doscientas hectáreas.

Con Lleras se creó una burocracia comprometida con la reforma (en el Incora) y un movimiento campesino y popular que le servía de base social, presionando la distribución de tierras con las tomas y las movilizaciones. Sin embargo, los caciques locales lograron bloquear las reformas a través de sus arreglos con los grandes jefes de los partidos que dependían de sus votos para hacerse elegir. Todo se consumó en el Pacto de Chicoral de 1972. Ese pacto, de élites locales y nacionales, es el que mantiene la miseria en Colombia, según la tesis expuesta en múltiples ocasiones por el nobel de economía James Robinson.

Contra la selva

Desde finales de los años setenta, los narcotraficantes emergieron como una élite económica que compró al contado las mejores tierras: los valles. Muchas de estas fincas estaban asoladas por la extorsión y el sabotaje de las guerrillas comunistas y el recambio de propietarios fue expedito. Los narcos las querían para proteger e incrementar sus rutas tanto terrestres como marítimas y aéreas.

Para despojar la tierra de los campesinos, literalmente se usaron todas las formas de lucha. Desde las triquiñuelas legales y el uso de notarios que bajo presión o soborno hicieron traspasos masivos, hasta la violencia directa. La frase de combate era «vende usted o le compro a la viuda».

En el Magdalena Medio y Córdoba, las tierras quedaron masivamente en manos del cartel de Medellín; en el Meta, nombres como el de Víctor Carranza, asociado a millones de hectáreas; los narcotraficantes del Valle hicieron lo propio. En un informe de la Contraloría de 2003, citado por la Comisión de la Verdad, se establece que para entonces el 43 % de las tierras productivas estaban en manos de narcotraficantes, de las cuales se habían incautado menos del 10 % y expropiado poco más del 1 %.

Los narcotraficantes también fueron claves en la explotación de la selva con la siembra de marihuana y coca bajo el modelo «hacendatario», como ocurrió a principios de la década de 1980 en Putumayo y Caquetá. La presencia fuerte de las guerrillas en estos dos departamentos ocasionó la disputa temprana entre paramilitares e insurgentes. Estos últimos comenzaron a regular no solo el mercado de la coca sino la vida de la gente, con violencia, por supuesto.

Las fumigaciones y erradicaciones forzadas empujaron a los campesinos hacia la selva, aupados por los grupos armados que se disputaban los cultivos, los laboratorios y los corredores por donde se movía el negocio. Muchos de estos cultivos se establecieron en parques naturales o en territorios ya asignados a comunidades indígenas y pueblos afrodescendientes. La selva, que es el 51 % del territorio colombiano, fue una víctima más.

Vende usted o le compro a la viuda

En 1994, el gobierno de Ernesto Samper se animó a un nuevo intento de reforma agraria con la Ley 160 de 1994 que creó la figura de las Zonas de Reserva Campesina con la que se evitaba que siguiera la colonización desordenada. De nuevo, los campesinos que aspiraron a ellas fueron tildados de guerrilleros de civil y potenciales enemigos. En los años siguientes, la guerra más intensa que ha vivido Colombia ya estaba desatada y parte de la estrategia de los narcotraficantes, agrupados como paramilitares en las AUC, era vaciar los territorios donde las guerrillas eran o habían sido fuertes.

Para despojar la tierra de los campesinos, literalmente se usaron todas las formas de lucha. Desde las triquiñuelas legales y el uso de notarios que bajo presión o soborno hicieron traspasos masivos, hasta la violencia directa. La frase de combate era «vende usted o le compro a la viuda».

Esa «configuración violenta» se cristalizó en territorios críticos para el negocio del narcotráfico como Urabá, Catatumbo o el Magdalena Medio, y también para ellos consolidar el poder regional en entramados de negocios, elecciones y control social.

Esa guerra de tierra arrasada duró una década y produjo la mayor parte de las víctimas del país, convirtió a los campesinos en desplazados y les arrebató por lo menos cinco millones de hectáreas. Un ejemplo es

Montes de María. En Sucre se habían titulado 50.000 hectáreas por reforma agraria, pero se despojaron 56.000 y en Bolívar se adjudicaron 153.000 y despojaron 136.000

La mezcla de narcotráfico y guerra cambió el mapa del país. Todos los territorios de la periferia que el Estado había dejado a su suerte se configuraron como teatros de operaciones. Algo similar ocurrió en los territorios de las FARC-EP. Ante el evidente fracaso de la toma de Bogotá, el plan B consistió en crear un gobierno propio en el sur del país. Para ello establecieron corredores entre cordilleras, llanuras, selvas y mares para mover sus tropas y sus negocios. En esos corredores también se produjo despojo, casi siempre a colonos pobres.

Ahora, el tercer factor que hizo expandir la frontera agrícola en la década de 1990 y entrado el presente siglo, según el Informe de la Comisión de la Verdad, fue el modelo económico que desató la apertura económica. La guerra se entrecruzó con los intereses de grandes empresas mineras o agroindustriales, especialmente las del carbón y la palma de aceite que, en algunos casos, se beneficiaron del caos y usaron su poder e influencia para quedarse con buena parte de los territorios.

El balance general fue de más de seis millones de hectáreas despojadas o abandonadas y un proceso de restitución de tierras que ya cumple más de diez años y avanza a paso de tortuga.

¿Y ahora qué?

Se suponía que la paz que se firmó en 2016 cambiaría la tendencia histórica de quemar monte y selva para obtener tierra, pues el Estado podría intervenir dentro de la frontera agrícola con una agenda de desarrollo rural integral pactada en La Habana. No pasó exactamente así.

Los cultivos de coca se expandieron, ya no como efecto de la erradicación sino de la pujanza de un mercado de 20 millones de consumidores en el

mundo. Este año, según la ONU, no solo se mantienen las doscientas cincuenta mil hectáreas cultivadas, sino que el comercio de cocaína creció un 50 %.

La minería, sobre todo la criminal, sigue devorando los lechos de los ríos, sin ningún control ni estatal ni comunitario. Los grupos armados han sofisticado sus maneras de controlar el territorio e incrementado sus negocios en la selva: desde el tráfico de personas hasta la deforestación, que crece a una tasa de doscientas mil hectáreas por año. Incluso en lugares tan preciados ambientalmente como Chiribiquete.

Nos asomamos a un nuevo fracaso. El acuerdo de paz buscaba entregar tres millones de hectáreas dentro de la frontera agraria. Ocho años después no se ha llegado ni a un 20 % de esa meta. La persistencia de grupos ilegales y la inacción del Estado se está devorando la selva a una velocidad mayor que las anteriores. Las economías ilegales han consolidado poderes armados que deterioran la selva y los acuíferos.

La agenda agraria hoy día es la protección de los ecosistemas y no solo la justicia social en el campo. Ello requiere de acuerdos y pactos locales; que el Estado en las regiones actúe. En eso podrían invertirse gran parte de los nuevos recursos que recibirán por transferencias de la nación.

Cerrar la frontera agraria es una necesidad no solo para poder generar una economía en los territorios, sino para construir Estado y ciudadanía. Democracia. Si en 2002 el heroísmo del notario Héctor Miranda Quimbaya no pudo frenar la contrarreforma agraria, el asesinato de 248 líderes ambientales desde 2016 debería ser un motivo de acción y no otro sacrificio inútil.

Para la Comisión de la Verdad el problema de fondo es el sistema político de estos territorios: el entramado entre élites legales e ilegales para extraer y explotar los recursos naturales; dejar el hueco, correr la cerca y echarle candela al monte. Así la frontera agraria, nuestra frontera imposible, es la frontera del sistema que nos gobierna.

p. 16 Una estatuilla de José Gregorio Hernández, «el médico de los pobres», y *dummies* impresos de Pablo Escobar, «el patrón», esperan sobre un tronco-coral en la orilla de Isla Palma. Poner a Escobar en pequeño significa alterar los roles: aquí, el extinto narco es movido y manejado al antojo del lancharo. «Los habitantes de Rincón del Mar recuerdan que hace más de veinte años el régimen de vida que les impusieron los paramilitares era de tanto temor y crueldad que por un capricho de Rodrigo Mercado, alias "Cadena", se tumbó una escuela primaria para que no le siguiera tapando la vista al mar desde su casa, ubicada en pleno centro de ese lugar». Pablo Escobar, por su parte, mandó construir hoteles en Isla Palma, mientras que Hernán Vélez, del Clan Urdinola, lo hizo en Bahía Solano; ambos sitios servían para alojarse en sus visitas como lugar de veraneo. Foto de **Santiago Escobar-Jaramillo**.

Nota: Este artículo se basó en los textos «Ensayo introductorio» y «El campesinado y la guerra», de la colección *Colombia Adentro*, del Informe Final de la Comisión de la Verdad.

Un vacío entre las estrellas

El paréntesis que se abre entre la legalidad y la ilegalidad de los cultivos de cannabis en las montañas del norte del Cauca parece infinito. Quienes siembran deben responder por sus actividades ante las autoridades y ante los grupos armados al margen de la ley, mientras los precios y las dinámicas del mercado piden cada vez más marihuana para suplir las exigencias del uso recreativo y medicinal de la planta.

La oscuridad delata los miles de bombillos que iluminan las matas de cannabis para acelerar su crecimiento vegetativo. Descendemos del Páramo del Oso hacia Toribío. Es tarde y en el ambiente se siente esa tensión que no te hace olvidar la recomendación de que aquí no debes andar de noche. «Es un mirador», dice uno de los profesores que nos acompaña. «Un lugar perfecto para mirar las constelaciones». Apunta el celular a las estrellas y comienza a identificarlas mediante una aplicación: «Boyero, Osa Mayor, Orión». Antes de volver al carro, su hijo apunta en dirección a los bombillos buscando alguna constelación entre las montañas. Aquí todo es continuidad.

Estamos en el norte del Cauca. Llegando a Toribío, uno de los enclaves con más tomas y hostigamientos entre la fuerza pública y las guerrillas en el marco del conflicto armado. Las cifras hablan de más de seiscientos acciones en los últimos veinte años.

Fue entrando el año 2000 cuando, sin ocultarse al pie de la carretera, el vendaval de luz de estos bombillos comenzó a expandirse adquiriendo las dimensiones que hoy vemos. Cinco décadas después de que llegara la primera semilla, según dicen. Y aunque no hay cifras consensuadas, se calcula que actualmente hay entre 750 y 1.000 hectáreas cultivadas que se concentran en los municipios de Toribío, Corinto y Caloto, con crecimiento progresivo en Miranda y Jambaló. Según las autoridades, solo en este enclave se produce la mitad de la marihuana que se comercializa ilegalmente en todo el país.

Es justamente en estos cinco municipios donde la Defensoría del Pueblo, en 2024, emitió otra Alerta Temprana de Inminencia en la que advertía del «riesgo de vulneración a los derechos a la vida, libertad, integridad y seguridad e infracciones al Derecho Internacional Humanitario. Homicidios selectivos, masacres, amenazas, confinamientos, restricciones a la movilidad, imposición de horarios, retenes ilegales,

hurto, extorsión, reclutamiento forzado de menores», entre otras conductas, concreta la Alerta, «que afectan a la vida social, económica, espiritual y comunitaria» de estas montañas. Por aquí opera el Frente Dagoberto Ramos del Bloque Occidental Comandante Jacobo Arenas, perteneciente al Estado Mayor Central, disidencias de las FARC, y más recientemente el Frente 57 Yair Bermúdez.

«Estamos peor que hace mucho tiempo». Nos advierte ese mismo profesor que miraba las estrellas. No cesa el conflicto armado y tampoco el narcotráfico. Es por ello que la presencia de los cultivos de uso ilícito tiene aquí ese raro poder, capaz de señalar el abismo y permitir que una buena parte de la población, vinculada directa o indirectamente a esos cultivos, sobreviva al borde del mismo, balanceándose en una tenue línea que se asemeja en sus extremos a los límites difusos de toda frontera.

Legalidad vs. ilegalidad

En los últimos años no son pocos (aun siéndolo) los países que han comenzado a levantar las fronteras para tratar de regular y/o legalizar la planta de cannabis, con el discurso de ofrecer un trato justo a quienes la producen y tratando de reducir el crimen que acompaña al narcotráfico, así como la estigmatización asociada a su consumo. Es por ello por lo que el discurso moral también ha comenzado a agrietarse, levantando consigo otra frontera entre la marihuana de uso recreativo y la medicinal. La que se juzga moralmente y la que se tolera socialmente.

Desde 1986, con la aprobación de la Ley 30, en Colombia es legal el porte y el consumo de la dosis personal (veinte gramos), y es legal también el autocultivo hasta un máximo de veinte matas por persona, siendo ilegal su comercialización. Esto fue parcialmente modificado en 2018 con el Decreto 1844, el cual prohibía «poseer, tener, entregar, distribuir y comercializar drogas o sustancias ilícitas en espacios públicos». El 7 de diciembre de 2023 el gobierno de Gustavo Petro derogó ese anterior decreto como parte de su hoja de ruta hacia la legalización. Casi un año después, el presidente publicó en sus redes sociales: «El Congreso puede dar ya el paso a la legalización para aprovechar el mercado mundial y mejorar sustancialmente la balanza comercial. Las condiciones de seguridad del Cauca podrían mejorar también». Sus palabras fueron escritas a propósito de la inclusión de Macedonia en la lista de los doce países autorizados a importar cannabis *Made in Colombia*. Y es que desde 2016, a partir de la Ley 1787, se permitió el acceso seguro e informado al uso médico y científico del cannabis y sus derivados en el territorio nacional colombiano, regulando todo lo concerniente a la importación y exportación, cultivo, producción, fabricación, licencias, almacenamiento, transporte, comercialización y distribución de esta planta. «La mata ya no mata»,

o mejor dicho, solo mata según su uso. Es decir, el problema nunca ha sido la mata.

Esta distinción nos lleva a interrogarnos sobre el proceso recíproco por el cual las políticas conforman mercados y los mercados generan políticas. Y más aún cuando estamos hablando de una industria que es la nueva apuesta de la economía financiera global, en la que cientos de empresas relacionadas con el cannabis ya cotizan en las bolsas de Nueva York y Canadá. En un mercado que nunca ha estado limitado por las fronteras estatales, ciertas regulaciones —a pesar de las prohibiciones internas— permiten, como en el caso español, emitir licencias a empresas extranjeras para que produzcan y exporten cannabis sembrado en suelo nacional.

Pero volvamos al borde del abismo, «donde la moral, en tanto principio de la política —en palabras de Didier Fassin—, juzga, clasifica, separa, jerarquiza, produce vidas (y muertes)», y tratemos de entender qué quiso decir el presidente Gustavo Petro. Y cuánto de posible, de viable o de real es traer seguridad al Cauca con la legalización del cannabis en un mercado en el que las lógicas extractivas y de grandes monopolios no han cambiado, y sobre todo en un país donde se vive un conflicto armado permanente. ¿Qué consecuencias inmediatas podría traer la legalización?

Días después de aquella parada en el mirador, acompañamos a otro profesor de Toribío a un cultivo de marihuana para conocer uno de los eslabones que conforman la cadena de este cultivo. En una de las casas, en un pasillo al aire libre, al paso, en el suelo y colgadas, hay ramas de cannabis. Su olor está en todas partes. Sentado, un joven balancea con agilidad sus manos, cortando a tijera las hojas de estas ramas que dejan al descubierto el moño. Es lo que se conoce como *peluquear*. Una ocupación retribuida, una salida laboral más en estas montañas. Algunos de estos jóvenes indígenas son o fueron alumnos suyos.

«Hay una cosa que no me daba cuenta que estaba pasando y que ahora, pensándolo bien, he detectado: la deserción escolar está directamente relacionada con el precio de la libra. Cuando el precio está alto hay más deserción y cuando está bajo hay más alumnos en las aulas».

Otro día, también en Toribío, un joven reparte cervezas a todos los que estamos dentro de la tienda. Entre trago y trago nos cuenta que no pudo pagar la ambulancia que necesitaba cuando su compañera se puso de parto. Por eso entró en el negocio, «para salir de pobre y pagar deudas». Y mientras la dueña de la tienda nos cuenta que hay quienes pueden estar varios días gastándose en alcohol lo que ganan en los cultivos, sirve otra ronda y nos habla de sus planes: «Estoy ahorrando para montar un laboratorio de coca». Aquí, cruzar la frontera hacia la ilegalidad permite sobrevivir en la legalidad.

A menudo se escucha que trabajar para el narcotráfico es mucho más rentable que dedicarse al campo. Pero algunos de los datos que nos dan parecen no ser tan optimistas. Un cultivador de cannabis —dependiendo del precio que paguen— puede estar ganando hoy (octubre de 2024) entre 6 y 7 millones de pesos en cuatro meses. Hacemos los cálculos y lo comparamos con el salario mínimo legal mensual (1.300.000 pesos), la diferencia oscila entre 800.000 a 1.800.000 pesos. Por otro lado, el pago por día de jornal en otros cultivos es de 30.000 o 40.000 pesos.

principalmente indígenas, dependen del cultivo del cannabis para su sustento, las viejas consignas chocan con la doctrina neoliberal. El de cannabis es un cultivo que en gran medida sigue perteneciendo a la unidad familiar, a diferencia del cultivo de coca, en el que un único dueño puede tener grandes extensiones de tierra cultivables. Esto no significa que no ocurran compraventas de varios terrenos por un único propietario, pero eso sí, de suceder dentro del resguardo indígena, el comprador deberá estar censado por el Cabildo.



GACETA 22

Es decir, aun trabajando todos los días del mes, no se alcanza el salario mínimo.

Para muchas familias, la frontera entre rentabilidad y supervivencia es demasiado frágil. Lo que hace también más difícil discernir cuáles son las consecuencias que esto tiene. De fondo está el expolio y la dominación que exigen borrar las identidades. Reclamar una reforma agraria es una consigna antigua. Mejorar las condiciones de vida en el campo se volvió retórico. En estos territorios del norte del Cauca, donde se estima que, entre 10.000 y 15.000 familias,

El balanceo requiere saber el tejemaneje de la legalidad vigente para ejercer la ilegalidad. En este sentido, algunas investigaciones indican que el anuncio del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos (PNIS), resultado del Acuerdo de Paz de 2016, llevó a un incremento sustancial de los cultivos por las expectativas creadas de recibir ciertos beneficios. Y del mismo modo hay quienes ya afirman que esto mismo ocurre ante la posibilidad de la legalización.

Al igual que los bombillos, otra imagen paisajística característica de este territorio son las pintadas,

firmas y pancartas en las vías. Al regresar a Toribío y subir por la carretera que viene de El Palo es imposible no ver los rastros que dejan los grupos armados en el campo de lo simbólico. Aquí, y al igual que en el resto del territorio, el grupo armado busca imponer su gobernanza ilegal, lo cual es estratégico para asegurar sus rutas del narcotráfico y, por ende, su financiación. Pintadas que también a veces son tachadas o borradas por el movimiento indígena en sus ejercicios de control territorial.

a las lógicas y dinámicas de estas economías ilícitas. Así, en 2019 fueron asesinados, entre otros, los guardias indígenas Kevin Mestizo y Eugenio Tenorio, Gersain Yatacue y Toribio Canas; además, una nueva masacre en Tacueyó terminó con la vida de la gobernadora Cristina Bautista junto a otros cuatro guardias indígenas: José Gerardo Soto, James Wilfredo Soto, Eliodoro Uniscue y Asdruval Cayapu.

El Gremio justificó su existencia en razón a la necesidad de regular los precios del mercado y «democratizar el cultivo». Con su aparición se instaló



Pero ¿cómo opera este control armado con relación al cultivo de cannabis?, ¿cuáles son los actores reguladores que se mueven entre sus fronteras?

«Nadie dice nada. Pero tampoco nadie lo puede negar», nos advierte un vecino de Toribío. Para nadie es un secreto la convivencia entre el Frente Dagoberto Ramos y el Gremio de Cultivadores del Cannabis, aunque se mantenga un conveniente distanciamiento protocolario.

El Gremio apareció hacia 2020, tras un año de violencia contra el movimiento indígena por oponerse

una regulación a partir de normas coercitivas que se volvieron legítimas en el ámbito de la ilegalidad. Entre ellas: fijar el número máximo de matas sembradas por cultivador a 250, o 500 por unidad familiar; establecer el precio mínimo de la libra de cannabis en 50.000 pesos —lo cual se ha mantenido relativamente estable, con picos al alza hasta los 120.000 pesos y con pronunciados descensos en el último año—; e imponer el cobro de impuestos, *vacunas*, por libra producida, desmoñada o comprada, lo que lleva a su vez sanciones por el incumplimiento de estas normas.

Estas acciones, que también pueden influir en la política municipal, nos obligan a desplazar la mirada para ver otras formas, otras «artes de gobernar». Son acciones que están encaminadas a la suplantación del Estado y, por tanto, traen consigo prácticas que lo emulan, como que lo recaudado se destine a construir infraestructuras, sin evitar caer en las mismas arbitrariedades y corrupciones del uso de los recursos que se presentan en el ámbito legal.

Por eso también el Gremio ha comenzado a imponer otras normas, encaminadas a que los cultivadores, de alguna manera, se sientan *cuidados* frente al abandono del Estado. Esto les permite continuar con la impunidad de su accionar. Entre ellas están la obligación de sembrar árboles bajo el discurso de paliar los estragos ecológicos ocasionados por el mismo monocultivo del cannabis; o sostener huertas familiares para recuperar la soberanía alimentaria, dado el elevado precio del costo de vida que se hace insostenible; o reducir el número de bombillos utilizados para estimular el crecimiento de la planta, así como que los días 25 de cada mes se realice un apagón general en respuesta a los altos cobros de alumbrado público y a los recurrentes cortes de luz impuestos por la empresa de energía y la Fiscalía, dada la multiplicidad de enganches ilegales de estos cultivos. De nuevo la porosidad de la frontera, donde no importa que el cultivo sea ilegal, sino las correspondientes pérdidas económicas para la empresa de energía: lo legal permite, influye o colabora con lo ilegal. Como cuando el precio del gas sube y los cultivadores recurren al carbón vegetal para secar la mata verde antes de ser desmoñada, lo que implica la destrucción de bosques y con ello también la ampliación de otra frontera: la agraria. Mientras hace sus cálculos, una comunera de Toribío nos advierte que las cuentas no dan, y menos si restas el impuesto que cobran por igual el Gremio y el grupo armado: «diez mil pesos por libra para cada uno».

¿Cómo afectaría la legalización a estos actores?, ¿qué opinan de ello? Hablando con esa misma comunera, que como cultivadora está agremiada, entendemos que dentro del Gremio hay una parte que no quiere la legalización por lo que puede acarrearles a la hora de adquirir las licencias para el cultivo, que suelen ser de elevado costo. Son conscientes también de las dificultades de cumplir con ciertas reglamentaciones

fitosanitarias o de seguridad, del control que ejercerán los compradores, de la pérdida de cierto poder, del precio de la mercancía, que puede entrar en disputa según el mercado ilegal quiera seguirlo fijando... entre otras muchas cuestiones. Y más, si tenemos en cuenta que estas montañas están regadas de agrotóxicos, son tierras maltratadas que se vuelven infértiles y cuyas aguas también comienzan a estar contaminadas.

Todo esto sucede al borde del abismo donde, como decía Héctor Schmucler, «no deja de sorprendernos que podamos reconocer la multiplicación de la crueldad y sin embargo la existencia continúe». El tejido social se descompone, al igual que se debilita el movimiento indígena. Ya no es raro ver en las calles jóvenes con gorras que llevan las iniciales JGL, en referencia a Joaquín Guzmán Loera, narcotraficante mexicano conocido como «el Chapo». Los deseos y las subjetividades de los más jóvenes cambian. Pero es también cierto que la esencia de la organización indígena resiste y muchos son conscientes de que sobrevivir en este espacio liminal requiere de ciertas porosidades con cruces permanentes. Las familias productoras responden laboralmente al Gremio y al mismo tiempo participan comunitariamente de la organización indígena. También hay familias que conocen la volatilidad de todo cultivo ilícito y por eso han optado por complementar sus jornales y sustentar el hogar a partir de otros procesos productivos legales, generando economías mixtas que se mueven entre lo ilícito y lo lícito.

La economía a la antigua está ahora permeada de la *necroeconomía* que, en palabras de Gustavo Santana para el caso del norte del Pacífico nariñense, consiste en «esos modos de producción de riqueza que operan a través de la vulnerabilidad social, el dolor, la crueldad, el rapiñamiento y la muerte, e imponen la violencia y el dolor como instrumento de dominación política, con el que exhiben su mandato y poder mafializado. (La *necroeconomía*) educa, castiga, vigila y produce un estado alterno fuera de la legitimidad identificado por el miedo, la zozobra y el terror, donde se estructuran normativas y formas de existencia» a partir de los cultivos ilícitos que conllevan muerte, coacción y seducción de las comunidades.

«Están llegando en ataúdes y no sabemos cuántos son», nos cuenta uno de los profesores con los

«Nadie dice nada. Pero tampoco nadie lo puede negar», nos advierte un vecino de Toribío. Para nadie es un secreto la convivencia entre el Frente Dagoberto Ramos y el Gremio de Cultivadores del Cannabis, aunque se mantenga un conveniente distanciamiento protocolario.

p. 22 En una vereda cercana a Toribío, en uno de los muchos cultivos existentes en esta región, un joven *peluquea* las ramas de marihuana para obtener así los moños de cannabis que posteriormente serán comercializados en el mercado ilegal. Para muchos esta es una de las pocas salidas laborales de estas montañas. Foto de Ariel Arango.

p. 23 Vista panorámica tomada cerca de Toribío, donde los bombillos de los cultivos compiten con las estrellas. Al fondo se divisa Cerro Berlín, lugar emblemático de la lucha indígena, porque fue allí, en 2012, cuando las autoridades indígenas expulsaron a los militares ante la escalada de violencia en el territorio. Foto de Ariel Arango.

que mirábamos los bombillos. La preocupación es inmensa, el reclutamiento de menores por parte de los grupos armados no deja de aumentar en todas sus modalidades. Es un subregistro que nadie alcanza a contar. Y que también pone al descubierto otra delicada frontera: la del victimario y la víctima, que aún hoy sigue siendo muy difícil de dimensionar.

¿Qué sucede cuando se fracciona el tejido social, cuando el narcotráfico controla una parte del territorio? ¿A quién beneficia que se desarticulen los logros conquistados por el movimiento indígena? ¿Qué queda cuando quienes lideran la lucha por los planes de vida comunitarios son asesinados? ¿Qué situación puede compararse a la de la víctima que colabora con su propia destrucción? ¿Qué desgracia es comparable a esa *colaboración* fatalmente provisoria —como la define Vidal-Naquet— que establece «el ahorcado con la soga que en cualquier momento lo estrangulará?». Ante tanta porosidad, ¿qué alternativas reales se plantean con la legalización del cannabis?

Cuentan que quienes trazaron las líneas imaginarias entre las estrellas para nombrar las constelaciones no modificaron el vacío negro que las rodea, sino nuestra manera de leer el cielo en las noches. Por eso, aunque parece no haber respuestas a estas preguntas, mientras exista el abismo y para sobrevivir haya que moverse entre fronteras, nuestra lectura de esos bombillos nos lleva a pensar que la legalización debe ir acompañada por lo menos de muchas otras reformas estructurales pendientes en Colombia.

Inírida: espejo del sol

El sociólogo Alfredo Molano Bravo dirigió a un grupo de expedicionarios que a principios de los años noventa viajaron por los ríos fronterizos de Colombia con Venezuela, Brasil, Ecuador y Perú. Estas aventuras quedaron registradas por sus protagonistas en un libro, aún inédito, titulado *Fronteras fluviales, 1990–1991*, del que presentamos un episodio.

Iniciamos el viaje por las montañas del río Catatumbo y el río de Oro, donde en los años sesenta los ingenieros de petróleos debían portar cota de malla para protegerse de las flechas barí y, en los recodos del río, los colonos dejaban bultos de sal para el trueque con los indígenas. Allí se sufrían las consecuencias de la guerra con el Ejército de Liberación Nacional al mando del cura Pérez, *Poliarco*, quien adoptó esas montañas como su refugio, además de que en pueblos como Tibú y La Gabarra se sentía el fantasma de la coca.

Pasamos por la frontera de Colombia con Venezuela por Tame, Saravena, Arauquita y la capital, Arauca, donde la guerra era cotidiana por las FARC y el ELN. Buscando el río Meta entramos desde Arauca capital a una región de sabanas, con gran cantidad de aves: corocoras, gabanes, garzas, patos y guacamayas, así como monos, venados, chigüiros y caimanes, que habitan en las inmensas sabanas inundables, una especie de humedales con gran biodiversidad de mamíferos, aves y anfibios, al lado de grandes hatos ganaderos. En una travesía de más de 45 días caminamos hasta encontrar los ríos Ele y Lipa, tributarios del río Cravo, que después se une al río Casanare y este al río Meta, hasta llegar a Puerto Carreño, al gran río Orinoco.

Encontramos en el río Ele indígenas makawanés. Vimos en sus fogones caldos de pequeños roedores. Una ruta un poco tenebrosa cuando sentíamos la sombra de la columna Domingo Laín del ELN, famosa por sus juicios y ejecuciones, con quienes nos vinimos a «topar» en la confluencia del Lipa y el Cravo, en un pueblito llamado San Rafael. Estando nuestra chalana parqueada en la ribera del río, aparecieron unas figuras uniformadas y desgarradas que nos dijeron: «Venimos detrás de ustedes desde hace días, pero hoy es día de elecciones y ya vienen subiendo las urnas y las vamos a quemar, lárguense rápido».

Seguimos a Cravo Norte, un pueblo sabanero, ganadero, donde están todas las expresiones de la

cultura llanera, desde las destrezas para el ganado hasta los joropos, pajarillos, pasajes y contrapunteos con arpa, capachos y cuatros; los cantos de ordeño, cabresteo, vela y domesticación, además de silbos, gritos, llamados y japeos, conocidos como cantos de vaquería, patrimonios de la cultura inmaterial de la humanidad.

En abril, cuando comienzan las lluvias, es el momento de mayor movimiento de ganado en las sabanas: de Arauca por los ríos Negro y Pauto, del Casanare al Meta, otra llegando al Cabuyaro y a Barranca de Upía hacia la antigua ruta de Medina subiendo por Guateque y Garagoa a la sabana; del Vichada por Primavera o por Trinidad hasta Santa Rosalía y luego a Puerto Carreño, una fascinante red de ríos, trochas y caminos por las que ha transitado hasta hoy la historia de Arauca, Casanare, Vichada y Meta.

De Cravo Norte a Puerto Carreño navegamos varios días. Nuestra embarcación se llamaba *El Rey del Tocoragua*, en homenaje al río Tocoragua que, como los ríos Cravo Norte, Cravo Sur y Casanare, nace en las montañas nevadas del Parque Nacional Natural del Cocuy, en el municipio de Tame.

Nos llevó hasta el Casanare y al río Meta. La embarcación parecía cada vez más pequeña en el paisaje que se extendía hasta donde alcanzaba la mirada. Durante más de doscientos kilómetros hasta Puerto Carreño, el río Meta forma la frontera natural entre Colombia y Venezuela. A mitad de camino, en el caserío La Venturosa, celebraban las fiestas sanjuaneras con los vecinos de la Guardia Nacional venezolana. Al llegar a Puerto Carreño se respiraba una sensación de lejanía y de cambio. ¡Entrar a la región del Orinoco era muy emocionante! Desde el Cerro de la Bandera se apreciaba la unión del Meta con el Orinoco, las bocas del río Vita, las sabanas y las selvas rodeando el secreto de los tepuyes.

Cuando llegamos, las calles de Puerto Carreño estaban llenas de mangos. Era un pueblo pequeño, capital del Vichada, que vivía de la ganadería, la pesca y el comercio con Puerto Páez, Venezuela. Tenía unos 5000 habitantes, de los cuales la décima parte eran indígenas, en su mayoría sikuanis y amorús: a pesar de tener sus resguardos, vivían en la indigencia en la zona del relleno sanitario.

El gran río Orinoco

De Puerto Carreño pasamos a Casuarito, pueblo colombiano en el río Orinoco. En ese lugar el cruce a Puerto Ayacucho es más seguro. En este puerto venezolano confluyen diversidad de indígenas de las selvas del interior para comerciar sus artesanías en un gran centro artesanal frente al museo etnográfico. La carretera continúa hasta Samariapo, entre los raudales de Atures y Maipures, y es la ruta para llegar al Parque del Tuparro. Las comunicaciones por radio con el parque no eran muy fluidas, pero acordamos para que nos buscaran al día siguiente. Después de largas horas

en el puerto, vimos a lo lejos batir una camisa blanca y asomar las dos lanchas que nos llevarían hasta El Tuparro. Allí el río tiene casi dos kilómetros de ancho. Cuando navegábamos se desató una tormenta y nuestros lancheros buscaron refugio bajo los árboles de la orilla colombiana. Recordé el consejo chamánico: pedir permiso al entrar a un nuevo lugar. Media hora después se despejó el cielo. Al reanudar nuestro viaje se abrió ante nuestros ojos un paisaje con la luz de la tarde resaltando los colores y el brillo de la selva con arcos iris a cada lado del río.

En Samariapo contraté el único transporte disponible para recogerlos en Tuparro y llevarnos hasta Puerto Inírida: un bongo amplio donde podíamos acomodarnos todos. Su motorista era una mujer grande, aguerrida, bonita, conocida como *la Tigresa del Orinoco*.

La travesía terminó en Puerto Inírida porque la guardia naval, debido a la situación de orden público en la región, se alarmó al vernos llegar con mochilas y equipos, ajetreados y malhumorados por el cansancio, surgiendo del río y de la noche: nos detuvieron y requisaron de mala manera hasta verificar nuestras identificaciones.

Puerto Inírida hace honor a su nombre: en puinave, *inirida* quiere decir «espejito del sol». Según la leyenda, era el nombre de una hermosa muchacha que se casó con uno de los cerros de Mavecure. Conocimos el estado del servicio de salud; la minería y el comercio de oro de aluvión en la serranía del Naquén; la invasión de garimpeiros y la minería ilegal; la situación de las comunidades indígenas y su producción de artesanías, ají moquiado y aceite de seje.

Seguimos la ruta de Humboldt al sur y el cruce por el brazo Casiquiare hacia la vertiente amazónica. Salimos temprano, vimos la desembocadura del río Inírida en el Guaviare y cómo se unen el río Guaviare con el Atabapo y el río Orinoco formando la Estrella Fluvial del Sur, un inmenso encuentro de fuertes corrientes de aguas de diferentes colores.

Desde San Fernando de Atabapo, en dos curiaras un poco celosas pero ligeras, nos adentramos por el Atabapo, río arriba hasta Cacahual, donde pasamos la noche guindados en un rancho abandonado para madrugar al día siguiente a caminar los 27 kilómetros que separan a Yavita de Maroa y cruzar así de la cuenca del Orinoco a la del Amazonas.

Seguimos por el río Negro y conocimos varias comunidades indígenas, algunas evangelizadas, hasta llegar a la Guadalupe, a un lado de la Piedra del Cocuy donde está el hito que marca la divisoria de Brasil, Colombia y Venezuela.

Llegamos a San Felipe, un caserío con una pista en tierra y dos policías como presencia del Estado frente a la ciudad de San Carlos en Venezuela, con su base naval y sus barcos artillados. Frente a la boca del brazo Casiquiare esperamos varios días el avión en el que regresaríamos.

El Putumayo

En Puerto Asís el grupo se dividió: los encargados de la parte indígena y política se fueron a recorrer Orito, La Hormiga, el Valle del Guamuez y San Miguel, donde la guerra estaba en pleno apogeo; la explotación petrolera, los cultivos de coca, la guerrilla y los paramilitares alborotados, y los cofanes, ingas y nasas en medio.

La otra parte del equipo se quedó en Mocoa, Puerto Caicedo y Puerto Asís, visitando autoridades locales, instituciones de salud y del servicio de erradicación de la malaria, que tenían mucha información de la población y mapas de su ubicación. En Puerto Asís se notaba el auge de la coca. Motos costosas. Almacenes con ropa de marca, motores fuera de borda, lanchas, televisores, armas. En las paredes, impactos de tiros. Un hotel dinamitado y una sensación de peligro. Los jóvenes campesinos e indígenas se metían de raspachines y algunos de los cultivadores les pagaban mitad plata, mitad droga, por lo que había tantos drogadictos y muertos.

Luego de unos días nos reencontramos y nos embarcamos por el río San Miguel hacia el río Putumayo. En Buenavista, resguardo principal del pueblo siona, conocimos a Taita Pacho, un chamán que nos hizo una sanación con yagé. Fue un psicoanálisis comunitario donde los participantes pudieron verse por dentro y por fuera. Antes del amanecer, el taita llamó a cada uno y con rezos, aromas y soplos, nos dejó despejados y ligeros.

En Puerto Ospina pasamos a El Carmen, Ecuador, y con el certificado del consulado de Bogotá fuimos bien recibidos por «la importancia del proyecto para los dos gobiernos.» Allí, el río Putumayo recibe al río San Miguel aumentando su caudal, y el río Güepi marca la frontera entre Ecuador y Perú. No pudimos entrar al batallón del gobierno peruano por seguridad.

Seguimos por los ríos tributarios del Putumayo, la Paya y el Caucaya, a la altura de Puerto Leguísimo, un pueblo apacible, habitado por huitotos, ingas y sionas. En el mercado se venden frutas, pescados y productos de las selvas peruanas y del río Caquetá en la Tagua, a veinte kilómetros. Puerto Leguísimo tiene un hospital departamental, pero la Base Naval, por un convenio con el Ministerio de Defensa, no atendía a la comunidad ni a los vecinos del Puerto. En el comité de salud se le expusieron sus derechos a la comunidad desatando una álgida discusión con las autoridades navales.

La situación en el Putumayo no ha cambiado. Los paramilitares ocuparon toda la región y la disidencia de la guerrilla ha vuelto. La explotación del petróleo llegó a la frontera de los resguardos y los indígenas niegan la entrada de las compañías a sus territorios. Todo esto ha obligado a muchas familias indígenas a refugiarse en los pueblos con riesgo de perder su libertad y su cultura.







De Siapana a Machique

Para el pueblo Wayuu la frontera entre Colombia y Venezuela no existe. Desde tiempos inmemoriales han estado abiertos al comercio y la trashumancia, desde donde ponen a prueba su creatividad para sobrevivir. Colombia y Venezuela lucharon y movieron los límites de su frontera hasta que por fin fueron definidos en 1941. Mientras esto sucedía, la región vio a sus hijos compartir linaje y costumbres sin tener en cuenta las disputas. Un país no divide un pueblo.

En un tiempo inmemorial, los wayuus salieron de la Amazonía, viajaron por el Orinoco siguiendo la vega de los ríos, sustentándose de la caza de venados, osos, patos, pescando tortugas, caimanes y recogiendo frutas silvestres. En su avance alcanzaron la desértica península de La Guajira y, sin poder regresarse, se regaron por ella. Cuando en 1830 Venezuela se separó de la Gran Colombia, la línea limítrofe de la nueva república quedó en la mitad del territorio wayuu.

Ajenos a esta decisión de los blancos, los indígenas se desplazaban de un lado a otro buscando alimentos, agua para sus familias y pastos para sus animales, porque la trashumancia está en su sangre como mecanismo de subsistencia.

Con la explotación del petróleo en el golfo de Coquivacoa en 1914, el estado Zulia floreció como importante centro económico que ofrecía fuentes de empleo, poder adquisitivo y prebendas a los indígenas. Los wayuus del norte, invisibilizados por el Estado colombiano, visitaban a sus familiares en Venezuela, trabajaban en comercio informal y volvían llenos de bolívares, una moneda fuerte entonces. Un bolívar llegó a costar dieciséis pesos colombianos.

A mediados del siglo XX, en la Alta Guajira todas las transacciones se realizaban en bolívares, se escuchaba la radio de Coro y Punto Fijo y la única señal televisiva era la de Venevisión, inundada de telenovelas románticas.

Un bus escalera con el cupo lleno y atiborrado de chivos en pie, carne seca y hasta vacas salía cada semana desde Nazareth, en el extremo norte, pasaba por Siapana, tomaba la ruta del mar y salía a Cojoro, donde se ubica el primer batallón de la Fuerza Armada Venezolana. Pagaba un peaje y nadie molestaba a los pasajeros.

Ángela Ipuana llevaba chinchorros y mochilas multicolores y los vendía en una esquina del centro de Maracaibo; con sus ganancias compró una casa en

Ziruma, el populoso barrio wayuu, y un camión 350 de placas venezolanas, como las de todos los vehículos en la Alta Guajira. Se estableció en Venezuela, educó a sus hijos y, anciana hoy, volvió a su casa en Ichipa, municipio de Uribia. «Marracaya ahora es una ciudad pobre», dice refiriéndose a Maracaibo.

Para los wayuus, Mma, la tierra, es la madre de todos los vivientes, y Woumainpa'a es la gran nación donde todos tienen un mismo origen y destino. Aunque el territorio abarca dos países, los sitios sagrados wayuus están en la parte colombiana: piedra de Aalasü, donde el dios Mareiwa les entregó los clanes y marcas a los indígenas; la piedra de Wolunka, donde la mujer primigenia perdió los dientes de su vagina, y Jepirra, el lugar a donde van las almas de los muertos, son algunos sitios emblemáticos de la etnia a los que por derecho ancestral los wayuus tienen acceso y pueden conocer su grandiosa historia.

De Siapana a Machique

El clan materno de Elion Ipuana es de Machique, un poblado encajado en las estribaciones de la Serranía de Perijá, en Venezuela, pero su mamá se casó con un hombre de Siapana, localizada en el lado colombiano, donde él nació. Dos veces al año visitaban a su abuela en su pequeña finca de Machique, rodeada de yucales y platanales.

Días antes de viajar a Venezuela avisaban a sus vecinos y quienes estaban interesados apartaban un cupo en el camión 350 de su tía. Ponían dos tablones para sentarse dejando espacio a los chivos que llevaban los pasajeros.

Salían en la madrugada por toda la orilla del mar, pasaban por Castillete, La Flor de La Guajira, Cushi, Neima y descansaban en Cojoro, el primer poblado venezolano. Allí estiraban las piernas, orinaban y comían las viandas que llevaban para el recorrido. Seguían hasta Santa Cruz de Mara donde pernoctaban; las personas se iban quedando en el camino, donde tuvieran parientes. El periplo de Elion terminaba en Machique, a seis horas de Maracaibo.

Actualmente Emiro González, una vez a la semana, sale en su camión desde Siapana llevando pasajeros, ovejos y sacos de encomiendas que envían para los familiares que viven en Venezuela; él llega hasta el improvisado terminal de Shawantama'ana, al norte de Maracaibo.

La misión de los Hermanos Menores Capuchinos, venidos de Valencia, España, abrió un orfelinato para indígenas en 1911 en Nazareth. Los padres internaban a sus hijos y se iban a Venezuela a trabajar durante la época escolar y regresaban en las vacaciones a recoger a sus pequeños. Mientras trabajaban en el servicio doméstico, en el pequeño comercio, en el transporte y en las fincas —que abundaban, porque la fértil tierra zuliana está bañada por el poderoso río Limón—, marchaban tranquilos porque los

estudiantes tenían dormida, alimentación y cuidado seguro con los sacerdotes católicos.

En 1972 se terminó la carretera Troncal del Caribe que va desde Paraguachón, en la frontera con Venezuela, hasta Santa Marta. Ambos países abrieron oficinas de migración. Venezuela exigía visa a los colombianos; Colombia, por su parte, permitía el paso libre a los venezolanos. Los wayuus seguían cruzando la frontera por las trochas que son caminos polvorientos en verano y lodazales en invierno.

Laura Uriana nació en Santa Ana, una rancharía localizada entre Nazareth y Puerto Estrella, y se casó con un wayuu de Pancho con quien tuvo tres hijos. Asaltada por la pobreza, escuchó de las oportunidades laborales en Venezuela y se fue adonde unos parientes que tenían casa en Maracaibo.

Comenzó vendiendo toallitas de cara, calzones y medias que exponía en un sardinel del centro de Maracaibo, cerca de la catedral La Chinita. Su capital cabía en un bolso, lo poco que ganaba era mejor que nada. Por todo el sector llamado Las Pulgas fluían más de cien vendedores ambulantes wayuus, a quienes la guardia policial de Venezuela a veces hostigaba. Laura estuvo detenida dos veces por veinticuatro horas por el delito de invasión del espacio público.

Un día volvió a su rancharía en Colombia, vendió sus últimos cuarenta chivos, se fue a Maicao, ciudad a doce kilómetros de la frontera, donde los almacenes eran propiedad de migrantes libaneses, e invirtió el dinero en sábanas, *jeans* y camisetas. Se montó en un camión y cruzó la frontera por la trocha junto a doce mujeres más.

En una jornada preelectoral de cedulaación en el campo, Laura obtuvo nacionalidad venezolana junto a sus tres hijos: en el documento se estampó el apellido de la persona que los presentó ante los funcionarios de la Registraduría.

Por esos días se alzó como líder natural de los comerciantes del centro Isabella Real, una wayuu de Siapana, quien se involucró en la política local. Durante el gobierno de Rafael Caldera, Isabella logró que se construyera el Mercado Guajiro, una zona exclusiva con mesas de metal de dos metros de largo con depósito bajo las patas para los wayuus que deambulaban por el centro con sus mercancías. Por supuesto, Isabella fue la primera administradora del mercado.

Con local propio, sin temor a una redada policial, Laura dejó a sus hijos al frente de su negocio, mientras ella viajaba cada dos días a Maicao. Las camellas, como les decían a las comerciantes, se envolvían la ropa en el cuerpo bajo las anchas mantas wayuus.

La guardia perseguía las camionetas para pedirles coima y si las encontraba y estas no se detenían, les disparaba sin contemplaciones. A Laura una vez los tiros le perforaron las sábanas y los *jeans*. Cada día era una odisea.

Era tan productiva la actividad que Laura compró una casa de cemento en el barrio Cojoincito, una camioneta 150 y dio estudios a sus hijos en colegio privado.

Una noche decembrina, en la alcabala del río Limón, los guardias no quisieron recibir el soborno: «Ustedes son colombianos», dijo el comandante. Los camiones se fueron acumulando hasta ser más de ciento cincuenta las personas esperando vía libre. Las mujeres caminaron en fila hasta la guardia y Olga Peñalver, una wayuu valiente, habló en voz alta: «Esta tierra es de nosotros desde hace siglos, aquí los extraños son ustedes, déjennos pasar a nuestras casas». La reclamación sorprendió a los militares y las mujeres cruzaron airoosas, a pie por el puente.

Laura dejó de viajar porque una vez en la carretera apareció de improviso una guardia móvil que le ordenó detenerse; más de veinte camiones, en caravana, rodaban a alta velocidad y no pudieron frenar: la guardia lo interpretó como un desacato y llamó un helicóptero que indiscriminadamente disparó al convoy. Una jovencita que iba junto a Laura murió atravesada por las balas.

Ella tenía sus ahorros en el Banco Unión y pensó que podía vivir de la renta. Su hijo Guillermo poseía un local grande de víveres en el sector La Playita, pero el presidente Hugo Chávez expropió el Banco Unión y los locales comerciales y Laura y sus hijos quedaron sin el fruto de su trabajo. Ahora tiene ochenta y cinco años, viene dos veces al año a Colombia, viaja sola, recoge entre sus familiares medicinas, jabones, leche en polvo, azúcar, zapatos, todo para su uso personal. No quiere venirse de Venezuela porque allá le nacieron nietos y bisnietos, aunque sus descendientes se han ido a Ecuador, Chile y Perú porque el socialismo arruinó sus vidas.

Comercio, no contrabando

En siglos pasados, los wayuus intercambiaban perlas por armas con los corsarios del mar; carne de ovejo, cueros, madera, por harinas y mantequillas con las islas del Caribe; a las etnias de la Sierra Nevada de Santa Marta les cambiaban sal y conchas por la piedra preciosa tüumma. El mercantilismo está en los genes del wayuu, el trueque era la moneda prehispánica y viajar libremente era el signo visible de que estaban en paz.

En la actualidad, los hidrocarburos venezolanos son la única opción para los vehículos de la Alta Guajira. Allí no hay estaciones de gasolina y el combustible se necesita para los camiones, las motos, las lanchas de pesca y los generadores de electricidad para las comunidades. La gasolina se transporta en tanques plásticos y se vende en pimpinas que son recipientes de cinco galones. El bajo costo del combustible reduce los fletes del transporte y eso abarataba el costo de vida en La Guajira, donde nada se produce y todo se adquiere en otros lugares.

La venta de gasolina fue sostén de muchas familias wayuus en ambos lados de la frontera. Las autoridades colombianas iniciaron la persecución a los gasolineros cuando empezaron a sacarla de la Zona Especial Aduanera, constituida por los municipios de Uribia, Maicao y Manaure.

Con la entrada del socialismo en Venezuela las fábricas y empresas cerraron, las fincas se expropiaron y el trabajo se esfumó, entonces, los mercaderes wayuus llevaban desde Colombia harinas, aceites, detergente, café, y la guardia de las alcabalas ya no pedía dinero, que no vale nada por la hiperinflación, sino que decomisaban parte de los alimentos que reservaban para sostener a su propia familia.

Hay más de doscientos caminos para llegar a Venezuela, son doscientos cuarenta y nueve kilómetros compartidos entre Zulia y La Guajira. El comercio es una practica ancestral que sostiene la vida, ya de por sí muy difícil en un desierto sin fuentes de agua.

Los retornados

Los wayuus llegados a La Guajira no quieren ser llamados *migrantes* ni *refugiados*, ellos se definen *retornados*. Volvieron a sus familias, donde están sus cementerios, el origen de su clan. Algunas rancherías crecieron hasta un 300 % en su población en los últimos tiempos.

Los retornados sienten la realidad de la frontera impuesta por los blancos. Sin cédula de ciudadanía colombiana no pueden acceder a la salud, la educación, la vivienda, el empleo. Entran por las trochas sin diligenciar el Registro Único de Migrantes Venezolanos (RUMV) o el Permiso de Protección Temporal (PPT), la mayoría de ellos no saben ni que existe. Sin servicios ni derechos, su condición en Colombia es deplorable.

Las trochas que bordean Paraguachón están llenas de ladrones, violadores de mujeres, guerrilleros y gentes que cobran peaje por pasar por sus territorios.

El sueño siempre ha sido tener una cédula binacional, pero los gobiernos no se deciden, pese a que en la Constitución Nacional de ambos países se establece el derecho a la doble nacionalidad. Según el censo de 2011, en el estado Zulia los wayuus suman 413.437 individuos, y en La Guajira suman 380.460, según el Censo Nacional de Población y Vivienda del DANE de 2018.

Aunque pueden pasar de un lugar a otro por sus fronteras de arena, se ha erigido una barrera de hierro llamada Estado Nacional, que desconoce la historia, la geografía y la economía social del pueblo wayuu.

p. 30 Una mujer ejecuta la Yonna, danza ancestral del pueblo Wayuu en el norte de La Guajira, Colombia. Este baile, cargado de simbolismo, celebra la espiritualidad y el legado de una cultura milenaria. Con cada paso, la Yonna honra el poder femenino y su vínculo con la madre naturaleza, siendo protagonista en celebraciones, pagamentos y momentos significativos de la vida wayuu. Foto de **María Andrea Parra**.



América Latina: la unidad abigarrada

Ante la manera en que las fronteras latinoamericanas se han configurado surge la pregunta: ¿es posible proyectar un pacto de unión que nos trascienda? La filósofa argentina analiza el drama histórico que habita en el continente entre repúblicas oligárquicas y plebeyas para proponer nuevas realidades políticas.

¿Cómo pueden entenderse las fronteras entre los países de América Latina?

Luciana Cadahia: Me gustaría darle un pequeño giro a la pregunta. Más que entender las fronteras creo que es necesario, primero, pensar en nuestra unidad subterránea. En ese sentido, nos encontramos unidos por una herida colonial y por una voluntad de libertad emancipadora que nos ata al territorio de una manera muy singular. Desde hace algunos años vengo estudiando los discursos y las prácticas políticas del siglo XIX, y allí el eje no venía dado por la figura Estado-nación sino por la figura de la república americana. Estos discursos tenían una vocación de unidad regional a los que deberíamos volver a prestarles mucha atención. En primer lugar porque nos ayuda a entender que no siempre se habló sobre la fragmentación regional. En segundo lugar porque nos permite precisar en qué momento comienzan a consolidarse ciertos discursos culturales, políticos e intelectuales que tienden a impulsar unos imaginarios de desintegración regional que terminan siendo muy ineficaces para la configuración del neoliberalismo en nuestros países. En ese sentido, los años noventa son clave. Creo que allí se configuró una

hegemonía estética y política, que aún hoy padecemos, interesada en hacernos creer que la unidad regional era sinónimo de un fracaso y de un pasado obsoleto que debía ser superado. En Colombia, esa sensibilidad noventa la experimentamos en la literatura, en los dizque «centristas políticos» y en una capa de académicos formados en la tecnocracia burocrática. Se configuró un experimento sensible bien curioso que nos hizo creer que ser moderno, progresista y occidental era sinónimo de dejar atrás los discursos latinoamericanistas de unidad regional. Por suerte, las nuevas generaciones hicieron un cortocircuito con ese discurso, tanto en Colombia como en otros países latinoamericanos. Y una nueva sensibilidad de unidad vuelve a cobrar forma en términos estéticos y políticos. En gran medida, gracias a la primera ola de gobiernos progresistas y su reactualización con los gobiernos de México, Brasil, Chile y Colombia. Pero también gracias a un cambio en la conciencia académica y artística cuya curiosidad nos permite explorar con rigor nuestra unidad territorial, política y cultural.

¿En qué ámbitos puede darse de manera efectiva una conversación entre países latinoamericanos? ¿Cuáles son esos temas que permitirían tener una conversación transversal?

LC: Creo que estas conversaciones ya están teniendo lugar desde hace, al menos, dos décadas. Hace tiempo que nos hemos despertado de la larga noche neoliberal, entendida como un ejercicio de borradura de memoria histórica. Por suerte, lo que borran del relato oficial sigue vivo como algo latente en nuestros cuerpos y sensibilidades. Es cuestión de tiempo para que esa chispa vuelva a encender el alma de nuestros pueblos. Miremos si no las dos revueltas populares más importantes de la región en los últimos años: Colombia y Chile. En ambos casos, eso condujo a una reorientación política de los dos países. Ahora bien, creo que los debates se vienen dando a nivel político entre los diferentes líderes progresistas de nuestra región, y también se dan en la academia comprometida con la realidad social latinoamericana. En mi caso, pertenezco a una red de pensamiento social latinoamericano que plantea la necesidad de una academia militante en la que venimos estudiando y atando los diferentes procesos políticos de la región en un lenguaje compartido entre el Caribe, los Andes, el llano, el Cono Sur, la Amazonía, etc. Finalmente, en el ámbito del periodismo independiente y en la literatura también se dan estos debates. Y todos ellos apuntan a la configuración de una sensibilidad histórica compartida, a la profunda comprensión de que solo como bloque regional podremos construir soberanía para

nuestros pueblos ante el nuevo orden mundial que se avecina y que eso pasa por entender la importancia que tienen nuestros recursos naturales, la necesidad de construir una transición energética y tecnológica acorde a nuestras posibilidades y el reconocimiento del rol protagónico que deberán tener los sectores históricamente excluidos de los relatos nacionales. Solo habrá futuro para América y la humanidad si asumimos nuestra mayoría de edad y las riendas de nuestra autodeterminación.

Las fronteras entre los países de Latinoamérica son porosas. Las cholas, en la frontera entre Argentina y Bolivia, cruzan por caminos ancestrales que están vigentes desde antes de las fronteras modernas, llevando productos entre sus vestidos. Ocurre también en La Guajira, donde los wayuu no tienen fronteras y deambulan entre Venezuela y Colombia. ¿Se puede extender a la política internacional esta manera de unir las naciones a pie?

LC: Nuestro continente experimenta una unidad prehispánica que se expresa de diferentes maneras. Siempre hemos tenido una voluntad de unidad abigarrada, y empleo esta expresión en el sentido del pensador boliviano Zavaleta Mercado, es decir, una unidad abigarrada que es el resultado de diferentes sedimentaciones temporales conviviendo en simultáneo en nuestras repúblicas. Lo antiguo y lo moderno se articulan de unas formas muy curiosas para dar lugar a lo nuevo en nuestro continente. Y creo que nuestros países son cada vez más conscientes de ello. La humanidad es muy antigua, pero nuestros países son muy jóvenes y no resulta fácil descubrir la dimensión de lo que somos. Creo que México es el país que mejor sabe comprender eso de sí mismo. Y creo que Colombia ha entrado en ese camino a la vez. Somos países muy

jóvenes con unos acumulados históricos muy antiguos que obligan a descubrir qué hacer con todo eso para darnos una formación social específica. Y si a eso le sumamos que las oligarquías han hecho todo lo posible para desintegrar estas formaciones sociales, entonces resulta muy esclarecedor entender por qué nos ha costado tanto darnos una orientación precisa como unidad regional.

¿Qué puede aprenderse de una experiencia como Unasur?

LC: En mis trabajos suelo explorar la tensión que existe entre dos proyectos de república en nuestra región. Por un lado, están las repúblicas oligárquicas, las repúblicas de los linajes y de las familias más ricas del país, cuya relación con las instituciones se vuelve rentista y patrimonialista. Las instituciones y el derecho se ponen al servicio de las clases dominantes para conservar sus privilegios, expulsar a las mayorías sociales de la vida política y consolidar un capitalismo del despojo, la violencia y la economía de enclave. De otro lado, encontramos la propuesta de república *plebeya* o *popular*, cuya relación con las instituciones y el derecho es completamente opuesta dado que se pone al servicio del común. El Estado comienza a tener un rol reparador para que todas podamos tener derecho al derecho. Consignas como la justicia social y ambiental empiezan a tener cabida. Creo que desde los laboratorios de república oligárquica la tendencia es a la desintegración de la unidad latinoamericana. Cuando un país experimenta este tipo de gobiernos, como lo fue el de Iván Duque en Colombia, por ejemplo, la tendencia es al aislamiento espiritual, político y económico y de ruptura con América Latina. Cuando aparecen los experimentos populares, en cambio, la tendencia es a la unidad regional. Y cuando varios países atraviesan experiencias de repúblicas plebeyas es cuando

p. 34 Hay quien viaja solo. Otros viajan en familia. Llevan solo lo indispensable, la incertidumbre del futuro que traen consigo ya pesa bastante. Nadie está vestido adecuadamente para afrontar esta travesía. Sus pertenencias apenas protegidas en bolsas de plástico, sus bebés en brazos, sus hijos de la mano. Es imposible saber cuántos logran cruzar la selva y cuántos mueren intentándolo. El Darién, agosto de 2023. Foto de **Federico Rios**.

florece los organismos de integración regional. Unasur fue uno de ellos y tuvo un rol importantísimo en términos de acuerdos económicos, pero también políticos y culturales. Este tipo de organismos nos garantiza soberanía regional y una fortaleza para que no haya injerencia de potencias económicas o políticas decidiendo por nosotros nuestra realidad social. La enseñanza de Unasur, entonces, es que

vistos como un lugar para la expropiación de los recursos naturales y la despensa de alimentos. Nada más. Y para mantener ese modelo necesitan destruir nuestros estados, consolidar el crimen organizado y mantener a nuestros pueblos en una especie de hechizo fascistoide. Tenemos la fuerza histórica para ofrecer otra cosa como región. En gran medida porque tenemos un acumulado histórico de luchas y

cuestiona y se toman decisiones para no mantenerlas. ¿Qué tiene qué ver esto con las fronteras en Latinoamérica?

LC: Esta decisión radical que plantea Yayo Herrero, y que comparto, en América Latina y el Caribe, se dirime al interior de este drama histórico atravesado por la tensión entre repúblicas oligárquicas y repúblicas plebeyas. Si las primeras se han configurado como un proyecto racista de enclave regional que no ha hecho otra cosa que alimentar los aspectos más destructivos del capitalismo contemporáneo, las segundas, en cambio, funcionan como un laboratorio que hace un cortocircuito con el actual estado autodestructivo del capitalismo financiero. En ese sentido, creo que la frontera, más que territorial, es mental y espiritual en nuestro continente. O seguimos repitiendo la vieja lógica hispánica del despojo, el autodesprecio y la violencia, o nos entregamos al experimento revolucionario de imaginar y construir unas repúblicas para la vida humana y planetaria.

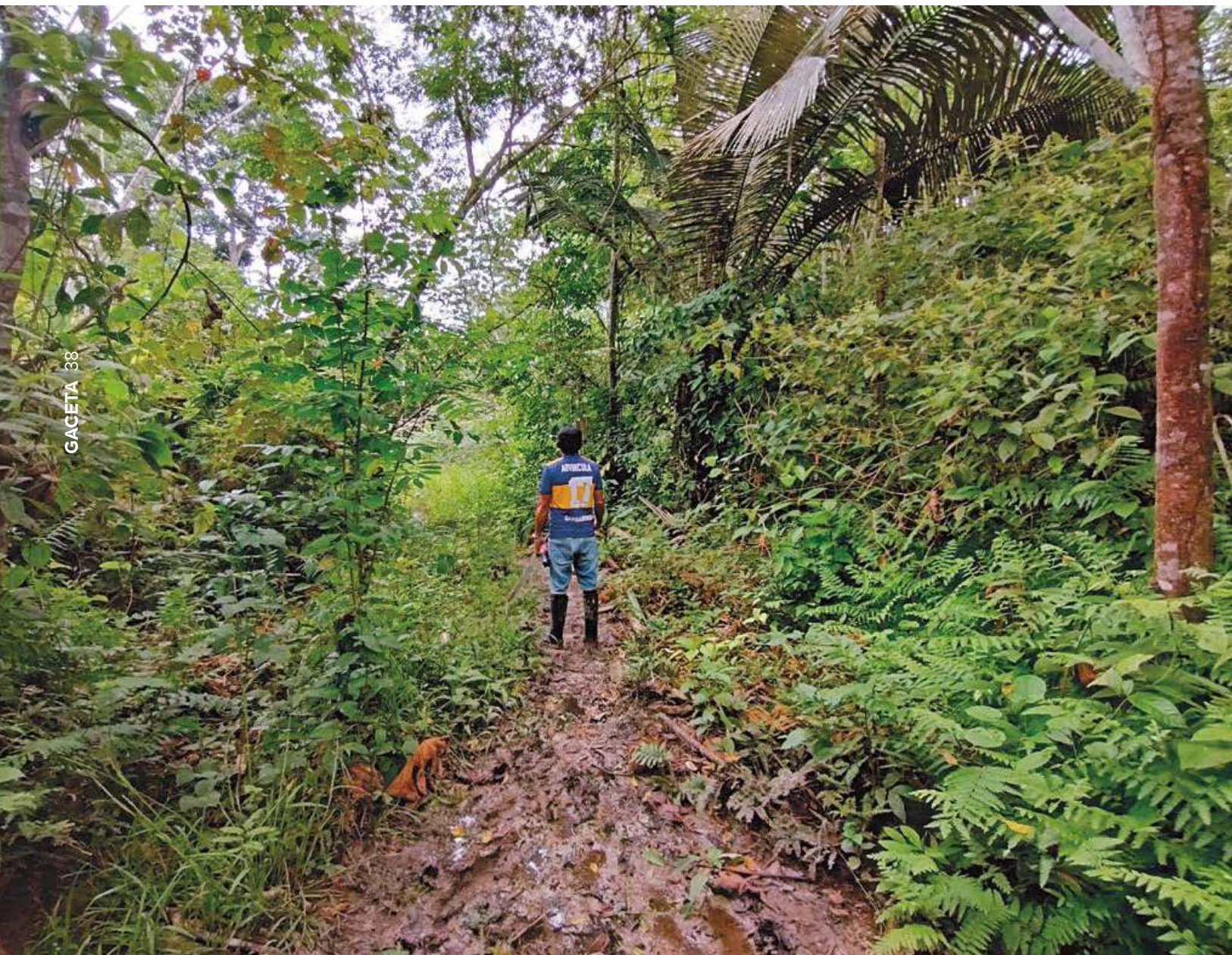


Luciana Cadahia es profesora de Filosofía. Ha centrado su trabajo intelectual en el pensamiento latinoamericano con énfasis en lo político, la estética y lo popular. Foto: cortesía de Cadahia.

para poder tener futuro necesitamos soberanía regional y eso solo se logra si creamos espacios para el diálogo y la toma de decisiones conjuntas. De lo contrario, mucho me temo que terminaremos siendo un mero territorio a merced de los intereses políticos y económicos globales. En este nuevo orden mundial que se avecina, nosotros somos

unidad muy poderosos y porque también tenemos para ofrecer otra relación con la naturaleza.

En una entrevista que concedió a GACETA, Yayo Herrero decía que estamos en un momento radical: o se es parte de las lógicas del capitalismo y se las valida con nuestro quehacer y vivir, o se las



Los narcos más pobres en la cadena del narcotráfico

Una radiografía del crimen y la corrupción que ocurren a la sombra de la selva tropical más grande del mundo. Así vive la base social en la cadena de narcotráfico en la mitad de la triple frontera amazónica.

Jeremías* recuerda claramente un viaje por el río Amazonas, el 20 de julio de 2021, en la triple frontera que comparten Perú, Brasil y Colombia. Se celebraba el Festival de la Confraternidad Amazónica, un evento para conmemorar la unión de las tres naciones, y él estaba preocupado porque las festividades implicaban un aumento de los controles policiales y militares a lo largo del río. Él era el tipo de persona que las autoridades estarían buscando.

Pero tenía que ir. Ese día debía transportar un cargamento de pasta base de cocaína que había producido en su finca. Los compradores lo esperaban en la ciudad fronteriza brasileña de Tabatinga, y él no podía faltar.

Entonces tuvo una idea. Si viajaba con su hija de nueve años sería menos probable que levantara sospechas. ¿Qué podía ser más normal que un padre llevando a su hija al festival? Ella siempre estaba lista para la aventura.

«Me dijo: “¡Vamos, vamos!”. Ella misma se arriesgaba. Uno, o bien cae o bien llega a su destino. Ese era el tema de ir con ella. Pero tienes que estar sereno», cuenta Jeremías, sentado en un banco de madera rústica que tiene al ingreso de su casa, en una de las muchas comunidades indígenas de Mariscal Ramón Castilla, una provincia ubicada en el extremo noreste de Perú que limita con Colombia y Brasil.

«Aquí en la ciudad, la Dirandro [la policía antidrogas peruana] casi nos agarra dos veces», agrega con naturalidad.

La estrategia de Jeremías le salió bien y la suerte le acompañó. Esa era la primera vez que involucraba a su hija menor en sus viajes de narcotráfico. Después, ella se convirtió en su compañera y le sirvió de fachada para sus viajes fronterizos. Como precaución adicional, la niña escondía el dinero de la droga debajo de su ropa camino a casa. Si la policía sospechaba y Jeremías era requisado, no encontrarían nada.

Él cree que su hija acabará haciéndose cargo del negocio. Es una ideología, dice. Así como él siguió los pasos de su padre, ella seguirá los suyos. Su padre transportaba pasta base de cocaína. Ahora Jeremías la fabrica y su hija lo ayuda evitando sospechas y ocultando el dinero.

«Una vez, cuando regresábamos a casa [después] de dejar los paquetes, tenía que traer más de cien mil reales en efectivo», recuerda.

«Casi todo era para pagar a los “raspachos” y comprar insumos para la siguiente campaña. Ella me ayudó también. Los traía pegados [a su cuerpo]. ¿Quién va a decir algo ahí?», dice y sonríe, aunque es difícil saber si es por nervios o cinismo.

Jeremías y otros como él en Mariscal Ramón Castilla son los primeros eslabones de una cadena de producción de drogas que se extiende desde los campos de coca —la planta cuyas hojas proporcionan el ingrediente activo de la cocaína— hasta los laboratorios clandestinos cercanos, ubicados a lo largo del río Amazonas hasta la triple frontera, y luego, por río o aire, llega a ciudades de la costa atlántica de Brasil y a consumidores en Europa.

Jeremías es un jefe local del narcotráfico. Tiene sus propios cultivos de coca y supervisa los campos en las fincas de otras personas. Coordina el procesamiento de hojas de coca para convertirlas en pasta base de cocaína, que luego será refinada para transformarse en clorhidrato de cocaína. Él y las personas que lo rodean —quienes pasan el día recogiendo hojas de coca en el calor tropical y quienes mezclan las hojas con productos químicos tóxicos para producir la pasta— se encuentran entre los trabajadores peor pagados en la industria de las drogas ilegales.

Además de cultivar coca y fabricar pasta base, Jeremías solía transportar la mercancía a la triple frontera. Luego llegó la tercerización o contratación externa del tráfico de drogas en esta parte de la Amazonía. Ahora, intermediarios de Colombia se encargan de la logística, recogen la droga de las fincas y le ahorran el largo y peligroso viaje a Tabatinga.

Jeremías, de treinta y tantos años, es un hombre de familia, con porte militar, que rara vez tutea a las personas. No es de pocas palabras, pero su forma pausada de hablar le da al oyente la sensación de que lo fuera. Si hubiera podido elegir, dice, habría sido soldado porque le gustan las armas.

La expansión de la coca supera la erradicación

Mariscal Ramón Castilla ha sido durante mucho tiempo una tierra de indígenas, donde es predominante la presencia de los pueblos Ticuna, Yagua y Bora. Hasta la década de los noventa era solo un punto de tránsito para las drogas que se dirigían a la triple frontera. La fuente del ansiado polvo blanco estaba más hacia el oeste, en las laderas de las montañas de los Andes, muy alejada de la llanura inundable. Las tierras bajas de la Amazonía eran un lugar poco atractivo para actividades agrícolas, pero tenían un enorme potencial estratégico por su ubicación.

Más de 20 años después, 8.613 hectáreas de selva (cerca de 8.600 campos de fútbol) han sido reemplazadas por cultivos de coca destinados al tráfico ilícito de drogas, según la Comisión Nacional para el Desarrollo y la Vida sin Drogas (Devida), entidad encargada de la política antidrogas de Perú.

Aunque Colombia es el mayor productor de coca, Perú tiene más cultivos en la cuenca del Amazonas que cualquier otro país, según un informe de 2023 de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). Perú se ubica segundo en la producción de cocaína, solo después de Colombia.

Esas cifras contrastan fuertemente con el área de coca eliminada por el Proyecto Especial para el Control y Reducción de Cultivos Ilegales en el Alto Huallaga (Corah), responsable de erradicar los cultivos de coca en Perú. Según datos oficiales, la última vez que se realizaron operativos para eliminar sembríos ilícitos en Mariscal Ramón Castillo fue en 2019, cuando se erradicaron 7.784 hectáreas de plantas. Ese esfuerzo se centró en Pebas, un distrito de Mariscal Ramón Castillo, río arriba de la triple frontera y a donde solo se puede llegar vía fluvial.

En lo que va del año, funcionarios del Gobierno reportan casi cinco mil hectáreas de cultivos ilícitos erradicados, solo en las regiones de Ucayali, Huánuco y San Martín. En diciembre de 2022, el Corah estableció una base de operaciones en Mariscal Ramón Castillo, lo que generó tanto expectativas como temor entre la población. En junio, sin embargo, la base estaba desocupada. El Ministerio del Interior no respondió a reiteradas consultas para hablar del tema.

Julio César Vela Utor, un general retirado de la Policía Nacional y director ejecutivo de Corah, afirma que la erradicación depende de una estrategia de múltiples agencias que se enfoca principalmente en áreas donde se garantiza la seguridad del equipo de erradicación y existen posibilidades de desarrollo alternativo para la población.

Sin embargo, a eso se suman las limitaciones presupuestarias que hacen imposible cumplir con los objetivos anuales de eliminación de los cultivos.

Para alcanzar la meta de erradicación anual de Corah de veinticinco mil hectáreas e inspeccionar todas las áreas fronterizas remotas y difíciles, la agencia

p. 38 Los campos de coca se encuentran a cierta distancia de la comunidad, a lo largo de un sendero de lodo, a través de la maleza. Foto de **Pamela Huerta**.

p. 42 Lanchas y canoas llegan al estrecho brazo del río Amazonas que bordea Leticia con alimentos que comercializan las comunidades en el mercado. Entre motocicletas, motocamiones y conversaciones en lengua ticuna, los vendedores se instalan con frutas exóticas, ají, carbón, fariña y pescado, creando un colorido paisaje que mezcla acentos, aromas y formas, reflejo de la riqueza cultural y natural de la región. Foto de **María Andrea Parra**.

necesitaría entre cuarenta y siete y cincuenta millones de dólares al año, dice Vela Utor. Sin embargo, en los últimos tres años, el presupuesto anual de la agencia ha sido apenas la mitad de esos montos.

Los eslabones más pobres de la cadena de las drogas

Jeremías tiene más de una docena de hectáreas (aproximadamente media milla cuadrada) de cultivos de coca propios en Mariscal Ramón Castillo; alquila algunas más, supervisa la cosecha en campos que pertenecen a «amigos» y compra hoja de coca a otros campesinos. Todo es destinado a producir pasta base en su laboratorio. Ese grado de control sobre la producción lo convierte en un patrón o jefe local de tráfico, título que parece ostentoso para un hombre que ha logrado construir su casa poco a poco durante cuatro años.

En la cadena de producción de la droga, el patrón es la persona que proporciona la pasta base o cocaína a intermediarios, a una fracción del precio que la droga acabará alcanzando en las calles de una ciudad de Estados Unidos o Europa. Los jefes locales como Jeremías están a merced del mercado, y en el submundo económico, ese mercado no se autorregula. Eso hace que los patrones peruanos y la mano de obra que contratan sean los eslabones más pobres de la cadena del narcotráfico.

Los precios los fijan los compradores, que en la triple frontera suelen pertenecer a la organización criminal que domina el comercio en Tabatinga. Desde 2020, según la policía antidrogas peruana, un grupo conocido como Os Crias, en portugués, Los Niños, en español, tiene el control en esa región. El surgimiento de Os Crias fue el resultado de una sangrienta disputa por el control territorial de la triple frontera entre el Comando Vermelho (CV), la Família do Norte (FDN) y el Primeiro Comando da Capital (PCC), tres de las principales organizaciones criminales de Brasil. Reacios a compartir el tráfico de drogas en esa zona se debilitaron mutuamente. Los disidentes de los tres grupos se unieron y tomaron el control, dejando de lado sus viejas lealtades y formando una organización criminal que atiende al mejor postor. Por ahora han acaparado el mercado de la droga que llega desde puntos de acopio en la provincia Mariscal Ramón Castilla.

Presencia del crimen organizado y grupos armados

Para construir esta base de datos consultamos fuentes primarias y documentos en todos los municipios fronterizos amazónicos de Brasil, Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia.

Uno de esos puntos es Caballococha, la ciudad más grande de Mariscal Ramón Castillo, que tiene algunas calles de tiendas y un puerto inacabado y dominado por una estatua de un caballo blanco. Sentado en la plaza, un domingo por la mañana, Jeremías está impaciente por comenzar la próxima producción. Planea regresar por la tarde a la comunidad donde vive

con su familia y donde ha operado su negocio durante los últimos catorce años. Es un viaje de cuatro horas en una embarcación de madera con un pequeño motor. Debe salir rápido para llegar antes del anochecer.

En los últimos meses Jeremías ha diversificado su negocio y no por casualidad. Además de las gaseosas y la cerveza que vendía, ahora también vende gasolina, que usa no solo para las embarcaciones a motor, sino para extraer el alcaloide de la hoja de coca y obtener la pasta base, que luego se refina para conseguir cocaína.

Jeremías también tiene un nuevo capataz, un colombiano de 51 años de buen carácter, que se fue de su país porque el Gobierno no lo dejó cultivar coca en paz. Durante la cosecha trabajará codo a codo con un escuadrón de «raspachines», o recolectores, a quienes se les pagará entre 0,21 USD y 0,27 USD por kilo (2,2 libras) de coca recogida. Un productor puede reunir hasta 150 kilos (330 libras) trabajando hasta 15 horas al día. Muchos de ellos tienen las manos tan callosas que ya no sienten dolor con el trabajo.

Carmelo*, de dieciocho años, comenzó a cosechar coca cuando tenía dieciséis. No terminó la escuela primaria y no tiene expectativas sobre su futuro. No sabe qué le hubiera gustado ser o hacer, y mucho menos es consciente de que aún tiene tiempo para decidir. Lo que sí sabe es cuánto le duelen las ampollas en los dedos, después de recoger tantos sacos de hojas de coca, y lo que se siente al enfermarse por el cansancio o por la picadura de un insecto.

También sabe que podría haber terminado al menos una vez en la cárcel, pero pudo escapar de la policía antidrogas. «Nos hicieron correr, bombardeaban los laboratorios. Yo me escapé. Nos garrotean y nos mandan a Iquitos», relata anecdóticamente.

El camino hacia el campo de Jeremías es fangoso, con vegetación dispersa porque el bosque ha sido talado para expandir los cultivos ilícitos. Sin cobertura arbórea, la temperatura es infernal. Jeremías luce una camiseta sintética de fútbol, del Boca Juniors, con el número 17 a la espalda, el número del jugador peruano Luis Advíncula. Como la mayoría de los campesinos de la Amazonía, siempre tiene un machete en la mano.

En el recorrido Jeremías señala el laboratorio donde procesa las hojas y lamenta que este año no

Aunque Colombia es el mayor productor de coca, Perú tiene más cultivos en la cuenca del Amazonas que cualquier otro país, según un informe de 2023 de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC). Perú se ubica segundo en la producción de cocaína, solo después de Colombia.





pueda contratar a un químico para que se encargue de hacer la pasta base. No se refiere necesariamente a un químico profesional, sino a uno que ha aprendido el oficio de forma empírica. Este año, dice, no puede pagar uno porque el aumento en los precios de los fertilizantes ha superado su presupuesto.

No preguntes, no cuentes

Jeremías sabe que la droga que produce terminará en Brasil. Seis meses atrás, él mismo la transportaba con su hija menor. Ahora, los compradores llegan a recogerla a su casa. La mayoría de ellos son colombianos, probablemente financiados por peruanos o brasileños. Mientras le paguen en efectivo, él no hace preguntas. «Una vez también le vendí a un mexicano, pero nunca volvió por acá. Creo que lo mataron», dice con naturalidad.

Además de Tabatinga, en Brasil, hay otros puntos importantes donde los compradores almacenan drogas, incluidos los pueblos colombianos de Leticia, que colinda con Tabatinga en la triple frontera, y Puerto Nariño, ligeramente río abajo de Caballococha y al otro lado del río Amazonas. En Perú está Santa Rosa, una isla frente a Tabatinga y Leticia, y la comunidad indígena de Bellavista Callarú, ubicada aproximadamente a medio camino entre Caballococha y la frontera.

La ruta de la droga sigue el río Amazonas

Los traficantes almacenan droga en varios puntos de la frontera entre Colombia y Perú, en la ruta de transporte hacia Tabatinga (Brasil).

Bellavista está cada vez más controlada por grupos de narcotraficantes. Es una comunidad a orillas del río Callarú que solo es navegable en temporada de lluvias, y donde el fútbol es la actividad favorita tanto de hombres como de mujeres. Desde la plaza —una zona cubierta de vegetación con algunas escaleras y arcos— hay una vista de espectaculares atardeceres amazónicos, una belleza que contrasta con la imagen de forasteros armados bebiendo cerveza hasta desmayar.

Los extraños que entran en la comunidad son perseguidos y acosados con preguntas intimidatorias. También reina el silencio. El 21 de marzo, una joven víctima de explotación sexual fue asesinada y nadie dijo nada, cuenta un habitante que pidió no ser

identificado. La gente sabe quién la mató, pero nadie dirá nada porque «eso pasa cuando le juegan chueco al patrón», dice.

La coca es la única ley. El 15 de junio se transmitió un anuncio por los parlantes de la comunidad en español y en ticuna, idioma indígena local: «Se comunica a todas las personas que desean ir a la “raspa” de Lucho...».

Escenas como esta no son inusuales. Tampoco lo es la explotación de menores, según un curaca o líder de una comunidad indígena del lado colombiano del río, quien dice que lo han amenazado debido a sus esfuerzos por alertar a los miembros de la comunidad sobre los riesgos de dejar que los jóvenes vayan a trabajar en los campos de coca en Perú.

Los hombres son llevados a los cultivos y las mujeres a los bares, dice el líder. «No vayas a dejar ir más a las muchachas; las cogen, tienen relaciones con ellas y las rifan», cuenta que les advierte a los padres que tienen hijas mayores de once años. Al curaca también le preocupa el creciente problema del consumo de drogas entre los jóvenes que, atraídos a recoger coca con ofertas de dinero, a menudo cobran en pasta base de coca, que luego venden en la comunidad.

El conocimiento que los narcotraficantes en Colombia han adquirido a lo largo de los años es muy valorado en Perú, según el coronel Carlos Urquijo Gómez, segundo comandante de la Brigada de Selva n.º 26 en Leticia, Colombia.

Mario* es del Meta, Colombia, una zona que durante años fue escenario de conflicto entre guerrilleros y paramilitares. Dice que quien se involucra en este trabajo es porque quiere dinero fácil. Él lo dejó por esa razón, y también por miedo, porque descubrió cómo mataron a su mejor amigo.

Antes de la pandemia, transportaba droga de Puerto Nariño a Tabatinga, la primera etapa de una ruta que conduce a la costa atlántica y luego a los mercados internacionales. Contrabandeaba pasta base y siempre llevaba un revólver.

«Yo transportaba la droga entre yuca o plátano; otras veces en bidones de combustible», dice Mario, mientras observa a un soldado armado que entra a la tienda donde está hablando. Él transportaba cantidades pequeñas, entre diez y veinte kilogramos (veintidós a cuarenta y cuatro libras), que le podían dejar ganancias de alrededor de doscientos dólares, una vez deducidos los costos de viaje. Siempre tuvo miedo, especialmente de la Policía Federal de Brasil. Sin embargo, dice, «el comercio ahí se mueve libremente».

En Tabatinga, un kilo de pasta base de cocaína puede costar hasta mil dólares y un kilo de cocaína entre dos mil quinientos y tres mil dólares. Todo depende de la calidad del producto, de las condiciones de seguridad y de una serie de factores relacionados con el «aquí y ahora». Desde Tabatinga, la droga va a Manaos, Brasil, la ciudad más grande de la Amazonía, y el principal

La coca es la única ley. El 15 de junio se transmitió un anuncio por los parlantes de la comunidad en español y en ticuna, idioma indígena local: «Se comunica a todas las personas que desean ir a la “raspa” de Lucho...».

punto de acopio de las organizaciones criminales de ese país, que se encargan de la distribución nacional y el envío a los puertos costeros.

Estas dinámicas hacen que el área alrededor de la triple frontera sea extremadamente violenta, con un aumento exponencial de casos de sicariato, tráfico de personas y otras actividades criminales. Las estadísticas de la Policía colombiana muestran un importante aumento de los asesinatos en Leticia, de a treinta y tres en 2022. Con estas cifras se convierte en el segundo municipio con la mayor tasa de homicidios en todo Colombia. El Informe Mundial sobre Drogas en 2023, de la UNODC, continúa mostrando a Brasil como el mayor consumidor de drogas en América del Sur. Los puertos brasileños sobre el Atlántico también son una puerta para exportar cocaína a Europa, Asia oriental y la parte sur de África. En esos mercados, un kilo de cocaína puede costar hasta ochenta mil dólares.

Optimizando el negocio

Jeremías, su capataz y Mario son engranajes pequeños, pero importantes, que mantienen la maquinaria del narcotráfico funcionando sin problemas. Lo mismo ocurre con quienes cultivan las plantas, los trabajadores que trituran las hojas con productos químicos tóxicos para hacer pasta base, los cocineros que preparan comidas para los recolectores de coca, los «mochileros» que transportan cargas pesadas de droga a pie, a través de las fronteras, y los otros jugadores en este negocio perverso e ilegal. En esta parte del Perú, la contratación externa de servicios (tercerización) dificulta descubrir quién está a cargo. Los clanes familiares, capos y carteles de la droga que una vez controlaron toda la cadena se han vuelto obsoletos.

Diego Quintero Martínez, coordinador de seguridad y delitos emergentes de la UNODC, dice que el tráfico ilícito de drogas ha adoptado un modelo de negocios que hace que el delito sea cada vez más difícil de abordar.

Esto se refleja en los acontecimientos recientes. Cuando la Familia do Norte perdió el control en Tabatinga surgieron Os Crias, sus «hijos». Cuando el capo mexicano Joaquín «el Chapo» Guzmán fue capturado, aparecieron Los Chapitos, sus sucesores. La palabra «indispensable» ya no tiene ningún significado en el submundo de las drogas.

El tráfico de drogas tiene una larga historia de adaptación a los cambios socioeconómicos o de poder mantenerse un paso por delante de ellos. Innova constantemente. Esa puede ser una de las razones por las cuales los esfuerzos para erradicarlo son en gran medida infructuosos. En la provincia de Mariscal Ramón Castilla, Devida ha estado trabajando en proyectos de desarrollo alternativos desde 2014. Hasta ahora, sin embargo, los esfuerzos por lograr que los campesinos sustituyan la coca por otros cultivos no han dado frutos.

Jeremías piensa que esos esfuerzos son inútiles porque cultivos como el cacao, del que se hace el chocolate, no son rentables.

«Se intenta —dice—, pero no hay mercado y el transporte eleva los costos exponencialmente».

Este hombre sabe que su trabajo respalda un comercio multimillonario del cual solo recibe migajas. Si pudiera ganar la misma cantidad o más haciendo otro trabajo en las tierras bajas amazónicas de Perú, él dice que abandonaría las actividades ilícitas de drogas.

«Pero así como están las fronteras en Perú, que nos tienen olvidados... —dice refiriéndose al Gobierno— ¡Olvídense!».

Está pensando en dedicarse a la política en su distrito en el futuro. Dice que le gustaría ayudar a su gente, pero también es la única opción en Mariscal Ramón Castilla que podría igualar o superar sus ingresos como un patrón. Por el momento, sin embargo, no ve muchas opciones: seguirá siendo un jefe de drogas relativamente pobre, como tantos otros en el primer eslabón de la cadena del tráfico.

* Los nombres fueron cambiados por razones de seguridad.

Esta crónica hace parte de *Amazon Underworld*, una investigación conjunta de *InfoAmazonia* (Brasil), *armando.info* (Venezuela) y *La Liga Contra el Silencio* (Colombia). El trabajo se realiza en colaboración con la Red de Investigaciones de la Selva Tropical del Pulitzer Center y está financiado por la Open Society Foundation y la Oficina de Asuntos Exteriores y del Commonwealth del Reino Unido y por la International Union for Conservation of Nature (IUCN NL).

El tráfico de drogas tiene una larga historia de adaptación a los cambios socioeconómicos o de poder mantenerse un paso por delante de ellos. Innova constantemente. Esa puede ser una de las razones por las cuales los esfuerzos para erradicarlo son en gran medida infructuosos.

Darién

El Tapón del Darién, donde América Central y América del Sur se unen, es, acaso, el tramo más temido por los inmigrantes en su ruta hacia los Estados Unidos. Cada haitiano, pakistaní, nepalés o venezolano que llega al Darién acude a todas las estrategias de supervivencia para alcanzar Panamá y, allí, continuar con su travesía hacia el norte. En los últimos años el número de migrantes que cruzan este pedazo de selva se ha multiplicado. Según las autoridades panameñas, para el año 2000, la media anual de cruces se situaba en 11.000 personas. Sin embargo, en 2022, más de 200.000 intentaron atravesarlo. GACETA presenta algunos retratos del sufrimiento de una frontera que no deja escapar ni los gritos de auxilio.







UNO: Tras dos días de travesía en la selva, Luis Miguel Arias ya estaba tan exhausto que no podía hablar. Melissa, su hija de cuatro años, veía desfallecer a su héroe. Con ellos estaban Desyree, su esposa; Luis Breyner, su hijo mayor; su suegra y su cuñado.

DOS: Un bote clandestino con migrantes afganos, chinos, venezolanos y ecuatorianos parte en la noche desde Capurganá para transportarlos hasta Carreto, en Panamá, desde donde tendrán que caminar la selva del Darién: una travesía para intentar llegar hasta Estados Unidos.



TRES: El Tapón del Darién es una franja de selva entre Colombia y Panamá. Una montaña sin vías con más de cien kilómetros de selva. Durante los últimos cuatro años, más de un millón de personas lo ha atravesado. El pequeño pueblo colombiano de Necoclí es la puerta de entrada a los migrantes de más de cien nacionalidades. Desde allí, una fundación ofrece los servicios, casi obligatorios, de guianza a través del tramo colombiano del Darién y marca con brazaletes a cada migrante como señal de que ha pagado para que pueda continuar el camino.

CUATRO: Después de la muerte de su esposa en Venezuela por cáncer de seno, Hamlet migró con sus tres hijas pequeñas a Perú. Solo consiguió trabajo recogiendo basura. Al final de un día, al llegar a casa, sus hijas Hamleisy, Hamleisky y Adriannys le contaron que habían visto el Darién en redes sociales y lo convencieron de tomar la ruta. Migrar una vez más. La poca comida que llevaba para el viaje la guardaba para sus hijas y ya no tenía fuerzas para continuar caminando.







Gentes de pose

Todos los roles se negocian en la Plaza de la Mariposa bajo el sol del mediodía. Las *gentes de piso* buscan sombra, cuentan monedas y sueñan con nuevos destinos, mientras que las *gentes de peso* y de *paso* acaban de tejer el ritmo del centro de Bogotá y sus posibilidades.

Un ofertón de sorbete de guanábana se impone: «Pruebe el sorbete de guanábana, sorbete de guanábana realmente exquisito, sorbete de guanábana muy sabroso, bien frío y bien refrescante. Económico: traiga solo unas moneditas que aquí prácticamente no necesita plata». El sol pega fuerte sobre la plaza de la Mariposa, en el centro de Bogotá. Es mediodía. La plaza entera parece diseñada para que nada quede bajo ninguna sombra. Las alas de la mariposa son apetecidas para las *gentes de piso*. En el lugar de las sombras, en el borde de la escultura, dos mujeres se sientan a conversar: «¿Me presta pa un Delight?», pregunta una de ellas mientras balancea las piernas. La otra la mira con una sonrisa retadora y le dice: «No. ¿No ve que no he hecho ni lo de la pieza? Y la mañana estuvo así, como floripondia». «Ja —responde la primera, con una risa seca—, esta marica con la que sale, dizque floripondia, ¡qué mierda es eso!». La otra le suelta una carcajada, y con tono resignado responde: «Así como que flor viene, flor va, y no salieron con nada ninguno».

Ambas prenden una pata de bareta y, con los ojos achinados por el sol, observan a las *gentes de paso*. Ojean por ahí a ver si sale un *rato*. El humo de la bareta se mezcla con el aire caliente de la plaza. Piensan que no han logrado ni las monedas para el Delight, ni para el sorbete de guanábana, pero por lo menos tienen la pata para trabarse bajo el sol. El ruido de una motocicleta irrumpe. Dos hombres uniformados llegan por detrás súbitamente. *Gentes de peso*, con cascos relucientes. «Señoritas, una requisa», dice uno de ellos con voz firme, mientras abre la ranura plástica del casco para dejar ver su rostro. El otro permanece en silencio, pero se baja de la moto lentamente. Es un tipo grande, más ancho y robusto que su compañero. Las mujeres, entre aburridas y enrabonadas, se levantan de su refugio improvisado. Sin prisa, vacían sus bolsillos al sol, exhibiendo su vacío cotidiano: unas monedas sueltas, un encendedor y nada más.

Gentes y gentíos se cruzan por distintas razones y en diferentes intervalos de tiempo. Nubarrones de personas hacen de este parque su cotidianidad, su sustento diario, su negocio, su parche y también su tránsito. «Parcero le limpio las botas»; «¿Papi, quiere algo?, ¿qué quiere que le haga? Diga no más, ¿vamos aquí a la residencia de la 13?»; «Tinto, perico, relojes, lo que necesite»; «¿Qué busca?, ¿qué busca?, ¿qué busca? A la orden, ¿qué necesita? Sin compromiso, sin compromiso». Entre el bullicio de los pasos apresurados, el golpe de las suelas contra el suelo, y el ir y venir constante de humanos, perros, palomas y llamas, algunas personas deciden detenerse.

La plaza, conocida también como «La Mari», en el corazón de San Victorino, es el hogar de las icónicas alas metálicas del artista Negret. Entre la multitud, algunos permanecen allí durante el día y, al caer la noche, otros se apropian del aire, del ladrillo y de las calles por las que se extienden las lenguas de las mariposas. La que separa al día de la noche es una de las fronteras más visibles de todas las que administran este lugar. Vibrante y diversa, la Mariposa reúne *gentes de paso* y *gentes de piso*, gentes para las que el lente estatal ha establecido un filtro mordaz que determina su experiencia en el espacio público.

Esta mirada estatal hacia quienes habitan o transitan el espacio público no es neutral: clasifica, separa y jerarquiza cuerpos. La presencia policial, bajo la pretensión de garantizar seguridad, construye oposiciones que justifican su autoridad: ciudadanos de bien frente a ciudadanos peligrosos. Tranquilidad frente amenaza.

Los agentes del orden, que representan el peso de la ley, las *gentes de peso*, operan como árbitros de esta dicotomía. Mientras las *gentes de paso* —quienes cruzan la plaza sin detenerse— son invisibles para la vigilancia, las *gentes de piso* —que permanecen, trabajan o viven allí— son continuamente observadas, cuestionadas, criminalizadas y desplazadas. Como señala la antropóloga Deborah Poole, el control estatal en los márgenes «no depende exclusivamente de la ley, sino de prácticas informales de clasificación y exclusión» que deciden quién pertenece y quién debe ser rechazado. Muchas veces la persecución policial tiene mucho más que ver con criterios particulares que con lo escrito en los códigos de la ley.

Para las *gentes de piso*, la calle es mucho más que un lugar de paso, es un hogar abierto al sol. Un espacio de supervivencia y resistencia. En este escenario, ellas observan con curiosidad y desencanto el tránsito apurado de las *gentes de paso*. ¿Por qué a esos cuerpos se les permite circular sin restricciones? ¿Qué los hace inmunes a las requisas de las *gentes de peso*? Un chasquido interrumpe la contemplación: una familia de *gente de piso* pelea contra unas *gentes de peso* porque les tiraron su carricoche de naranjas. Las *gentes de paso* miran, prevenidas, y siguen su camino.

Quizás alguna interrumpa el trayecto para no pisar una naranja. Un profesor pega un brinco para esquivarla y seguir su trayecto a clase.

Dicen que el miedo es libre y que, por tanto, cada uno tiene la capacidad de temer lo que elija, o de no temer nada. Dicen, por ejemplo, que cada quien escoge a qué temerle y qué temor superar. Pero hay algo de vileza en promover esa forma de pensar. Las sensaciones de temor y espanto que proyectan las *gentes de peso* sobre las *gentes de piso* no son aleatorias ni circunstanciales, son construidas. Este miedo se sustenta en una ficción social que clasifica a los cuerpos de piso como sospechosos y peligrosos, y a los de paso como ciudadanos de bien. En este juego de categorías, las *gentes de piso* son aquellas cuyo simple acto de habitar el espacio público se convierte en una transgresión, mientras que las *gentes de paso* se benefician de una movilidad libre y sin cuestionamientos.

La separación entre las *gentes de piso* y las *gentes de paso* no es una casualidad. La vigilancia y el poder, como dijo Foucault, no solo organizan los espacios, sino que también modelan los comportamientos. Las *gentes de peso* son agentes de control que, mediante su mirada y acciones, delimitan qué cuerpos son aceptables en la plaza y cuáles deben ser expulsados. Para las *gentes de piso*, esta vigilancia perpetúa una existencia precaria. No son cuerpos libres, sino cuerpos regulados por una lógica disciplinaria que los clasifica como deleznable. En *El derecho a la ciudad*, Henri Lefebvre reflexiona sobre cómo los espacios urbanos deberían ser lugares donde todos podamos participar y habitar plenamente. Sin embargo, en lugares como la Mariposa, el derecho a existir parece restringido a aquellos que cumplen con las normas tácitas de clase y decoro. La plaza, entonces, no es un espacio común, sino un terreno de lucha, un escenario donde el poder y la apariencia definen quién pertenece y quién debe desaparecer.

Ciertos cuerpos simplemente no tienen derecho a ocupar ciertos lugares. Esta exclusión no es solo simbólica: es material, palpable, como cuando una patrulla policial expulsa a un vendedor ambulante con su carricoche o le confisca su mercancía. El Estado regula quién tiene derecho a la vida y quién es empujado a la muerte social. No es necesario que las *gentes de piso* mueran físicamente para ser consideradas prescindibles; basta con que sean invisibilizadas o criminalizadas para que el mensaje quede claro: no pertenecen al tejido urbano que las *gentes de paso* consideran suyo.

La escena se convierte en un ritual conocido, un acto repetido que subraya las jerarquías del espacio urbano. Las *gentes de piso*, siempre expuestas a la mirada vigilante de las *gentes de peso*, son obligadas a justificar su presencia, a demostrar que existen, pero sin molestar. Para las *gentes de piso*, estas requisas son un recordatorio de quién domina la luz. Pero en las sombras de la Mariposa, en esa pequeña resistencia

que las mujeres ejercen al sentarse y fumar, mientras cuentan los pesos para pagar la pieza o comprarse un Delight, se encuentra también un acto de desafío, un reclamo por un espacio que debería ser de todos. La rutina cierra con una advertencia seca: «O se quitan de ahí, o las sacamos y las empapelamos». Deambular se vuelve para ellas la mejor opción.

Las dos mujeres se levantan, medio trabadas, medio aburridas, y vuelven a flotar en ese estado intermedio de las *gentes de piso*: siempre bajo la mirada de las *gentes de peso*, siempre esquivando los cuerpos veloces de las *gentes de paso*.

El profesor, ese hombre de paso obligado, se detiene un segundo para asegurar su mochila. No quiere perder nada entre la multitud. Nota a las mujeres y, al mismo tiempo, esquiva, sin pensar, otra naranja que aún rueda del carretón volcado. No interviene; su papel como transeúnte no incluye la confrontación, solo el paso ligero, sin dejar huellas.

La Mariposa se convierte en un terreno en constante negociación, un escenario donde, aunque las etiquetas están ahí para clasificar y estatizar, las historias se entrelazan y crean nuevas posibilidades. Las *gentes de peso* se convierten en *gentes de paso* al final de su jornada; las *gentes de paso*, escandalizadas, vigilan y señalan: se vuelven *gentes de peso*; las *gentes de piso* sueñan con el momento en que puedan moverse, como las *gentes de peso*, sin ser detenidas. Sueñan ser lo que no son: *gentes de pose*, cuerpos que negocian, adaptan y asumen los roles que les han sido asignados. En esa tensión, se teje el ritmo de la ciudad: un ciclo en el que el paso, el peso y el piso no son destinos finales.



pp. 52, 55 PRES.O.S., 2017, de Juan Pablo Echeverri. Impresiones inkjet (37 en total). La mirada aguda del artista, quien dedicó la mayor parte de su obra a la exploración de la identidad y el género, así como a registrar el paso del tiempo a través de su propia imagen, presenta en esta obra a treinta y siete personas en una estructura con forma de panal, presas en la interacción con sus teléfonos móviles. Cortesía: Cortesía del legado artístico de Juan Pablo Echeverri.



Politizar la herida

GACETA recoge las voces de tres activistas y referentes trans: Lina Quevedo, Coqueta y Vicky Sánchez, quienes reflexionan sobre los desafíos, las conquistas y las esperanzas de la comunidad trans en el país.

En Colombia, las personas trans han enfrentado históricamente múltiples barreras para acceder a derechos básicos como la educación, la salud, el trabajo y la vivienda. Sin embargo, estas mismas barreras han sido el motor de una lucha colectiva que, con el tiempo, ha dado lugar a un movimiento trans cada vez más visible y organizado. Muestra de ello es la Ley Integral Trans, un proyecto legislativo que busca garantizar y proteger los derechos de las personas con identidades de género diversas, incluyendo personas trans, travestis y no binarias. Esta iniciativa, radicada en el Congreso el 31 de julio de 2024, es resultado de un proceso participativo que involucró a más de cien colectivos y organizaciones lideradas por personas trans y no binarias, activistas independientes, familiares y redes de apoyo. El proyecto abarca temas como la lucha contra la discriminación y la violencia, el acceso a la identidad de género y el acceso igualitario a los servicios de salud, empleo, vivienda, participación cultural y protección legal.

Lina Quevedo: Esta conversación está dedicada a las fronteras. Las personas trans siempre nos hemos ubicado en las márgenes, que nos limitan, pero al mismo tiempo nos ofrecen posibilidades. ¿Cuál

ha sido nuestra marginalidad? ¿Dónde nos ubicamos? ¿Desde qué lugar nos hemos nombrado?

Coqueta: Creo que son muchas cosas las que siempre nos limitan a hacer o a llevar a buen término ciertos procesos, pero esos límites también hacen que cojas más fuerza y vuelas hacia donde quieres estar. A mí me pasó en el barrio Santa Fe: tuve una limitante, algo que me detuvo un momento dentro del activismo, por amenazas. Pero, definitivamente, una es muy resiliente y busca la forma de retomar y seguir. Esos límites tampoco son el fin de lo que quieres hacer. Las personas trans siempre estamos muy limitadas en todo. Claro que hay casos donde se han superado estos límites, pero son muy contados. A las que realmente hemos estado siempre allí, más en la lucha, se nos limita a estar relegadas y a no poder accionar de la manera que queremos. Son muchos los límites y vivimos con miedo. Yo hablaría de tantas mujeres que lo han dado todo y se han visto en situaciones peores que las de una, pero vuelven y retoman. Las personas trans, y en especial las mujeres trans, recibimos violencia, discriminación, segregación, burla... Tantas cosas, a pesar de que hay una lucha que hemos llevado desde hace mucho

tiempo. Porque es que esta lucha mía no es de ahora, tiene más de 40 años. Antes de que se hablara de una política pública, antes de nada. Nosotras, como mujeres trans, como trabajadoras sexuales, como mujeres que conocemos la calle, no queremos más violencia; estamos mamadas del abuso policial, de que no hagan nada por nosotras. Y aunque digan que esto es historia patria, les cuento que la Constitución del 91 fue lo único que sirvió para que empezaran a cambiar las cosas, porque a una la detenían por usar prendas femeninas, por ocupar el espacio público, por miles de cosas. Ha sido fuerte, pero no ha sido una limitante para seguir adelante y para estar hoy posicionadas donde estamos. Ahí se aprende. Hemos vivido estas historias para que otras generaciones que vienen detrás de nosotras tengan un camino más abierto. Hay muchas cosas más: existe una política pública, es otra era, pero sabemos —y es una realidad— que la violencia que existe hacia los cuerpos trans es muy fuerte.

Siempre se ha dicho que el cuerpo es el primer territorio y para nosotros ha sido el primer territorio de conquista: la posibilidad de ejercer la autonomía, la libertad de poder modificarlo, incluso a pesar de la violencia y de la inseguridad que implica hacerlo cuando el sistema de seguridad social no permite —y no había permitido, hasta hace muy poco— que nosotres accediéramos a intervenciones seguras, a un acompañamiento. Éramos nosotres quienes nos acompañábamos. Y la intervención llegaba a muy alto costo, pero también con el beneficio emocional y psicológico que es tener estos cuerpos que deseamos profundamente. ¿Cómo ha sido para ti esa conquista del cuerpo trans?

C: Para mí ha sido toda una lucha. Somos mujeres construidas a retazos. Antes usábamos la espuma para hacer nuestros cuerpos, para vernos exuberantes, porque nosotras tendemos, en especial las mujeres trans, a ser muy llamativas de una u otra manera. Siempre tuve la imaginación de cómo sería rajarse y meterse algo para poder formar la cadera o que el glúteo se viera más voluptuoso. Tuve la oportunidad de

estoy hablando de 1990. Imagínese meterse algo en el cuerpo y al otro día salir regia, divina. Dos días antes me veía flaquita, sin carne, como el hueso de la rodilla, y después de meterme silicón tenía un cuerpo formado al que no tenía que ponerle medias ni espumas. Divino. Pero después aparecen las secuelas y es cuando uno dice: ¿a qué costo se construye una?



Lina Quevedo es sociólogo, activista trans y portavoz del Proyecto de Ley Integral Trans que actualmente suma más de dos años de trabajo, cuenta con insumos de derecho comparado y consultas a más de 1300 personas trans. Todos los retratos en esta conversación, de Diego Cuevas.

salir de Colombia y, cuando llegué a Italia, vi que las maricas se aplicaban silicón y era silicón de avión. Entonces quise aprovechar eso, sin imaginarme todas las consecuencias que podía traer, pero era por ese afán de construirme, de verme como quería. Por eso digo que las luchas trans no son de ahora. Le

Ahí empiezan todos esos retazos. Una hace esa primera parte: o las tetas, o las nalgas, o la cadera, o lo que sea, pero todo tiene que ser inyectado. El cuerpo era una cosa inyectada, y en los noventa, la que más grande tuviera la nalga vendía más, llamaba más la atención. Muchas se quedaron ahí,

muchas no contaron el cuento, y otras estamos peleando por esa ley de biopolímeros, para que el Estado se haga responsable, porque eso sigue siendo un tema para nosotras. Nos construimos para vernos bellas, y después tenemos que buscar retazos para tapar todo lo malo que les hicimos a nuestros cuerpos. Eso pasa por falta de conocimiento y falta de acceso a intervenciones seguras. Finalmente, creo que, dentro de todo, el premio mayor es cuando una logra lo que quiere. Yo siempre he dicho que mis tetas son putamente políticas, porque son mías, porque, aunque no nací con ellas, tuve que pararme en la esquina y conseguir la platica para hacérmelas. Me produce inseguridad pensar que no voy a tener mis tetas, que es lo que siempre busqué, porque como mujer trans es lo que me reafirma. Ya han pasado los años y me siento regia de verdad. Aparte de que me digan «madre» o «señora», yo me siento una señora. Aprendí a ser yo misma, y así me siento y me veo bien. Pero cuando llegan estos temas de salud y una empieza a verse afectada es cuando una dice: ¿y ahora qué? Ahora estamos en esta ley que salió de los biopolímeros y que está en curso, pero no es una realidad todavía. Ahí puede estar en el papel, pero yo estoy sufriendo. Pago mi EPS, cumplo con todo, pero no me dan respuesta, y cada día los dolores son peores. Hay días que no quisiera levantarme porque me duelen las piernas, porque se me han hinchado, pero tengo una vida, entonces con el dolor y todo camino.

Vicky Sánchez: La madre me ha llevado a instruirme, a aprender sobre salud, sobre violencias de género y sexualidad. Todo esto ha sido superexitoso: aprender y saber que estamos incentivando a las personas de la salud para que cambien ciertas formas de dirigirse a la población, más que todo a las chicas trans. La gente te discrimina en distintas situaciones, pero uno habla

las cosas, explica y les da a razonar, porque uno no les está afectando en nada, y podemos llevar el mismo respeto, como personas.

A las personas trans nos han deshumanizado, y eso también permite que la gente pueda maltratarnos o ejercer violencia con mayor facilidad.

VS: Hemos aprendido a defendernos, a hacer valer nuestros derechos y seguir luchando para que las personas entiendan y cambien la forma de acceder, por ejemplo, a las hormonizaciones, que sean asequibles y más fáciles de hacer. Que el sistema de salud ayude, porque no lo hace. Ahora que está la lucha, podemos explicarles que nosotros somos humanos y necesitamos también que el sistema de salud nos colabore y haga las cosas más fáciles. Uno hace sus cambios con su propio dinero, pero no hay solución para algo tan complicado como lo de la madre. Tienes que poner tutelas y hacer muchas cosas para que solucionen. Tienes que aprender a defenderte.

C: Bueno, yo le quiero contar que la Epicentra es una escuela de salud para géneros no normativos que nace desde Temblores ONG y Fundación Lxs Locxs. Hemos tenido tres ediciones donde creamos una herramienta que se llama «El botiquín del género y la sexualidad». Y con ella trabajamos frente al sistema para humanizarles un poco más a todes. Porque nos han deshumanizado tanto que siempre hablan de nosotres, pero nos ven como si fuéramos una piedra o no tuviéramos sentimientos. A mí me

aterra cuando dicen: «Es que nosotros, las personas normales...». Y yo siempre buscaba mi anormalidad.

La normalidad es aburrida... Las personas trans hemos sido tratadas como ratas, ese animal indeseado que todo el mundo echa, que todo el mundo quiere corretear, pero estamos presentes. Y siempre hemos encontrado una persona trans que nos ha acogido, que nos ha hecho sentir bienvenidos y bienvenidas, que nos ha ofrecido un plato de comida, una palabra amorosa, también información. Y en algunas partes nos han tratado como una familia. Y aunque no vamos a romantizar a la familia, sí vamos a utilizar ese nombre. Hemos sido familia para nosotros, ¿no?

C: Hay algo mucho más importante: es que nosotras mismas buscamos espacios seguros para nosotras. Y esto hace que muchas cosas vayan cambiando. Están las bien llamadas madres que acogen desde tantos lugares, pero no son solo las madres, sino desde todos los lugares de enunciación: tías, madres, abuelas. Nosotras aprendemos de nosotras mismas. Siempre tenemos como un referente a las otras y nos ayudamos. Y esto no pasa solo acá. He tenido la oportunidad de ir a otros lugares donde hemos estado cuatro o cinco en un pequeño pueblo. Y esas cinco hemos construido familia por años, hasta que una se va; hay alguna que se va del plano terrenal, pero nos quedan los aprendizajes que tenemos de otras. Esto es algo intergeneracional: todo lo que le pasa a una vieja le pasa a la

Somos mujeres construidas a retazos. Antes usábamos la espuma para hacer nuestros cuerpos, para vernos exuberantes, porque nosotras tendemos, en especial las mujeres trans, a ser muy llamativas de una u otra manera. Siempre tuve la imaginación de cómo sería rajarse y meterse algo para poder formar la cadera o que el glúteo se viera más voluptuoso. Coqueta

polla, a la que recién está haciendo su tránsito. Algo que está mejorando es tener estas redes de apoyo que se brindan no solo desde nuestras organizaciones, sino desde una misma como persona.

VS: Entre nosotras nos enseñamos cosas. Yo sé confección y les expliqué a varias de la comunidad cómo coser. Darlo a la otra persona no me quita nada, entonces les enseñé.

Además de esa relación que hemos construido a partir de la necesidad, del sufrimiento, de la amistad, hoy en día también está el enamoramiento. Estamos casándonos y teniendo hijos e hijas entre personas trans.

VS: Han adoptado o les dan la oportunidad de criar un hijo. Y pueden decidir si quieren ser de la comunidad o no, tomar su decisión como lo quieran. Es respetable y es el respeto lo que se desea.

Que hoy en día los hombres trans gestemos y convivamos con una mujer trans en una relación en la cual quedemos embarazades... antes eso no se veía. Las personas trans solamente nos relacionábamos sexoafectivamente con personas cis. En términos legales, no existe una prohibición que impida la adopción para las personas trans, travestis y no binarias. La Corte Constitucional ha reconocido y protegido los derechos fundamentales de esta población, por lo que una persona trans puede presentar una solicitud de

adopción y será evaluada bajo los mismos criterios que cualquier otro solicitante. Sin embargo, aunque la legislación no discrimina por identidad de género, en la práctica pueden existir dificultades producto de los prejuicios de distintos agentes relacionados con el proceso.

C: Antes de toda esta lucha, conocí dos familias: una en el Ricaurte y otra acá, en el 20 de Julio. Y le cuento algo más: yo no lo entendía. Pero para mí todo empezó a cambiar con Daniela Maldonado y Max Castellanos, que fueron los primeros en hacer todo esto. Tuvieron a Luciana, y verla ya grande es una cosa tan divina. Veo la felicidad de la madre y cómo le cambió la vida. Si Daniela y Max no fueran ellos, Luchi no estaría acá. Y ella ya tiene su poder de decisión: cuando no le gusta algo lo dice y se viste como ella quiere. Y en todo matrimonio hay problemas, disoluciones, cambios de pareja, en fin, todo lo que sabemos. Y no es que sea promiscuidad o todo lo que la gente habla, sino que el cuerpo pide y hay que darle. Pero esa construcción de las familias diversas me parece muy hermosa. Hay que visibilizar a las familias en todos los espacios. Esto ha permitido que en los mismos territorios empiecen a cambiar la mentalidad. Acá vienen familias que dicen que no entienden. Entonces yo les digo: «¡Pues pregunte!», y las invito a la Epicentra.

Incluso la gente fuera de nuestro círculo también lo comenta. El otro día estaba en la plaza de

Paloquemao comiendo y comprando unas cosas, y en una mesa había unas personas hablando. Una de ellas decía: «Es que era un hombre que antes era mujer y quedó embarazada de un hombre que ahora es mujer». Estaban intentando explicar, a su manera, cómo dos personas trans quedaban embarazadas. Esta ya es una conversación que se pone en una mesa de Paloquemao un domingo. La gente está llegando a esa información. Creo que todavía hay que afinar un poco, pero la idea de que nosotros también somos familia, de que podemos gestar y procrear, ya es un tema que se habla en las conversaciones cotidianas. Lo que nos sucedía, por ejemplo, a los hombres trans es que, dentro del paquete de cirugías e intervenciones que nos ofrecía el sistema de salud, la primera era la esterilización, sin ninguna posibilidad de que nos informaran sobre nuestros derechos sexuales y reproductivos. Como si nosotros no quisiéramos reproducirnos. También bajo la idea de que los hombres no quedan embarazados y de que si quieres ser hombre, pues no te interesa gestar.

VS: ¿Pero no les dejaban que tomaran la decisión?

¡Nunca! Incluso hasta el día de hoy es difícil que nos informen sobre los efectos a mediano y largo plazo del tratamiento de reemplazo hormonal o de ciertas intervenciones, incluso para tomar decisiones sobre nuestros derechos sexuales y reproductivos. Y ahí está esa idea de que las personas trans no queremos esterilizarnos o esterilizar a otras personas trans, sino que el sistema de salud quiere esterilizarnos. No tenemos la posibilidad de informarnos ni de tomar decisiones sobre eso. Pero al menos la conversación está sobre la mesa.

VS: Es importante que puedas tomar tus decisiones y puedas

Que hoy en día los hombres trans gestemos y convivamos con una mujer trans en una relación en la cual quedemos embarazades... antes eso no se veía. Las personas trans solamente nos relacionábamos sexoafectivamente con personas cis. En términos legales, no existe una prohibición que impida la adopción para las personas trans, travestis y no binarias. La Corte Constitucional ha reconocido y protegido los derechos fundamentales de esta población. Lina Quevedo

modificarte como tú quieras, vivir feliz sin peligro.

C: Sigue siendo un tabú. Hoy hay tanta diversidad en las familias, y no es solo acá. En Medellín, en Cali, en todos lados se ve. Hay que permitir que cada quien sea feliz de tener sus hijos, como sea. No les están dando una mala vida. Le pongo de ejemplo nomás a Pancho, un hombre trans que ya

contagia o que es un tema de imitación social. Yo soy madre de un hijo adolescente y siempre existió una amenaza latente: «Tu hijo se va a traumatizar. Espera que crezca un poquito para que veas el problema que le vas a causar a tu hijo, porque no va a poder entender cómo la madre es un hombre trans». Y yo creo que es un miedo bastante adulto-céntrico, porque lo que ha sucedido es que, por

la amenaza de que me iban a quitar a mi hijo. Es decir, parece que ser trans nos va a costar todo: ser familia, ser persona, ser profesional, todo. Pero resulta que no es tan así. Creo que, incluso, es una apuesta de vida: tener hijos e hijas y poderles formar en la diversidad y naturalizarnos como padres y madres.

VS: Cuando tomas la decisión de ser una chica trans y ser lo que tú eres, nadie te puede parar. Debes tener claro lo que quieres ser y saber para dónde vas. Si no tomas la decisión y no estás decidida a hacer las cosas, entonces se vuelve algo complicado psicológicamente. Pero una sabe, y toca que las personas empiecen a verte como tú quieres, vivir la experiencia del tránsito. Por ejemplo, que tú vayas con tu mamá y que ella tenga que cambiar la forma de llamarte. Es complicado ese momento.

Yo me sigo llamando Lina...

VS: Sí, pero hay papás que no lo entienden.

Yo he negociado algunas cosas con mi familia. Me sigo llamando Lina, eso no tiene problema. Incluso existe un poco de presión para que me cambie el nombre. Ningún hombre se llama Lina en este país. Pero los pronombres son difíciles para ellos; llamarme con pronombres masculinos les sigue costando. Sin embargo, esto pierde un poco de importancia frente a otras acciones que reflejan la aceptación que hoy tienen hacia mí. Es decir, mi familia no me regala prendas de mujer. No me esconden. Me invitan a sus reuniones, me sientan a la mesa, soy bienvenido.

C: Eso es un tema fuerte. En mi casa le preguntaban a mi mamá con quién vivía, y ella decía: «Con mis dos hijas y... y... y...». Esa fue la lucha, pero yo decía: «Yo soy Coqueta». Y me sacaron de la casa. Cuando me puse mis próte-



Vicky Sánchez es defensora de derechos humanos y líder comunitaria. Actualmente hace parte del colectivo Lxs Locxs y de la Epicentra (escuela de salud para géneros no normativos).

tiene 60 años. Sus hijos son profesionales y lo respetan. Además, la maternidad de las trans es algo muy divino, porque una muchas veces soñó con eso. Si de pequeños jugamos con muñecas y todo.

Algunas veces está esa idea de que ser trans está mal y de que esto se

ejemplo, en el caso de mi hijo, nunca ha tenido problema con llamarme madre ni con utilizar pronombres masculinos, tampoco con presentarme a sus amigos ni amigas, ni estar en un espacio conmigo y ser cariñoso. Nunca se hizo realidad ese miedo que también tenía mi familia, incluso con

sis, me decían que eso era del demonio. Yo les decía: «Él no me dio la plata, créanmelo». En mi familia todo el mundo aprendió que yo era Coqueta, pero mis tíos siempre fueron bien machistas. A mí sí me molesta porque, ya le digo, eso no es de ahora y quiero que me llamen Coqueta.

En mi caso, he querido quitarle esa carga que tiene el tema del género. Es decir, con el tiempo me ha importado cada vez menos. Y eso ha implicado que no me ofenda cuando alguien utiliza pronombres femeninos, excepto cuando es con la intención de dañarme. Cuando le quitas la carga que tiene al insulto, la gente ya no tiene cómo ofenderte. No me ofenden los pronombres femeninos; no me identifico con ellos, pero no siento que un pronombre femenino sea un insulto. Creo que el insulto más grande que yo puedo sentir es la imposición del género porque es algo muy rígido y apretado. No me considero de género fluido ni nada de eso, pero ha sido una reflexión muy personal a partir de una experiencia muy íntima, y creo que esto que soy se parece mucho a lo que siempre he querido ser. Y esa ya ha sido una muy buena conquista.

C: Durante años escuché que no existía un movimiento trans, también porque estaba sobre el imaginario la idea de una desunión entre nosotros y nosotras, que nos peleábamos, como si eso no pasara en otras poblaciones. Y el egoísmo es humano, eso no es de personas trans. Pero, hoy en día, la gente tiene otra idea del movimiento trans gracias al proyecto de ley que fue radicado en el Congreso. Ese proyecto unió a los colectivos y a las organizaciones con un objetivo claro: tener un marco legal para garantizar los derechos de las personas trans en toda su integralidad. No solamente estamos hablando de salud, del derecho a la tierra. Estamos demandando que se garantice el derecho a la educación,

al trabajo, a tener una vivienda digna, porque ni siquiera es por falta de dinero, es que incluso teniendo dinero no te arriendan. Muchas veces nadie quiere ser vecino o tener de arrendatario a una persona trans.

Este proyecto de ley nos unió frente a ese objetivo porque nos consultamos y nos preguntamos qué queríamos que tuviera. Para

un poco de cómo nos soñamos si esto fuera ley. Porque ya está radicada en el Congreso, pero todavía no es ley. Para nosotros ha sido ya una primera conquista. Aunque sé que no lo va a resolver todo, ¿cómo nos soñamos una Colombia con una ley integral trans? ¿Qué creen que pasaría?

C: Yo creo que sería maravilloso. Si hablamos de la garantía de



Coqueta es activista y fue cofundadora de la Red Comunitaria Trans, de donde salió para dar vida a La Casa de Lxs Locks. Apoya a trabajadoras sexuales, personas habitantes de calle, madres cabeza de hogar, adultos mayores y jóvenes.

mí ha sido maravilloso poder generar un espacio de diálogo, de encuentro, de poder reconocer todas las diferentes experiencias: indígenas, personas privadas de la libertad, trabajadoras sexuales, personas con vih, personas campesinas en la ruralidad, personas afro... Entonces, hablemos

nuestros derechos, bien se ha dicho que el papel aguanta lo que sea, pero esos cambios que se han propuesto tantas veces tienen que ser una realidad. Porque se han propuesto miles de cosas, pero del dicho al hecho hay un trayecto muy grande. Para mí, sería muy lindo que nos brindaran

oportunidades desde todos los espacios. Algo bueno de esta ley es que no olvida a las personas que pasamos de 35. Las que somos mayores no existimos, no vivimos, no tenemos derechos realmente. Si no hay derechos de los 18 a los 35, menos de los 35 a los 50, 60 y 70. Pero las que pasamos de esta edad también existimos, entonces tiene que haber un cubrimiento de todas esas necesidades, pero que sea real.

Queremos seguridad para las personas mayores, espacios laborales dignos, espacios donde las personas trans podamos ser y podamos tener. No es asistencialismo, es un derecho que una tiene. Si pensamos solo en las infancias trans o en las niñas de cierta edad hasta cierta edad, seguimos en lo mismo. Hay una ley de vejez, pero esa ley de vejez no es real, no cumple con lo que tendría que hacer.

Soñamos con que nosotros nos podamos construir mejor, no así, tan mal construidas, arriesgando hasta la vida, sino con procesos reales: hacer tránsitos seguros, sin repetir cosas que ya hemos vivido, como mutilaciones, violencia, desplazamientos de los hogares... Que se eduquen junto con nosotras. Porque ahora, cuando saben que tú eres diversa, hay una patada en el culo y para la calle. Y ahí: la prostitución, las sustancias psicoactivas, sobrevivir. Pero esto sería distinto si tenemos las herramientas para la vida que nos permitan estar, que permitan a las infancias trans crecer con lo que necesitan y que sea una realidad

para todos y todas. Esto debemos soñarlo, porque todavía hay un camino muy largo por recorrer.

En el 2012, cuando se sancionó la ley de identidad en la Argentina, la primera en Latinoamérica, una activista argentina contaba que se había subido a un taxi y el taxista le había dicho: «Bueno, ahora con esta ley toca respetarles». Aunque no se nos garantiza completamente que eso que está en el papel sea inmediato, sí garantiza un marco, porque también es un acto simbólico, no solamente normativo. Es un mensaje a la sociedad que permite también generar acciones de política pública. Aquí quisiera introducir algo que este proceso me ha enseñado y es la diferencia entre el optimismo y la esperanza. El optimismo es esa idea de que todo tiene solución y eso nos pone ahí a echar globitos en el aire. Pero la esperanza se construye. Le dijimos al Congreso que estamos construyendo esperanza y no solamente para nosotros. Si nosotros avanzamos en derechos, avanza la sociedad entera. Creo que ese es el mensaje: no se puede construir paz sin nosotros. Así que también la esperanza está depositada en lo que hacemos y podemos construir como país. Es nuestra ley.

VS: Muchas personas no saben cómo hacer la transición y, ahorita, es más asequible. A mí se me dio la oportunidad hace un tiempo, pero antes era muy complicado. Es importante tener la información,

aprender e instruirnos para lograr todas estas cosas.

Hay que politizar la herida. Por eso está esa frase de que lo íntimo y lo muy personal se vuelve político, especialmente cuando se nos han metido en la cama, en el cuerpo, en todo.

C: Sí, es que tristemente se maneja esta doble moral y ese machismo tan absurdo. Pero a mí me encantó lo que pasó con la Fundación Lxs Locxs cuando empezábamos acá, porque como es de mujeres trans, dicen que eso es de locas y para locas. Y no. Acá también trabajamos derechos, trabajamos por las mujeres y hablamos de esa diversidad, no solo como población LGBT, sino como personas. Yo invito a las personas a que lleguen y miren, y esto les ha cambiado la percepción a muchos. Aunque no todo el mundo lo acepta, hay algo que todavía les molesta, pero las cosas tienen que cambiar, ¿no?

Cuando la gente me pregunta: «Lina, ¿qué podemos hacer para que los lugares sean más seguros para las personas trans?», siempre les digo que tener amigos y amigas trans, tener parejas trans, tener familia con personas trans, andar con personas trans. Esto no se cambia con teoría, no se cambia con un discurso. No existe una fórmula ni una ecuación. Esto se cambia en la cotidianidad y en el relacionamiento con las personas trans.

El optimismo es esa idea de que todo tiene solución y eso nos pone ahí a echar globitos en el aire. Pero la esperanza se construye. Le dijimos al Congreso que estamos construyendo esperanza y no solamente para nosotros. Si nosotros avanzamos en derechos, avanza la sociedad entera. Lina Quevedo



Las blancas manos no se quiebran

Dos periodistas entran a Ucrania buscando documentar el éxodo generado por la invasión rusa. Poco a poco avanzan hasta la capital, Kiev, donde se encuentran de frente con la guerra. Una relectura sobre la pérdida y los archivos de esos días, cuando la guerra todavía era insólita.

Irpín

El jueves 24 de febrero de 2022, el mundo despertó con la noticia de que Rusia había invadido Ucrania. Aviones rusos bombardearon simultáneamente la capital, Kiev, y la región de Donetsk, que meses después sería anexada a Rusia. En la primera semana del conflicto, el número de desplazados y refugiados alcanzó la cifra de un millón y medio de personas. El 4 de marzo, cuando cruzamos a territorio ucraniano, era el doble. La frontera con Polonia colapsó por el éxodo masivo. Con nuestros pasaportes sellados, cruzamos hacia un lugar caótico y sombrío. Cientos de personas —mujeres con niños, mascotas y sus pocas pertenencias— hacían parte de uno de los desplazamientos más rápidos y masivos del siglo XXI. Sería el último viaje que haría con Brent.

Uno pensaría que entrar a un país en guerra es imposible y que salir, en cambio, es algo rápido y eficiente. Para nosotros fue al contrario. Cuando hicimos la fila para cruzar el control migratorio en Medyka, Polonia, en la frontera con Ucrania, a mi compañero Brent Renaud y a mí apenas nos revisaron las maletas. Solo nos preguntaron si llevábamos armamento o si nuestra intención era combatir a los rusos.

A finales de noviembre de 2021, Brent, su hermano Craig y yo trabajábamos en una serie documental para Time Studios en Estados Unidos, con Leonardo DiCaprio, Angelina Jolie y Trevor Noah como productores. La serie, titulada *The Tipping Point*, mostraba cómo el aumento de desplazados internos y refugiados, junto con una xenofobia creciente, había generado una crisis global. Conocí a Brent cuando éramos becarios en la Universidad de Harvard. Tímido y reservado, compartíamos una pasión profunda por la fotografía, los documentales, la arquitectura y el diseño. Nuestra amistad fue cada vez más estrecha mientras colaborábamos en diversos proyectos que nos llevaron por Estados Unidos documentando a

las comunidades más afectadas durante la pandemia; conduciendo hasta quedar a metros del ojo del huracán Laura y a documentar los estragos que dejó en su paso por Luisiana, Misisipi y Arkansas, y cuando estuvimos a punto de ser secuestrados por un grupo armado en la frontera colombo-venezolana mientras registrábamos el éxodo masivo de venezolanos.

Cuando recibí la llamada para este proyecto en Ucrania, no dudé en preguntarle a Brent qué debía empacar y qué visas necesitaríamos. Empezamos visitando varios campos de refugiados en el norte de Grecia, donde pudimos seguir a un grupo de Irak, Siria, Sudán del Sur y Etiopía mientras intentaban cruzar ilegalmente a Albania escondidos en trenes de carga. Documentamos algo similar en el río Suchiate, entre Tecún Umán, Guatemala, y Ciudad Hidalgo, México. Allí, grupos de inmigrantes latinoamericanos —principalmente guatemaltecos, hondureños y venezolanos— avanzaban hacia el norte evadiendo puestos de control en las carreteras interestatales. Una vez en territorio mexicano, estos inmigrantes organizaron una gran caravana para intentar llegar a Estados Unidos. Sin embargo, la mayoría de los que conocimos acabaron dispersos por México, albergados en refugios y con escasos recursos económicos para continuar su viaje.

En Ucrania, la fila de personas se extendía y serpenteaba por la carretera hasta perderse en el paisaje frío y amarillo de los campos de trigo. Al frente, un grupo de mujeres se reunían alrededor de un fogón improvisado, esperando su turno para recibir una porción de sopa instantánea y combatir el frío del invierno. Los autobuses con refugiados apenas encontraban espacio para estacionar. En el ambiente sombrío se escuchaban los gritos secos de los soldados ucranianos, que intentaban coordinar el flujo de personas entre el bullicio de maletas, niños jugando y un ruido interminable de automóviles.

En una carpa improvisada, los voluntarios atendían a quienes llegaban con problemas de salud, la mayoría mujeres mayores. En su apuro por escapar de los bombardeos, habían olvidado llevar consigo medicamentos esenciales para la hipertensión o la diabetes. Nuestra traductora, Irena Skowera, nos ayudó a hablar con algunas de esas mujeres en la carpa. Todas decían lo mismo: «Tuvimos que dejar atrás a nuestros esposos, hijos, padres y hermanos».

El recorrido nos llevó a Lviv, la ciudad ucraniana más cercana de la frontera. Allí la guerra se sentía como una sombra que se expandía con rapidez. Una de las cosas más desconcertantes de estar en un país que apenas entra en un conflicto es tratar de comprender quién está realmente al mando: ¿los militares?, ¿los civiles? La línea de autoridad parecía difusa y las preguntas se acumulaban: ¿dónde están los puntos de primeros auxilios? ¿Qué zonas son las más peligrosas? ¿Dónde se producen los ataques?

Las alarmas de bombardeos aéreos interrumpían constantemente el día, intensificando el caos. El toque de queda limitaba la movilidad y muchos comercios empezaban a quedar sin suministros. Nos adaptamos constantemente, siguiendo las indicaciones cambiantes de las autoridades locales y las circunstancias sobre el terreno.

Comenzamos nuestra labor ubicando los centros de atención a refugiados, dispersos por toda la ciudad en espacios improvisados: cafés, el teatro municipal, la alcaldía, restaurantes y hoteles. Estos lugares se transformaron en refugios temporales, donde los desplazados encontraban comida caliente, ropa y algo de alivio. A medida que visitábamos estos puntos, comenzamos a entender la dinámica del éxodo masivo.

La mayoría de los refugiados buscaban dirigirse hacia el oeste, impulsados por el anuncio de la Unión Europea de otorgar asilo por tres años. Esto generó un cuello de botella en esa dirección con trenes, autobuses y carreteras congestionadas de personas desesperadas por cruzar. En contraste, pocos buscaban asilo en Bulgaria o Rumanía, países que, aunque cercanos, eran percibidos como aliados de Rusia.

Durante los primeros días recorrimos Lviv y visitamos la estación central de trenes. Las plataformas estaban abarrotadas por familias con maletas improvisadas, niños aferrados a sus padres esperando el turno para abordar los trenes hacia el oeste. La infraestructura ferroviaria de Ucrania, construida durante la era soviética, tenía un ancho de vía distinto al del sistema europeo. Este detalle técnico, insignificante en tiempos de paz, complicó la evacuación rápida de refugiados y heridos.

Emprendimos nuestro viaje en contravía a la ruta de evacuación. Fuimos de Lviv a Ternopil, Khmelnytskyi y Zhytomyr y, a medida que avanzábamos, el paisaje revelaba las cicatrices de la guerra. Las incursiones y la destrucción de los misiles rusos eran evidentes: instalaciones militares arrasadas, refinerías reducidas a escombros, complejos residenciales destrozados sin distinción.

En Zhytomyr, camino a Kiev, un misil ruso dirigido a una planta hidroeléctrica terminó destruyendo una casa habitada por una pareja de ancianos que, milagrosamente, sobrevivieron. Esa tarde, Brent, Irena, Sasha (nuestro conductor) y yo pasamos el rato con ellos mientras recogían las cosas que rescataron de los escombros: fragmentos de vajilla, un par de fotografías, un reloj antiguo. Mientras trabajaban en silencio, nos contaron que habían vivido en esa casa por más de cincuenta años, viendo pasar generaciones y épocas de tranquilidad que ahora parecían irreales.

La capital ucraniana se alza sobre una pequeña montaña que desciende hacia el río Dniéper, ofreciendo una vista formidable de la ciudad. Es imposible ignorar la imponente estatua de titanio de sesenta

y dos metros de altura conocida como la «Madre Ucrania», símbolo representativo de Kiev. El trayecto hacia la ciudad, que normalmente tomaría alrededor de una hora, nos tomó casi ocho debido a las largas filas de vehículos intentando entrar o salir de la capital. Sasha, nuestro conductor, nos explicó que este tiempo de espera era común por el caos de la evacuación masiva y la creciente militarización.

A medida que avanzábamos era evidente que la ciudad estaba adaptándose al asedio. Las calles principales estaban salpicadas de barricadas improvisadas hechas con sacos de arena y neumáticos, mientras que los edificios públicos y las viviendas privadas se fortificaban con tabloncillos y láminas de metal. Los retenes militares parecían interminables. Perdí la cuenta de cuántos cruzamos, cada uno con soldados que revisaban cuidadosamente el permiso oficial que portábamos, emitido por el Ministerio de Defensa, que nos acreditaba para transitar en zonas naranjas y rojas. Las zonas naranjas estaban controladas por tropas ucranianas, mientras que las zonas rojas estaban ocupadas por las tropas rusas.

En la segunda semana del conflicto, Kiev se había transformado en un punto neurálgico para miles de refugiados que huían del norte y del este de Ucrania. Las tropas rusas cercaban la capital en un intento desesperado por tomar el control y, tal vez, precipitar el fin de la guerra, pero las fuerzas ucranianas repelieron los ataques pese al bombardeo ruso. El nuevo foco de combate estaba a veintiséis kilómetros al norte de Kiev, en las ciudades de Irpin y Bucha, donde se concentraba una nueva ola de desplazados que se movilizaban hacia la capital en busca de protección.

El domingo 13 de marzo decidimos viajar a Irpin y Bucha con el propósito de documentar una nueva ola de desplazamiento. Queríamos acompañar a las familias en su recorrido: desde Irpin hasta la frontera con Polonia hay casi seiscientos kilómetros de distancia. Las revisiones se hacían cada vez más exhaustivas a medida que avanzábamos. En el último puesto nos exigieron usar chalecos antibalas y que el vehículo llevara insignias de prensa.

El puente de ingreso a Irpin, un punto estratégico para detener el avance ruso, había sido demolido por las fuerzas ucranianas. Aquella estructura, que antes conectaba a la ciudad con el resto de la región, era un amasijo de concreto roto y varillas retorcidas que colgaban sobre el río Irpin. El único acceso posible era a pie. Dejamos a Sasha en el auto con nuestras provisiones, y Brent y yo cruzamos a través de lo que quedaba del puente destruido. En la orilla opuesta, soldados ucranianos ayudaban a familias, ancianos y heridos a atravesar con lo poco que lograron llevar consigo.

El paisaje en Irpin era desolador. Bloques de edificios residenciales habían sido reducidos a

escombros y las calles estaban cubiertas de restos de autos calcinados, muebles y pertenencias personales. En la distancia se escuchaban los ecos de los bombardeos rusos y, segundos después, la respuesta de la artillería ucraniana: el ruido blanco de la cotidianidad de la guerra.

En Soborna Street, una de las arterias principales de Irpin, el ambiente de abandono era evidente. Puertas abiertas, ventanas rotas, juguetes y ropa abandonados eran el testimonio de la prisa con la que huyeron las familias. Los perros, muchos perros, eran los únicos habitantes visibles. Algunos vagaban en busca de comida; otros permanecían inmóviles bajo los quicios de las puertas, como si esperaran el regreso de sus dueños.

Los primeros cuarenta y cinco minutos caminamos por las calles desiertas de Irpin sin cruzarnos con nadie. De pronto, una caravana de seis autos apareció en la distancia avanzando lentamente. Estaban abarrotados de familias que huían, con improvisadas banderas blancas hechas de sábanas y camisetas amarradas a los espejos retrovisores. En algunos de los vehículos se podía leer «дети» [niños, en ruso], escrito con pintura o marcador.

Minutos después, un coche Lada destartado se detuvo junto a nosotros. Al volante, un hombre robusto, de barba canosa y ojos azules penetrantes, bajó la ventana y nos saludó en un inglés tosco. Se presentó como Vladimir y nos preguntó adónde íbamos. Brent respondió que queríamos encontrar el lugar donde las familias de la caravana estaban siendo evacuadas. Vladimir asintió y señaló hacia los límites entre Irpin y Bucha, unos nueve kilómetros más adelante. Sin dudarlo, ofreció llevarnos. Brent y yo intercambiamos una mirada. Era peligroso, pero no teníamos otra opción si queríamos regresar antes de que anocheciera. Corrí el asiento y me acomodé en la parte trasera; Brent se sentó en el puesto del copiloto. Esa decisión, quién se sentó dónde, me atormenta hasta el día de hoy.

Vladimir conducía rápido, pasándose altos y esquivando obstáculos, incluidas barricadas, en calles completamente desoladas. Redujo la velocidad para mostrarnos un complejo de apartamentos bombardeado por misiles rusos, que luego adornaría Banksy, el artista del grafiti, con una bailarina. Al parecer, el objetivo había sido un hospital militar cercano, pero el bombardeo indiscriminado ya había destruido más del 60 % de Irpin.

De pronto, a mi izquierda, vi un movimiento rápido y confuso: un hombre en uniforme camuflado apuntaba con un AK-47 desde una trinchera improvisada. Solo recuerdo cuando grité que nos iban a disparar mientras me tiraba al suelo. Escuché una ráfaga de disparos. Vladimir aceleró y giró bruscamente en U. Luché por mantenerme en mi posición y, en medio de la confusión, solo pude gritar «Go! Go!».



Todo se reprodujo en cámara lenta: los vidrios rotos golpeando mi casco y mi cara, el sonido de las balas perforando el vehículo. Estaba seguro de que moriría allí, con el rostro contra una maleta en la parte trasera del auto. Pensé en mi madre y en el dolor que le causaría la noticia de mi muerte. Deseaba que fuera rápida y me resigné, como si entregarme fuera la única forma de evitar el sufrimiento. Transcurridos unos segundos, sentí un golpe seco en el glúteo izquierdo. El dolor era tan profundo que se sintió como si me hubiera quemado desde adentro. Grité «I'm hit!», pero nadie respondió.

Finalmente, el coche, averiado por los impactos, se detuvo.

Levanté la cabeza y vi a Brent, recostado en el hombro de Vladimir, con una herida que atravesaba su cuello y su oreja. La sangre manaba por su cuello y se escurría por el chaleco. Intenté detener el sangrado presionando con mis dedos, pero Brent ya estaba inconsciente. Vladimir salió del coche y yo forcejeé con el asiento hasta salir. Cargamos el cuerpo inerte de Brent y lo colocamos en el pavimento frío de la calle Vulytsya Severynivs'ka. Me sentí desfallecer. El proyectil había atravesado la cajuela del auto y la herida en mi glúteo era tan grande que podía meter mi puño en ella. Intenté en vano detener el sangrado, hasta que escuché

a Vladimir gritarle a un coche que se acercaba, pidiéndole que parara.

Mnie boli

La confusión fue abrumadora. Mi mente intentaba huir del dolor y el miedo. El frío me envolvió. Me repetí una y otra vez que no podía morir, que tenía que seguir, ayudar a Brent. Salí del carro, di unos pasos y sentí el golpe seco de mi cara en la tierra húmeda.

Desperté en una ambulancia, con rescatistas tratando de detener la hemorragia. Recuerdo unas manos cálidas acariciando mi rostro y una voz tranquila que me aseguraba que todo estaría bien. Me trasladaron a un hospital infantil donde relaté lo ocurrido. Fui al quirófano para una cirugía de emergencia.

Cuando desperté de la anestesia, a mi lado estaba el doctor Dan Schnorr, un estadounidense de mirada amable y figura musculosa, que más bien parecía el soldado de una película. Me dijo que hacía parte de un grupo de Médicos Sin Fronteras (MSF), cuya misión era capacitar a los médicos del hospital infantil Okhmatdyt en operaciones de traumas de guerra. Por suerte, el cirujano Martial Ledecq, un experto belga en heridas de guerra, fue quien me operó y, de paso, aprovechó la intervención para capacitar a varios médicos ucranianos.



Dan sostenía mi mano con suavidad reconfortante. Con la otra, describía el recorrido de la bala que había atravesado mi glúteo izquierdo, perforado la cavidad rectal y esquivado arterias, vértebras y órganos antes de detenerse en el muslo derecho. Su mirada lo decía todo: me había salvado de milagro. Después de dos cirugías y una colostomía, lograron estabilizarme.

Durante dos noches dormí en el búnker del sótano del hospital junto a otros pacientes. Despertaba aletargado por la morfina entre sollozos de niños asustados por las sirenas antiaéreas, el lamento de un soldado ucraniano por su pierna amputada y el sonido constante de los monitores médicos. Suelo mantener a mi círculo cercano informado sobre mis viajes. Días antes de la emboscada, me había comunicado con uno de mis mejores amigos, Mauricio, contándole de mi experiencia en Ucrania. Cuando logré contactarlo para informarle sobre mi estado y sobre la muerte de Brent, lo primero que sentí fue un profundo alivio al saber que, al menos él, sabía que estaba vivo. La noticia de la muerte de Brent, el primer reportero estadounidense asesinado en Ucrania por tropas rusas, se propagó por los medios.

La mañana del 15 de marzo, dos días después, desperté con la noticia de que Dan y su equipo serían

evacuados de Kiev. Informes de inteligencia advertían sobre un bombardeo inminente al centro de la capital y al hospital. Dan me informó que él y su equipo serían evacuados de inmediato. Me preguntó si quería unirme a ellos. Hasta ese momento no había pensado en cómo regresaría a casa ni en la logística de ese viaje. No lo pensé dos veces y acepté. Solo pedí que no dejaríamos atrás mis cámaras.

Me transportaron en una camilla y luego en una ambulancia hasta la estación central de tren. Dan, Martial y Anja Wolz, la directora de la misión de MSF en Ucrania, improvisaron una sala de atención en el suelo del vagón, donde me acomodaron, me conectaron al suero y me administraron medicamentos. Cuando pude observar a mi alrededor, me di cuenta de que la mayoría de los pasajeros eran mujeres. Muchas lloraban, con sus manos y caras presionadas contra las ventanas, despidiéndose de maridos y hermanos: los hombres que dejaban atrás.

El abordaje del tren tomó varias horas. Cuando finalmente partimos hacia Lviv, le pregunté a Anja, sentada a mi lado, cuánto duraría el trayecto. Preguntó en voz alta y una joven se levantó y, en un inglés perfecto, me explicó que el viaje tomaría unas doce horas. Ella le preguntó a Anja quién era yo y qué me había ocurrido. Después de la explicación, la joven tradujo

para el resto del vagón que yo era uno de los dos periodistas estadounidenses atacados por tropas rusas. De manera ordenada, los pasajeros se acercaron a agradecer por el interés en la tragedia del pueblo ucraniano. Otros lamentaron la muerte de mi amigo. Desde el fondo del vagón, una mujer comenzó a cantar en ucraniano y, en una armonía conmovedora, todos se unieron y llenaron el vagón con sus voces:

*Cabalgó un cosaco más allá del Danubio
Dijo: «Muchacha, ¡adiós!»
Tú, caballo negro
Llévame y camina*

*¡Espera, espera, Cosaco!
Tu chica está llorando
Cómo me puedes abandonar
¡Solo piénsalo!*

*Las blancas manos no se quiebran
Los ojos cafés no se cierran
Yo soy de la guerra, con Gloria
Cosaco, ¡espérate!*

*Oh, ¡yo no te olvidaré
Mientras viva en el mundo!
Tú a la guerra habrás llegado
¡No me olvides!*

Supe que la canción era *Un cosaco cabalgó más allá del Danubio*, una pieza folclórica ucraniana. Era la escena que Brent y yo habíamos escuchado describir una y otra vez en nuestro recorrido por Ucrania. Fue profundamente conmovedor. Comprendí que ya no era solo el documentalista detrás de la cámara: era una víctima más de esa guerra, uno más en la fila de los evacuados de Ucrania. El recuerdo más vívido de mi evacuación a medida que el tren avanzaba y veía las luces distantes de las ciudades que dejábamos atrás.

Doce horas después desembarcamos en Lviv. Fui trasladado al hospital comunitario. Los médicos eran ucranianos y, aunque me sentía agradecido por su dedicación, la barrera del idioma se convirtió en otra fuente de angustia. El dolor de las heridas, la fatiga por el viaje y la incertidumbre del futuro pesaban más que cualquier otra cosa. A pesar de mis intentos por comunicarme, las palabras parecían escaparse.

Las condiciones en el hospital eran rudimentarias. Las paredes de color azul pálido, las luces tenues y la falta de modernidad contrastaban con la eficiencia de las instalaciones de Kiev. Parecía que el hospital hubiera quedado atrapado en una era anterior, cuando la medicina en Ucrania aún era soviética.

La primera noche fue la más difícil. Los sedantes perdieron su efecto y el dolor era agonizante. Desesperado, busqué algún timbre o botón para llamar a una enfermera, pero no había nada. Quería algo para el dolor y pensé que quizás alguien pasaría en su ronda. Después de media hora sin señales de ayuda, comencé a gritar: «Help! Help! Someone, I'm in pain!».

Intenté traducir esas palabras con mi celular, pero pronto comprendí lo inútil que sería gritar en un ucraniano mal pronunciado. Después de varios intentos, un hombre entró en mi habitación. Vestía una pijama raída, su cuerpo era esquelético, tenía laceraciones en el rostro y un brazo inmovilizado en un cabestrillo, probablemente heridas de una explosión. Le pedí ayuda en inglés. Me miró con una expresión ausente y, sin decir palabra, salió de la habitación. Minutos después, una enfermera llegó con una inyección de morfina. El alivio fue inmediato, aunque momentáneo.

Tras dos cirugías, los médicos me dijeron que sería evacuado y remitido a un hospital en Polonia. El diagnóstico no era alentador: debido a la falta de antibióticos y a la escasez de sangre para una transfusión, estaba desarrollando septicemia. Me explicaron que, sin tratamiento adecuado, podría derivar en un choque séptico y causar insuficiencia orgánica o, incluso, la muerte. A pesar del pronóstico, la decisión de ser evacuado a Polonia era una posibilidad de esperanza.

El día de mi traslado a Polonia coincidió con la llegada de Craig, quien había viajado desde Estados Unidos para reclamar el cuerpo de su hermano Brent. Cuando vino a verme al hospital nos miramos en silencio un instante antes de abrazarnos. Entre lágrimas, le pedí mil disculpas por no haber podido salvar a su hermano. «Lo siento tanto, Craig», le repetía, incapaz de contener el dolor y la culpa. Con manos temblorosas, le mostré mis dedos, aún manchados con rastros de sangre seca, un testimonio de mis intentos desesperados por detener el sangrado de Brent. Nos abrazamos de nuevo y lloramos juntos. Compartíamos el peso de una pérdida que ninguno podía comprender del todo.

Catorce días después de haber cruzado la frontera entre Polonia y Ucrania, volvía en una ambulancia, acostado en una camilla y sin mi amigo. Recordaba aquel momento antes del ataque, cuando nos subimos al carro de Vladimir, y me preguntaba si Brent y yo hubiéramos intercambiado lugares: quizás él estaría vivo. Reflexionaba, en mi dolor, que tal vez hubiera preferido que así fuera. Me atormentaba la culpa de haberlo dejado tendido en el frío pavimento de la calle Vulytsya Severynivs'ka.

La culpa del sobreviviente me abrumaba mientras las lágrimas caían al ver, a través de la ventana de la ambulancia, los techos de la ciudad, sus calles vacías y militarizadas. Grabé mis impresiones en notas de voz y videos, algo que Brent me había enseñado, que era mi único vínculo con él. Dos años después de su muerte, los archivos de esos días han sido mi guía para escribir esta crónica.

En uno de esos videos capturé la interminable fila de refugiados que se extendía a lo largo de la frontera, esperando cruzarla. Desde la ambulancia,

con la sirena abriéndose paso entre la multitud de buses y carros, me sentí culpable. Era un extranjero privilegiado que podía saltarse la fila mientras cientos de personas esperaban, en el frío de marzo, para huir de la guerra.

Los días en el hospital de Polonia fueron eternos. Ni las visitas ni las entrevistas lograban disipar el aislamiento que me envolvía. Las noches eran tediosas. Mientras esperaba el efecto de los sedantes pasaba de un canal a otro en la televisión polaca, sin entender nada. Siempre terminaba en un canal de música de los ochenta, dejando que las melodías me arrullaran hasta caer en un sueño inquieto. Lo único que logré aprender en polaco de los días que pasé allí fueron las palabras *mnie boli*: mucho dolor.

El regreso fue una mezcla caótica de emociones: una especie de aventura teñida de alegría, confusión y una tristeza punzante. La travesía comenzó con una evacuación en un avión privado, acompañado por dos enfermeros y por Mauricio. El tamaño del avión nos obligó a hacer una escala en Islandia para reabastecer combustible antes de cruzar el Atlántico y aterrizar en suelo norteamericano. Allí nos esperaban agentes del FBI para interrogar a Mauricio, mientras yo, aún sedado y balbuceando incoherencias, intentaba responder sin mucho éxito.

Casa

Al día siguiente la realidad me golpeó con toda su fuerza: el funeral de Brent. Su familia, con una generosidad que me desarmó, decidió transmitir la ceremonia en vivo para que pudiera acompañarlos desde la distancia. Ver su ataúd a través de la pantalla, desde una cama en la que apenas podía moverme, fue devastador. La impotencia me aplastaba: yo estaba aquí, vivo, y él no.

Fue el inicio de mi recuperación física y emocional, seguida por meses interminables de visitas

médicas, noches de insomnio y pequeñas victorias que poco a poco me devolvieron algo de esperanza. Las primeras caminatas, siempre con la ayuda de Mauricio, comenzaron en el apartamento. Pasos torpes que parecían imposibles. Recuerdo el día que logramos completar una vuelta a la manzana. Celebramos como si hubiera terminado un maratón.

Con el tiempo logré procesar y entender. Nuestro trabajo a veces cobra vidas de manera injusta. En este caso, la vida de Brent. Fue la última vez que compartí con él la emoción de colaborar con el respeto y entendimiento que caracterizó nuestra amistad.

A medida que los meses pasaron, la duda me persiguió: ¿mis recuerdos eran fieles o estaban distorsionados por el trauma? El estrés postraumático se manifestó como aislamiento, introspección profunda y una necesidad de entender qué nos había ocurrido realmente. Me di cuenta de que, con el paso de los días, nos acostumbremos a cosas que no deberíamos: la guerra, la pérdida de un amigo, las agresiones constantes entre naciones.

He aceptado la muerte de mi amigo, pero busco respuestas a las preguntas sobre qué habría sucedido si aquel día hubiera sido distinto: quizás no estaría escribiendo estas líneas. Quisiera cambiarlo todo, retroceder en el tiempo, tomar su lugar, encontrarle un sentido a lo que ocurrió. Lo hago de la única manera que conozco: abordando un avión; alquilando un carro; pasando la frontera entre México y Estados Unidos; fotografiando a las personas que la cruzan y a las comunidades que habitan los pasos fronterizos; capturando sus historias, sus miradas y su lucha.

Busco respuestas en esos rostros y esos paisajes, aunque las preguntas se multipliquen. Descubro fragmentos de esperanza y humanidad que me impulsan a seguir adelante, a seguir contando estas historias, porque es lo único que puedo hacer para darles sentido.

p. 64 18 de marzo de 2023. Las ruinas del Liceo #25 en Zhytomyr, destruido por un misil ruso el 8 de marzo de 2022. Foto de **Juan Arredondo**.

p. 68 17 de marzo de 2023. Habitantes de Kiev caminan por la calle Khreshchatyk, en el corazón de la ciudad, frente a un grafiti que reproduce la insignia de la Brigada Azov, un ícono de la resistencia ucraniana. Foto de **Juan Arredondo**.



El retorno del exilio

Una israelí y un palestino se encuentran en Nueva York: ciudad que les ofrece «un absoluto equilibrio» y las condiciones ideales para amarse. Sin embargo, sobre ellos pesa la disputa de sus fronteras. Frente al mar de Jaffa la pregunta: ¿por qué un palestino de Cisjordania no sabe nadar?

Esta conversación tiene lugar en Nueva York, no nos imagino en ninguna otra parte. Te guío hacia la banca en el noreste de Washington Square o caminamos a través del Jardín Botánico de Brooklyn. Ya no hace falta que traduzca mis pensamientos del hebreo al inglés para que comprendas cuánto te extraño. Después de treinta años en los que con obstinación te negabas a aprender este idioma, ahora entiendes cada palabra que pronuncio. Pero esta conversación es especialmente extraña: estás en silencio. Tu voz áspera y profunda ya no es dominada por nuevas formas de pensar, preguntas inesperadas, la memoria de tu infancia en Hebrón, tu adolescencia en Ramallah durante la primera intifada o los cuatro años en los que estudiaste arte en Bagdad. Ya no te inmiscuyes en aquello que sucedió ayer o esta mañana.

Nueva York ama a las personas como tú, capaces de pelar el mundo con la yema de sus dedos, como si fuera una brillante naranja que gotea. Las aventuras sucedían donde fuera que estuviéramos, esperando pacientemente para asaltarnos. Como si esperaran a que tú aparecieras. El impávido indio, dueño de una cigarrería en West 4th St. se convertía ante ti en un elocuente prestidigitador que hacía malabares con sus dedos y sacaba el cambio de su oreja izquierda. El habitante de calle de Union Square abría su saco raído para revelarte su alhaja de llaves perdidas, alardeando de poder abrir las puertas de la mitad de Manhattan y pasar la noche en diferentes camas. La chica angelical, con cola de caballo, que zigzagueaba en sus patines hacia el café de Lower East Side mientras nos invitaba, con un fuerte acento sureño, a que la viéramos bailar desnuda en un local de estriptis en la 60th St. La misionera negra, una anciana de enormes proporciones que nos habló de su amado Jesús mientras liaba un porro. Me reía de ti: vivías como si tu vida fuese una película. A tu lado sentía que era proyectada también en una pantalla gigante.

Traducción: Daniel Montoya Aguillón

Hablaste, sobre todo, del libro infantil que estabas escribiendo. En la más pequeña habitación de Brooklyn, más de treinta hojas con detallados dibujos hechos a lápiz colgaban en cuerdas que habías cruzado sobre tu cama. Solo un personaje aparecía entre las páginas. No era un hombre o un niño, eran rizos decorados con piedras preciosas. Sus ojos siempre estaban cerrados y de sus labios parecía suspenderse una ligera sonrisa. En diciembre su nombre era Sultan, en enero Hassan y en mayo fue Reihan. Los títulos también fueron cambiando, hasta que te decidiste por *Hassan Everywhere*. Su viaje avanzaba con un impulso tremendo. En una viñeta tu héroe aparecía abrazando una gota de rocío en el desierto; en una segunda viñeta tocaba el violín a un enjambre de abejas; y en una tercera se sumergía en las profundidades del mar para besar a un pez triste. El texto en árabe que acompañaba cada viñeta era lírico y abstracto, trascendía la aventura descrita.

Como sospecho que estoy sesgada, maravillada por el artista como para poder juzgar con claridad su trabajo, invité a Joy, editor en un sello de prestigio, que no dudó en considerarlo excepcional. El agente literario dijo al conocerte que poseías un talento misterioso. Los representantes de la fundación Al-Qattan que escogieron tu libro para inaugurar la librería infantil que estaban construyendo en Gaza fueron también un impulso para ti. Trabajaste entonces sin descanso, de día y de noche. Hassan salió como de un mágico tren, encontró una libélula y decidió estrellar el cielo. No había un solo espacio en la habitación desde donde no pareciera asomarse su figura.

Fuera de tu apartamento, el invierno de Nueva York de 2002 se estiró hasta bastante entrado el siguiente año. Fueron meses de un continuo y desangelado frío. Los neoyorquinos parecían estar de acuerdo en que era uno de los inviernos más duros que la ciudad había conocido. Para nosotros este frío era el origen de muchas lágrimas. Era una sensación tan extranjera, tan ofensiva, que nuestros cuerpos no lo soportaban. Temblábamos bajo mi abrigo rojo, que poco a poco se desintegraba, y las cuatro capas de pantalones que te ponías. Nunca fuimos tan levantinos como en esos meses. Fantaseábamos sobre el sol de Oriente Medio como dos adictos miserables. El clima expuso nuestro carácter extranjero, una manera de burlarse de la idea de ser seres universales, dependientes de nada. Teníamos pasaportes con visas del Departamento de Inmigración, autorizando una estancia legal en Nueva York, pero el invierno parecía decidido a deportarnos.

Ni el caldo de pollo que comimos en los restaurantes askenazis del East Village, ni el *sahlab* que bebimos en el Café Cairo lograron apaciguar la sensación de orfandad. Durante nuestras interminables rondas de *backgammon* te hablé de Israel sin un ápice de cinismo que amargara mis palabras. Qué ironía: tú,

de entre todas las personas en mi vida, encontró en mi voz el amor por mi terruño. Tenía que sentarme junto a un palestino en las heladas escaleras del ayuntamiento de Brooklyn para darme cuenta de lo atada que estoy a Israel. Tuve que viajar hasta Nueva York para que me describieras, con la nostalgia de aquel que nace en la casa de una familia refugiada, el permanente deseo de regresar a los paisajes que a mí me rodearon toda la vida. Lejos de ese horizonte, a tu lado, lo amé.

Nevaba por todas partes a nuestro alrededor, pero vivimos un arrebató poético en el que hablamos del pálido plateado de los olivos, el ligero golpe con el que se abre la pulpa de los higos maduros, el olor cobrizo de los algarrobos en flor, las espinas invisibles en la cáscara frutal del cactus. En el metro, de camino al cumpleaños de Andrew, ofrecimos nuestro corazón al olor seco y suave de las colinas que rodean a Jerusalén, a la humedad que hay en la llanura costera, al cansancio del mediodía en los Hamsis de julio. Comparé nuestras caras en el reflejo sobre la ventana del vagón. Tras ella se proyectaban paredes cubiertas de hollín en un túnel que dejábamos atrás con velocidad. El gesto de añoranza era el mismo, la imagen de nuestro terruño era la misma, pero en los abrigos llevábamos algo diferente: pasaportes enemigos.

Afuera de la estación, cuando mencionamos el mar, nuestro suspiro produjo una pequeña bruma. En cada oportunidad, como si rodeara nuestros pensamientos, el Mediterráneo aparecía tras cualquier ventana, en cualquier habitación. Desde que nuestras vidas se encontraron en la 8th St., una nueva sombra de azul se ha ido añadiendo a mi imagen del mar. El agua ahora me parece más profunda y, de repente, aterradora.

Mahmoud y Hugo, a través de quienes te conocí, caminaron junto a nosotros aquella primera noche. Los árboles estaban iluminados por Navidad y las ventanas de las tiendas decoradas de verde y rojo. Todo parecía brillar a través de la pantalla de lágrimas que el frío trajo a mis ojos. Me contaste que no sabías manejar, disparar o nadar. La conciencia de ser israelí y tú palestino pesaba sobre nosotros, aunque poco a poco se iba disipando. Éramos entonces un hombre y una mujer en el corazón del Village en Nueva York: jóvenes, hermosos y coquetos.

Fanfarroneé sobre mis habilidades de clavado: «Soy como un pez en el agua», dije. Antes de que supieras cómo reaccionar había continuado emocionada con nuestra charla sobre el Mediterráneo. Dije que no podía soportar la idea de vivir lejos de semejante tesoro de la naturaleza. Dije que la vida en Tel Aviv valía la pena solo por el azul de su horizonte. Dije que era la extraordinaria pared occidental de mi hogar. Dije que para mí era más sagrada que todos los lugares sagrados. Tú guardabas silencio.

—¿Y cómo es posible que no sepas nadar? —bromeé—. ¿Qué hay de la playa en Gaza?

Dibujaste la versión triste de tu sonrisa y describiste las dificultades que la ocupación israelí imponía en el paso a los residentes de Cisjordania hacia la franja de Gaza. La vergüenza crecía en mí mientras contabas con los dedos de tu mano el número de veces que te habías bañado en el Mediterráneo a lo largo de tu vida. La desigualdad de nuestras libertades me golpeó poderosamente porque esa noche, en Nueva York, un absoluto equilibrio existía entre nosotros.

—Ven —te giraste y me ofreciste esos fríos y secos dedos—. No te lanzaré al mar por eso...

Inmediatamente todo alrededor de nosotros obtuvo un tinte político. En una inmensa ola, el conflicto entre Israel y Palestina inundó nuestro espacio. Por un largo momento caminamos sin pronunciar palabra. Aquello que permitió una conexión inmediata entre los dos era lo mismo que ahora nos imponía una tremenda distancia, que comenzó cuando salimos del Astor Palace y terminaste la frase que habías empezado antes: «Creo que ustedes y nosotros tenemos que compartir este mar, tenemos que aprender a nadar juntos en él». La discusión, que empezó entonces a las dos de la mañana, continuó durante todo el invierno. En verano, de repente, se cortó.

Ese deprimente clima se extendía y terminó por romperme el 10 de junio. Aún seguía lloviendo. Reservé un tiquete de avión y te dije que en cinco días iría de regreso a Israel. Dijiste con envidia: «¿Te vas a casa?». Temblé, como me ha sucedido siempre que pronuncias esa palabra. No sé quién empezó o cuándo sucedió, pero dejamos de referirnos a Israel o Palestina. Nos referíamos a «casa» y para los dos era un mismo lugar. En tu mirada mesiánica aquello fue siempre un lugar. A mis ojos, a miles de kilómetros de distancia, el conflicto que desgarraba estos dos lugares era lo que, paradójicamente, los hacía uno. Desde esa distancia, Abu Mazen [entonces primer ministro de la Autoridad Nacional Palestina] parecía un líder valiente. Ariel Sharon [entonces presidente de Israel] declaró: «Un fin a la ocupación». Nuevos acercamientos en las negociaciones se sumaron a los rumores de una extraña primavera que se extendía por la región tras el invierno. Y yo, llena de esperanza y con la física necesidad de sentir la tibieza del sol, quería volver a casa.

Tú tenías dudas sobre aquella hoja de ruta. La paz con la que soñabas sería cumplida solo cuando, desde el río hasta el mar, fuese todo un estado binacional común. Recuerdo la manera en la que tus ojos se iluminaban cada vez que lo describías entre gestos exagerados. Igualitario, libre, sin fronteras. Para ti era emocionante: la expresión de un deseo; para mí era la profecía de una condena.

Debido a este desequilibrio, nuestras discusiones no iban a ninguna parte. Yo rezaba, y aún lo hago, por una modesta, templada y mediocre paz. Mientras, tú soñabas con una armoniosa, utópica, *johnlennoniana* reconciliación. Te insistía repetidamente que la crisis

de odio y la suspicacia entre los dos pueblos era demasiado trágica y profunda para que un sueño como el tuyo se hiciera realidad. Con sorna me decías que tenía poca fe, que estaba limitando mi horizonte de pensamiento. Yo reducía mis expectativas a la medida de dos estados diferentes, porque uno solo significaría el fin del Estado de Israel. A lo que respondías que la ocupación sería lo que llevaría a Israel a su fin. Me encontraba llena de vergüenza por la manera en que se había construido una identidad israelita, con la ocupación como su característica principal; pero no quería que esta cambiara más allá de esas nocivas y peligrosas características. Tú, entonces, me llamabas miope.

Quería que llegara el día en el que, con un pasaporte, pudiera visitarte en Ramallah. Quería que vinieras a Tel Aviv y que te sintieras seguro allí, moviéndote con libertad. La razón por la que me gusta la idea de que el Estado de Palestina tenga las fronteras marcadas por la «línea verde» [las líneas que demarcaron el territorio de Israel con sus vecinos tras el armisticio árabe-israelí entre 1949 y 1967] es porque entonces, por fin, Israel tendrá también sus propias fronteras. Otra razón por la que espero vivir para ver la independencia de Palestina es que entonces me sentiré libre de celebrar mi propio día de la independencia. Tal vez te dije esto y quizás acaricié con ansiedad la idea de que un estado binacional podía ponerlo todo patas arriba y nos haría intercambiar nuestros roles en esta tragedia.

Puedo ver cómo te muerdes el labio con gesto decepcionado y mueves tus rizos en negación mientras comienzas de nuevo. Una y otra vez, sin amargura, tu visión de Oriente Medio convertía la región en un amplio, generoso e idílico país: Israestina o Palestael, decías entre carcajadas: «Podemos llamarlo como tú quieras».

Explicabas que había dos pueblos, pero solo una tierra. Nuestro acceso al agua es común; nuestras economías son codependientes; los lugares sagrados de nuestras religiones están entrelazados en la misma ciudad; los paisajes y caminos y las comunidades y el cielo sobre ellas están a nuestro alcance. Tus ojos se abrían maravillados.

—En el fondo de tu ser sabes que tus nietos y mis nietos vivirán juntos en esta tierra, así que, ¿por qué no ahora? —decías convencido—. ¿Por qué no nosotros?

Este era el punto de nuestra conversación en el que yo desesperaba. La insistencia palestina en su derecho a retornar, la obstinación israelita por sus asentamientos —a estas alturas estaba ya casi gritando—, era lo que hacía interminable encontrar una solución. Yo quería que regresáramos a las fronteras de 1967, pero tú querías regresar al espacio sin fronteras de 1948. Estampando mis pies contra el suelo y batiendo los brazos en el aire era incapaz de escuchar tu respuesta.

No puedo en realidad recordar cuándo exactamente tú también decidiste dejar los Estados Unidos,

pero desde ese día ya nada más importó. El tiempo que nos quedaba juntos lo pasamos vagando por las calles, bebiendo y fumando intoxicados por la repentina decisión de partir. Subimos y bajamos del metro desde el Jardín Botánico hasta el puente de Brooklyn y de regreso a Union Square. No solo me despedía de la ciudad, me despedía también de ti.

Antes de irme al aeropuerto nos abrazamos de nuevo y te ofrecí una amarga sonrisa. «Yaallah, baby», dije y solté un chiste flojo que ahora me genera escalofríos: «Te veo en el otro mundo». Sabíamos que, a pesar de que Ramallah y Tel Aviv están a menos de una hora de distancia en carro, sería muy difícil que nos volviéramos a encontrar. Sabíamos que, si no hubiéramos tomado un vuelo de doce horas a otro país, a una ciudad generosa como Nueva York, no nos habríamos conocido nunca. Era igual de claro para nosotros que, aun si nos hubiéramos conocido, digamos, en una manifestación de izquierda, habríamos, en el mejor de los casos, cultivado una respetuosa amistad. Un vínculo como el nuestro no se forma entre dos personas que enfrentan barreras físicas y teóricas como las que, a partir de entonces, tendríamos.

Tu respuesta se me abre hoy como un mal presagio, aunque entonces fue ligera y optimista: «No en el otro mundo, la próxima vez que nos veamos será en Jaffa; nos sentaremos junto al mar y comeremos pescado». Me subí al taxi sin saber que, con excepción de la cena que habías preparado para nosotros, todo se haría realidad. Llegamos con tres semanas de diferencia a Tel Aviv y a Ramallah. Durante los diez días que estuviste allí hablamos por teléfono dos o tres veces. En el día once viajaste a Jaffa, al mar.

Aún estoy allí, vivo en la iglesia griega que está frente al puerto. El Mediterráneo rodea la casa y se aparece en cada habitación, a través de las ventanas. Desde el balcón puedo ver el lugar exacto donde iniciaste tu último viaje. Suspiro: una vez por la espectacularidad de su belleza, otra por ti. Este mar es diferente al mar que alguna vez dejé y al mar que recordé en Nueva York.

Tu muerte lo ha conquistado y desde entonces domina toda la extensión de mi mirada. Te convirtió en Hassan, omnipresente, dueño del pasaporte más azul de todos: el derecho a navegar en todas las direcciones,

con total libertad, arriba de este país, de Rosh Hanikra hacia el norte, así como a través de la llanura costera de la Franja de Gaza. Si alguna vez pensé que la felicidad con la que te acercabas a la vida era una declaración política, hoy estoy segura de que la manera en que la perdiste lo confirma. Ahora compartimos el mar con total igualdad —tú desde el agua y yo desde su costa—, y quiero decirte que tu sueño binacional se ha hecho realidad de la más terrible manera.

Quiero que sepas que la película que observas se ha estado reproduciendo desde hace ocho meses en la pantalla azul de la costa de Tel Aviv. La veo desde mi balcón. Comienza en la mañana del 6 de agosto de 2003, cuando cuatro palestinos salieron de Ramallah en la mañana para una estancia ilegal de un día en Israel. Karma conduce, tú ocupas el asiento del copiloto y tu hermano menor, Waffa, y tu sobrino, Samer, van en la parte de atrás del carro. Atraviesan el punto de control de Kalandia con excepcional facilidad y van cantando y tomándose fotos durante todo el camino hacia el oeste, acompañados por la humedad que crece en dirección a Tel Aviv. Aparcan cerca de la torre del reloj en Jaffa. Mientras Waffa va al mercado por fruta, ustedes tres se dirigen hacia la playa en la que está prohibido nadar, a lo pies de la mezquita, lejos de los salvavidas. Escoges un lugar alejado para no levantar suspicacias. La marea está alta. Karma y Samer se dan un baño. Tú simplemente te pones una pantaloneta. Mientras se alejan de la costa, los saludas con gestos amplios.

Desde aquí puedo escuchar el suspiro que probablemente soltaste. Imagino el olor a sal en tus pulmones, el agua que lamía tus tobillos y los movimientos de la arena en la planta de tus pies. Puedo ver tus hermosos ojos moviéndose a placer, dibujando una línea perfecta en el horizonte. A lo mejor te giraste cada tanto, estimulado por el sabor cercano de la fruta. Pero, cuando vuelves tu mirada a la distancia, Samer no está. Puedo imaginar tus pensamientos febriles, la señal de auxilio de Karma, la ansiedad brotando. Te veo sopesar. Incapaz de mantenerte al margen, te quitas la camisa a rayas que llevabas ese día y te lanzas a nadar, luchas contra las olas, te ahogas. Veo tus movimientos ralentizándose, cada vez más cortos, mientras el ímpetu te abandona y tu cuerpo se enfría.

Pero, por encima de todo, te veo en lo profundo del mar, en medio del agua que te rodea, infinita como el aire. Me persigue el momento en el que te das cuenta de que, no solo no podrás salvar a Samer, sino que tú tampoco podrás evitar morir ahogado. No puedo imaginar el silencio que debió envolver tus sentidos y la aplastante soledad, o tal vez una suerte de vacío. Una y otra vez trato de adivinar cuáles fueron tus pensamientos en esos minutos, qué fue lo que cruzó por tu mente mientras la vida escapaba de ti. Guardo la esperanza de que estuvieran llenos de consciencia, inspiración y luz. Quiero creer que fuiste llevado por las corrientes submarinas como el viento, que dejaste

La paz con la que soñabas sería cumplida solo cuando, desde el río hasta el mar, fuese todo un estado binacional común. Recuerdo la manera en la que tus ojos se iluminaban cada vez que lo describías entre gestos exagerados. Igualitario, libre, sin fronteras. Para ti era emocionante: la expresión de un deseo; para mí era la profecía de una condena.

que los azules te guiaran conciliado y sereno. Te imagino en ese momento sempiterno como la ilustración de un álbum infantil siendo dibujada en cámara lenta. Ahí estás: no eres un hombre, tampoco un niño, eras rizos, decorados con piedras preciosas, algas y conchas, hundiéndose con los ojos cerrados entre los trazos de una brocha que dibuja el agua, mientras en tus labios parece suspenderse una ligera sonrisa.

Mi querido Hassan, entraste y dejaste mi vida tan rápido que ahora pienso que te imaginé. Nuestra amistad parecía imposible, una invención salvaje, considerando la certeza de la ocupación y el terrorismo. Pienso en las personas que éramos en Nueva York y nos veo como las demás personas miraban: con incredulidad. Israelíes y árabes se sentían o fascinados o suspicaces. Nos veíamos extraños al recordar el uno al otro llamar a casa tras cada ataque suicida en Israel o ante cada reporte de operaciones del ejército israelí en los territorios ocupados. Judíos estadounidenses no entendían cómo es que tu carácter árabe me fuese más familiar que lo que ellos podrían ser jamás. Veníamos del mismo barrio, solía decir, pero hoy,

cuando nos pienso desde aquí, también me maravillo ante nosotros.

Sigo recordando una versión borrosa de tu cara a través del humo del cigarrillo y de la neblina de embriaguez, o a través de la brillante cortina de esas lágrimas secas de frío. Sigo recordando las palabras absolutamente proféticas que dejaste escapar un día, mientras estabas totalmente drogado. Dijiste que, a lo mejor, deberíamos empezar una especie de movimiento de protesta basado en la amistad. Te presentaría a todos mis amigos israelíes y tú me presentarías a todos tus amigos palestinos. Haríamos una fiesta, dijiste, encendido por la idea.

Luego, todos mis amigos y tus amigos se presentarían entre sí, mientras esto crecía y crecía. Las personas aprenderían a amarse, aprenderían a perdonarse. «Se sentirán cómodos y sentirán la reciprocidad de sus actos», dijiste, mientras dabas una calada y exhalabas las palabras despacio de tu pecho. «Esto cambiará la situación, te lo digo, un movimiento como este podría cambiar el mapa político de Oriente Medio». Después, tu carcajada.

Nota: Hassan Hourani nació en 1974 en Hebrón. En 1992 se graduó del bachillerato allí y estudió en la Academia de Bellas Artes de Bagdad. Un equipo de televisión iraquí grabó su proyecto de grado: *What remains*, en un documental de treinta y cinco minutos. A su regreso a Ramallah en 1997 fue profesor en el Wassiti Art Centre en el este de Jerusalén. Participó en exhibiciones en Egipto, Jordania, Catar, los Emiratos Árabes y Corea del Sur. Su trabajo recibió el primer y segundo lugar en los festivales de arte de Ramallah en 1993 y en Jerusalén en el 2000. En 2001 llegó a Nueva York, donde realizó una exposición individual titulada *Un día, una noche* en el edificio de la ONU. El 6 de agosto de 2003 se ahogó cerca del puerto de Jaffa, a las afueras de Tel Aviv. Había completado solo diez de los cuarenta dibujos que componen su álbum infantil, *Hassan Everywhere*, que se publicó en 2004 por Al-Qattan, una fundación cultural palestina, que también ha creado el Premio Hassan Hourani al Artista Joven del Año.

p. 72 *The Greenline*, 2004, de Francis Alÿs. El artista belga-mexicano utilizó 58 litros de pintura verde y realizó una línea de casi veinticuatro kilómetros, emulando la «Línea Verde» que atraviesa Jerusalén. Esta demarcación se estableció en el armisticio árabe-israelí de 1949, poco tiempo después de la creación del Estado de Israel, el 15 de mayo de 1948. Para los palestinos, en esta fecha se conmemora la Nakba [Tragedia].



Un museo física y simbólicamente fronterizo

Nunca fui de un lugar
nunca pude echar raíz
mirar hacia atrás era ver el vacío.
Cuando una no está enraizada
puede moverse en cualquier dirección
no rendirle cuentas a nadie.
Pertenecer trae responsabilidad
trae pesos, trae acuerdos.
Hablar de frontera
¿implicará un límite?
¿frontera para qué?
Permitir el ingreso
¿altera el orden?
Si alguien cruza la frontera,
¿ya nunca podrá regresar?
Ya no seremos los mismos, las mismas
¿pero queremos serlo?
¿Cuáles son las fronteras que de fondo
queremos transformar?
¿Quién inventó la frontera como límite y barrera?
Si alguien no la quiere cruzar
¿por qué no permitirle la quietud?

Diana Castillo

Una idea colectiva de frontera

El Museo de la Ciudad Autoconstruida desafía los límites invisibles y las fronteras mentales. Desde su apertura en 2021, en Ciudad Bolívar, al sur de Bogotá, este lugar se convirtió en un umbral emocional por el que no todos se atreven a cruzar.

Desde que era pequeña, hasta la adolescencia, salía a correr cada fin de semana y siempre estaba acompañada por mi papá —por lo menos en la infancia— y por mi perra Laica. Siempre corríamos por la montaña o buscábamos una cuando no estábamos en el barrio y, casi siempre, me encontraba con un límite establecido por el asfalto o por el cemento.

Todas las veces me detuve, inicialmente porque parecía que allí empezaba otro mundo. Creo que cuando era pequeña me daba miedo pasar al otro lado, y cuando era más grande no pasaba por la mera costumbre. En cambio, Laica atravesaba los muros, corría sabiendo que era su única oportunidad de libertad en la semana.

Hoy me pregunto si más bien para ella esa frontera no significaba eso, era piedra nada más y somos nosotros quienes intencionamos esos límites entre las cuadras, los barrios, las ciudades, los mundos...

Soranny Vargas

Al reflexionar sobre el concepto de frontera nos enfrentamos a una realidad compleja y multifacética que —así como el Museo de la Ciudad Autoconstruida— desafía las definiciones simplistas. Buscamos

← Mural realizado por jóvenes de la localidad en el parque Altos de la Estancia, en el marco de la iniciativa distrital Ruta de Murales — Alto al Genocidio, Defendemos la Juventud. Foto de **Duvan Alonso Espinel**, 2020.

reconocer que las fronteras son mucho más que líneas en un mapa; son construcciones sociales que reflejan y perpetúan las dinámicas de poder y desigualdad en nuestra sociedad.

En primer lugar, nos interesa cuestionar la naturaleza misma de las fronteras. ¿Son simplemente bordes o límites? Esta perspectiva nos incomoda —lo que es un alivio que suceda— porque reduce la frontera a algo estático y unidimensional. Sin embargo, sabemos que las fronteras son entidades vivas, en constante transformación, que operan tanto en lo visible como en lo invisible, moldeando nuestras interacciones y percepciones del «otro».

Era extraño ser el extraño. Mi forma de hablar, mi acento, mis palabras y hasta mi forma de vestir eran indicios de no pertenecer a este lugar. No era tan agradable la zona donde habitaba y transitaba a diario, las basuras y los fuertes olores acumulados determinaban qué tan cerca estaba de un río lleno de basura y del inicio de la plaza de mercado, donde normalmente debía cruzar para comprar algunos materiales de mi trabajo. A las pocas semanas entendí los caminos y los atajos para transitar de un lado a otro, intentando eludir aquellos espacios, olores y lugares, que a mí parecer no eran agradables, pero que para otras personas son parte de su cotidianidad y hasta de su forma de vida.
Anghello Gil

Entendemos las fronteras como espacios paradójicos. Por un lado, actúan como barreras simbólicas y materiales que a menudo perpetúan la marginación y la desigualdad; por otro, son puntos de intercambio y transformación. Esta dualidad nos lleva a cuestionar las estructuras de poder que determinan quién puede cruzar estas fronteras y en qué condiciones, y cómo estas decisiones impactan en la vida de las comunidades y sus territorios. En tal sentido, las fronteras son, en esencia, límites andantes que se transforman con

el tiempo y el contexto; representan un orden invisible en el que ocurren acuerdos frágiles entre diferentes actores sociales y políticos. Nos proponemos ser críticos con la idea de fronteras fijas e inmutables, reconociendo que son construcciones que responden a intereses específicos y que pueden ser desafiadas y renegociadas.

Nos parece clave reconocer que las fronteras no siempre son impuestas desde el exterior; a menudo, son autoimpuestas por las propias comunidades como mecanismos de protección o resistencia. Este aspecto nos lleva a cuestionar las narrativas dominantes sobre la integración y la globalización, y a valorar las formas en que las comunidades marginadas utilizan las fronteras como herramientas de autodeterminación y preservación cultural. Al mismo tiempo, vemos las fronteras como espacios de posibilidad. Son lugares de encuentro e intercambio, donde se entretienen diferentes culturas, ideas y formas de vida. Esta perspectiva nos desafía a imaginar fronteras más porosas y flexibles que faciliten el flujo de pensamientos y experiencias entre comunidades, enriqueciendo nuestros territorios con diversidad y pluralidad.

Salida de mi territorio de origen y llegada hacia un nuevo territorio en busca de mejores oportunidades y refuerzo en el tema académico. La tristeza que refleja el partir de un territorio de nacimiento, por primera vez en la vida, hacia un nuevo territorio. Fue difícil separarse de los familiares, es un sentimiento profundo de tristeza en el inicio de un nuevo rumbo a la llegada en la ciudad de Bogotá donde una hermana. Es muy extraño todo, pero lo más difícil en una ciudad tan grande es no conocer a nadie o ningún conocido, solo un familiar que casi no permanece con uno. Entonces a partir de eso se experimenta la soledad, las pérdidas en el transporte público, siente miedo a la ciudad. La medicina ancestral que he venido encaminando me facilitó que sea más fácil adaptarme en un nuevo horizonte y trazar el proyecto de vida que venía forjando a partir de un sinnúmero de conocimientos, no solo en medicina sino también en comunicador empírico de la vida. Creo que la comunicación siempre me sirvió desde que soy aficionado al tema, y por eso doy gracias a la vida por ese don que he tenido, porque a través de él conocí a una persona que me abrió caminos para que el potencial y el talento que tenía lo pudiera traer para ayudar a mi comunidad con el tema de liderazgos comunitarios.
Segundo Chindoy

Abrazamos una visión de las fronteras que vaya más allá de lo territorial y lo material. Las fronteras invisibles y simbólicas que existen en nuestras sociedades son igual de poderosas y requieren nuestra atención crítica. Estas fronteras culturales y sociales a menudo perpetúan exclusiones y desigualdades de manera sutil pero profunda. Nuestro desafío es reconocerlas, cuestionarlas y trabajar activamente para transformarlas en espacios de diálogo y entendimiento mutuo.

Relatos, experiencias y sentires de frontera

Nuestras cuerpas como fronteras. Venus, una mujer agobiada por el asesinato de su esposo y sus hijos frente ella, abandona sus ganas de vivir por la tristeza que inunda su cabeza. Luego de esto, es secuestrada y llevada de su tribu a tierras europeas para ser violada infinitas veces, para ser «atracción» de circo y para ser «objeto» de «investigaciones» científicas con las particularidades de su cuerpo. La historia deja en evidencia hasta la actualidad una frontera simbólica y material en una estructura racial y de género que deshumaniza, cosifica, desterritorializa y excluye a la mujer negra. Así como en Europa Venus fue marginada, en Bogotá también lo somos. Luego de tanto tiempo, ¿por qué se siente igual la frontera?
Karen Aponzá

Como colectivo de trabajo experimentamos las fronteras de maneras profundamente emocionales. A través de algunos relatos podemos ver cómo las fronteras no son simplemente bordes de un lado y otro, sino experiencias vividas que despiertan sentimientos como tristeza, miedo, soledad y extrañeza. Cuando nos alejamos de nuestros lugares de origen,

como Segundo al mudarse a Bogotá, sentimos el peso de la separación y la incertidumbre de lo desconocido. La frontera se convierte en un umbral emocional que debemos cruzar, dejando atrás lo familiar y enfrentándonos a un nuevo mundo.

Al encontrarnos con nuevos territorios, nos convertimos en «el extraño», como Anghello en Barranquilla. Nuestras diferencias en el habla, el vestir y las costumbres marcan una frontera invisible entre nosotros y los lugareños. Esta experiencia de otredad nos hace conscientes de las fronteras culturales y sociales que existen incluso dentro de nuestro propio país. Sin embargo, con el tiempo, aprendemos a navegar estos nuevos espacios, encontrando atajos y adaptándonos a las realidades locales, aunque nunca perdemos completamente esa sensación de ser diferentes.

Las fronteras también pueden manifestarse en nuestros cuerpos y en nuestras interacciones con los demás. Como nos muestra el relato de Karen sobre Venus, nuestros cuerpos pueden convertirse en fronteras simbólicas y materiales, especialmente cuando se intersectan con estructuras de raza y género. Estas fronteras corporales pueden ser dolorosamente reales, separándonos de los demás y de nosotros mismos, creando barreras que persisten a través del tiempo y el espacio.

A medida que crecemos y cambiamos, nuestras percepciones de las fronteras también evolucionan. Julieth nos recuerda cómo de niños las fronteras pueden ser invisibles o irrelevantes, pero con el tiempo se vuelven más pronunciadas y cargadas de significado. La violencia y los cambios sociales pueden crear nuevas fronteras donde antes no existían, transformando espacios de juego y conexión, en territorios divididos por líneas no visibles pero poderosas.

Me pregunto si de niña sabía qué era una frontera, si entendía de límites y separaciones, o si es una palabra —que como muchas— empieza a pesar en el andar.

Vuelvo a los recuerdos de niña y entonces me veo jugando con mis primos arriba en la loma, decía yo. Jugábamos a ser doctores, astronautas y veterinarios; jugábamos a las carreras y a la cocinita en el patio de mi tía. Íbamos cada año, en Navidades, cumpleaños y fechas especiales.

Pero con los años fuimos menos y entonces las distancias empezaron a ser cada vez más grandes y aquellos con los que jugaba empezaron a marcar y remarcar eso que hoy llaman las fronteras invisibles. La violencia y el microtráfico cambiaron nuestras Navidades, dejamos de jugar y empezamos a crecer.

Julieth Corredor

Reconocemos que las fronteras no son siempre impuestas desde fuera, sino que a veces las creamos nosotros mismos. Como reflexiona Soranny sobre sus carreras de la infancia, a menudo nos detenemos ante límites que existen principalmente en nuestros sentires. Nos preguntamos si estas fronteras son realmente tan sólidas como parecen, o si, como la perra Laica, podríamos simplemente atravesarlas si nos



El Museo de la Ciudad Autoconstruida (MCA), situado en Ciudad Bolívar, es un proyecto desarrollado desde el Museo de Bogotá del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC). El Museo es una plataforma que cuestiona e interpela los estereotipos y estigmas que existen sobre Ciudad Bolívar, y en él se han desarrollado procesos de defensa de los derechos humanos, el cuidado del medioambiente, la promoción de la educación alternativa, de reconocimiento a la biodiversidad y la construcción social del hábitat, entre otros. Fue diseñado por el arquitecto Iván Darío Quiñones Sánchez en 2022. Foto de **Michael Ramírez**, 2023.

atreviéramos. En últimas, nuestras experiencias con las fronteras nos invitan a cuestionar los límites que nos rodean y los que llevamos dentro, desafiándonos a redefinir constantemente nuestro lugar en el mundo.

Experimentamos las fronteras de formas diversas y profundas a lo largo de nuestra vida. Desde nuestra infancia comenzamos a percibir límites invisibles que separan espacios, comunidades y realidades. Recordamos cómo de niños jugábamos libremente, sin ser conscientes de las divisiones que más tarde se hacen evidentes y pesan. Con el paso del tiempo, empezamos a notar cómo ciertos lugares se vuelven inaccesibles o peligrosos, marcando el fin de una etapa y el inicio de otra más compleja.

Nos vemos obligados a adaptarnos a nuevos olores, sabores y ritmos de vida, trazando mapas



mentales para navegar espacios desconocidos y, a menudo, hostiles. Estas experiencias nos enseñan que las fronteras no son solo divisiones espaciales, sino construcciones sociales y culturales que debemos aprender a negociar.

En nuestro caminar, descubrimos que las fronteras pueden manifestarse en formas inesperadas. A veces son tan simples como un cambio en el pavimento o el final de un sendero de montaña. Otras veces se materializan en muros de concreto, alambres de púas o en la segregación de barrios enteros. Nos damos cuenta de que estas divisiones, aunque aparentemente físicas, son en realidad proyecciones de nuestras propias percepciones y miedos. Nos preguntamos si acaso no somos nosotros mismos quienes creamos estas barreras, limitando nuestro propio movimiento y el

de los demás. Al reflexionar sobre nuestras experiencias colectivas comprendemos que las fronteras también pueden existir dentro de nosotros mismos. Nuestros cuerpos se convierten en territorios de conflicto, en límites entre lo interno y lo externo, entre lo que sentimos y lo que expresamos. En momentos de coyunturas sociales o personales, nuestros cuerpos se transforman en barricadas, en fronteras vivas que median entre nuestra indignación interior y la realidad exterior que buscamos cambiar. Esta dimensión corporal de la frontera nos reafirma —como ya hemos dicho— que los límites no son solo geográficos, sino también económicos, políticos, de clase, de género, de raza, de etnia, además de impuestos y violentos.

Un Ser Rojo estaba siendo atacado. ¿Quién lo atacaba? El olvido, el silencio, la soledad. Lo rodeaba el peligro, el exterminio. Este Ser Rojo no tiene pies, no se mueve, está sembrado, él no decidió en dónde estar, otros decidieron por él y él estuvo de acuerdo. Siglos después, el Ser Rojo que no sabía el nuevo idioma ya no se podía comunicar; un día el Ser Sin Color decidió ayudarlo, le dijo: ¿de dónde eres? El Ser Rojo dijo que siempre había estado ahí y que él era solo por su existencia, que su tarea o razón de existir no tenía que ver específicamente con un lugar.

El Ser Transparente le dijo que para pedir a los seres de vestiduras era necesario definir su lugar, pues así él podría contarle la historia a los de aquí o a las de allá.

El Ser Rojo se negó, prefería dejar de existir a ser un objeto poseído, pues su consejo o historia siempre habían sido para hacer acuerdos, unir, tejer, crear, multiplicar.

El Ser Transparente obedeció, llamó a un lado y llamó al otro, ambos acudieron. Los seres de vestiduras no sabían que el otro existía y no se habían dado cuenta de que, aún sin conocer al Ser Rojo, su consejo siempre estuvo en las historias y el camino. Al encontrarse ambos lados decidieron que Ser Rojo era un NUDO que acogía muchos hilos y que debía seguir existiendo. Ser Rojo es un punto de encuentro y aunque las historias se mueven, cambian de voz, se cargan de sentido, se transforman, se comparten. El nudo es el inicio de la red. Aunque Ser Rojo esté sembrado, su palabra danza a la par con quienes lo cuidan. El límite está en el cuido, en la palabra y el acuerdo.

Ahora, al Ser Rojo lo rodea el encuentro, la luz viva, el calor y la vida. Ahora, para escucharlo llegan los de un lado y los del otro, los de arriba y los de abajo. Eso nunca importó, en el origen, el diálogo y el encuentro fueron el centro, el pilar.

Diana Castillo

Vemos que las fronteras, en su complejidad, también pueden ser puntos de encuentro y transformación. Como el Ser Rojo del relato de Diana, entendemos que a veces es necesario trascender las nociones convencionales de pertenencia y lugar para crear espacios de diálogo y entendimiento mutuo. Nos damos cuenta de que las fronteras, lejos de ser solo barreras, pueden convertirse en nudos que unen diferentes hilos de nuestra experiencia colectiva, permitiéndonos tejer una red más amplia llena de conexiones y significados compartidos.



El Museo enuncia las relaciones de inequidad y explotación entre lo rural y lo urbano en Bogotá, y cómo los habitantes de Ciudad Bolívar las enfrentan, cuestionan y buscan transformarlas. Foto de Camilo Rodríguez –IDPC, 2023.

¿Cómo llegamos aquí?

El Museo de la Ciudad Autoconstruida es un espacio de encuentro, participación y reconocimiento de las personas y las comunidades que han trabajado por el fortalecimiento del tejido social en Ciudad Bolívar y el borde sur de Bogotá. Es la materialización de un deseo de la comunidad y de diversas organizaciones sociales y comunitarias que derivó en la consolidación como un escenario para la construcción de la memoria del territorio.

Es un espacio pensado, sentido y dinamizado por un equipo de trabajo que, como el museo mismo, habita un territorio que está atravesado por dinámicas sociales, económicas, culturales y ambientales propias de la localidad. Su equipo acuerda prácticas y procesos de organización, defensa y resistencia en el territorio. Ellas son: Diana Castillo, Wilson Güiza Moya, Segundo Chindoy, Karen Aponzá, Daniel Zapata, Soranny Vargas, Anghello Gil, Julieth Corredor y Daniela A. Quiroga.

El Museo de la Ciudad Autoconstruida es un espacio habitado por la reflexión y la construcción de narrativas que desmantelen y problematizan las dinámicas de segregación y exclusión socioespacial en la ciudad; así, es un espacio que dialoga cotidianamente con las fronteras, sus estructuras y niveles.

El Museo y las reflexiones de frontera

Como equipo del Museo de la Ciudad Autoconstruida hemos reflexionado sobre cómo el museo se relaciona con el concepto de frontera. Reconocemos que el museo en sí mismo representa una frontera simbólica y física dentro de Ciudad Bolívar. Por un lado, es un espacio físicamente delimitado que la gente visita específicamente, marcando una distinción entre el museo y el resto del barrio. Sin embargo, también ha

permitido romper algunas fronteras internas del territorio, facilitando que personas de diferentes sectores de la localidad transiten y se encuentren en un espacio común.

Observamos que el museo dialoga constantemente con las fronteras en múltiples niveles. Desde lo cultural, abordamos las comunidades étnicas y sus experiencias en la ciudad; en lo geográfico, exploramos las divisiones administrativas y las fronteras invisibles entre barrios, localidades y sectores de la ciudad; y en lo social, analizamos las barreras de acceso y derecho a la ciudad que enfrentan los habitantes del borde sur. A través de las mediaciones, exposiciones y procesos educativos buscamos tejer puentes entre estas fronteras, generando diálogos y encuentros con diferentes comunidades, organizaciones y procesos.

Reconocemos que el museo también pone en conversación fronteras raciales y socioeconómicas de la ciudad; la concentración de población afrodescendiente en localidades periféricas como Ciudad Bolívar, evidencia patrones

de segregación espacial. A través de nuestro trabajo buscamos visibilizar y cuestionar estas dinámicas, generando incomodidad –siempre que sea necesario– al poner estos temas en discusión.

Además, hemos observado que el museo se ha convertido en un espacio de encuentro que desafía las fronteras internas de la localidad. A través de eventos como la Noche de Museos, hemos logrado convocar comunidades de diferentes barrios y sectores de Ciudad Bolívar, incluyendo la zona rural, promoviendo el diálogo y el intercambio entre comunidades que históricamente han estado separadas por fronteras muchas veces invisibles e impuestas. Nuestro trabajo con los relatos de frontera va más allá de simplemente exhibirlos. Nos esforzamos por ser un agente activo en la transformación de estas realidades, proponiendo nuevas formas

de entender y habitar la ciudad. Buscamos no solo visibilizar las fronteras existentes, sino también contribuir a su deconstrucción y debate, promoviendo una ciudad con relaciones más justas y dignas para todos sus habitantes.

El cuerpo como frontera.

En algunos momentos el cuerpo ha sido barricada, ha sido límite. Para los álgidos días de 2021, cuando el límite era lo que la indignación nos llevara a hacer, el cuerpo fue la frontera, en el interior la rabia, la indignación, el desconcierto; en el exterior la vida colectiva y el pueblo haciéndose escuchar, el cuerpo fue el lugar de intercambio, el lugar para manifestarlo que adentro se pensaba y lo que afuera sucedía

Güiza Moya

Insistimos en que el museo no solo habla de Ciudad Bolívar, sino que aborda la experiencia de ciudad y cuestiona el modelo de desarrollo urbano en su conjunto. Al hacerlo, trazamos conexiones y

abrimos debates que dismantelan y desafían los límites impuestos. Por ejemplo, al descentralizar la oferta cultural y traerla al barrio, disputamos la segregación y la desigualdad en el acceso a bienes y servicios culturales. Nuestro objetivo es ser un escenario de encuentro y diálogo que permita transformar estas fronteras. Vemos al museo como una plataforma para recoger y amplificar las voces y las experiencias del borde sur de la ciudad; nuestro objetivo es ser un puente que permita que estos relatos, dolores y esperanzas lleguen a toda la ciudad, cuestionando las narrativas dominantes y resaltando las experiencias y las prácticas de resistencia. Al hacerlo, buscamos contribuir a transformar las relaciones centro-periferia y las múltiples fronteras que atraviesan el territorio urbano. Así, somos un museo física y simbólicamente fronterizo.

Muralismo en Ciudad Bolívar. Foto de **Duvan Alonso Espinel**, 2020.



Las artes se irrigan

Las fronteras entre las artes nunca han sido impenetrables. Al trabajar con materialidades diversas y beber de las aguas del sueño, la pintura es capaz de ejercer su influjo sobre la poesía, la música alimenta el cine y la danza es atravesada por la imagen en un fluir que se asemeja mucho al curso de los ríos: siempre cambiante, siempre móvil y siempre el mismo.

Las naciones son ficciones políticas. Los ríos no.
Yuvan Aves

Recuerdos del cruce de una frontera

En esta temporada de huracanes (fuerza cimarrona) y de terremotos (*maremágnun ardiente*) que azotan el Caribe y causan especial daño en Cuba y Haití, recuerdo la mañana de enero de 2012 cuando aterricé en el aeropuerto de Santo Domingo, procedente de Panamá. Al pasar las formalidades migratorias enrumbé con destino a Dajabón (Dahaboon, en taíno), el pueblo fronterizo de la parte norte de República Dominicana. Sería un lugar de tránsito para pasar, al día siguiente, a Ouanaminthe (Wanamant, en creole haitiano), el pueblo fronterizo de la República de Haití, a través de la frontera norte, establecida en 1777 y ratificada por un tratado firmado en 1929, un año antes de que subiera al poder el dictador Rafael Leónidas Trujillo.

Me había propuesto ingresar a la nación que hizo la revolución que acabó simultáneamente con la esclavitud y se independizó de Francia (1791-1804) a través de una de las fronteras más complejas del mundo debido a los controles del antihaitianismo que ha cultivado y ejerce la República Dominicana desde mediados del siglo xx, y que Rita Indiana ha descrito en sus novelas, canciones y artículos de prensa. Habían pasado dos años y unos días desde el terremoto del 12 de enero de 2010, una de las catástrofes más devastadoras y mortíferas de la historia. Un año y ocho meses después de mi estancia en Haití se promulgaría la Sentencia TC/168/13 del Tribunal Constitucional de la República Dominicana que, como dice Ochy Curiel Pichardo:

Fue un golpe de Estado, en tanto el Estado dominicano violó sus propias leyes y normas para provocar un genocidio civil a la población dominico-haitiana por vía administrativa, una nueva manera de racismo de Estado.

Adriana Urrea

Esta sentencia desnacionaliza a la segunda generación de haitianxs nacida en suelo dominicano desde 1929, con la excusa de que en esa época sus padres eran «extranjeros en tránsito», cuando la verdad es que la mayoría fue «importada» para trabajar en los bateyes dominicanos azucareros «importados» por República Dominicana para sacar adelante su zafra.

Dajabón y Ouanaminthe están separados por un río: el río Dajabón, según los dominicanos, el río Masacre para los haitianos, quienes lo bautizaron así en conmemoración de los crímenes que los bucaneros franceses y los colonizadores españoles cometieron recíprocamente en sus orillas por la disputa del territorio. El nombre se revalidó en 1937, cuando un número indeterminado de haitianos que oscila entre nueve mil y veinte mil fue exterminado durante la Masacre del Perejil, perpetrada por militares y civiles dominicanos bajo la orden de Rafael Leónidas Trujillo.

En 2012, los lunes y los viernes, si mal no recuerdo, el cruce de la frontera era gratuito para pobladores de uno y otro lado del río. La puerta de metal corroído se abrió a las 8:00 a. m. y dejó pasar al centenar o más de personas que hacíamos fila desde muy temprano en la mañana. El puente es corto. El río era un hilo de agua cubierto por un caudal de empaques de poliestireno. Las masacres perduraban: el agua había muerto, se había secado, evaporado, silenciado a causa de la construcción, por parte de los haitianos, de un canal sobre el río con el propósito de utilizar sus aguas para irrigar suelos agrícolas. Esta acción fue considerada una afrenta por el presidente dominicano Luis Abinader, quien ordenó el cierre total de la frontera, la suspensión de las visas a haitianos y otras medidas el pasado 15 de septiembre de 2023. La arquitecta Wideline Pierre, líder de la construcción del canal, asevera que la obra representa un símbolo de resistencia de lxs haitianxs frente a la injerencia de la República Dominicana.

Era como si solo existiese en palabra y esta, cual estela, nos recordara que los ríos están ahí. Son flujos que se imponen, sobreponen, yuxtaponen. En los ríos-ahí, sin intervención humana, no habría posibilidad de deportaciones, ni de visas ni de vigilancias. *¿Por qué viniste a los Estados Unidos?*, se pregunta Valeria Luiselli en *Los niños perdidos*. Es la primera de las cuarenta preguntas que aparecen en el cuestionario de admisión que se les aplica a niñas y niños indocumentadxs que cruzan solxs la frontera entre México y ese país. Todas ellas compondrían, componen, una suerte de escritura acheiropoieta, como la mosca de Marguerite Duras:

Todo escribe a nuestro alrededor, eso es lo que hay que llegar a percibir; todo escribe, la mosca, la mosca escribe, en las paredes, la mosca escribió mucho a la luz de la sala, reflejada por el estanque. La escritura de la mosca podría llenar una página entera. Entonces sería una escritura. [...] Un día, quizás, a lo largo de años venideros, se leería esa escritura, también sería descifrada y traducida. Y la inmensidad de un poema legible se desplegaría en el cielo.

Hoy que escribo este texto, doce años después de mi primer encuentro físico con Haití, mientras atisbaba —entre ese río de cuerpos humanos que impacientes querían cruzar la frontera y empujaban, gritaban, reían, cargaban, insultaban, blasfemaban; un río humano cargado de furia, historia, necesidad, dignidad, palabras, movimiento incesante— recuerdo el silencio de ese río Masacre en contraste con el bullicio sobre el puente: un desfalleciente cuerpo al que se le veían sus piedras y sus arenas y muy muy poca agua. Y trato de leer en la estela invisible que ha dejado.

Hacerse río

«El hombre que fue río» fue encontrado en 1956 entre los documentos inéditos de José Eustasio Rivera. Más tarde, parte de este poema se escogió como prólogo a su libro *Tierra de promisión*:

Soy un grávido río / siempre he sido eso / Un río que copia paisajes / [...] siempre he sido un río por vocación.

¿Y qué significa que un poeta declare ser río por vocación? José Eustasio Rivera tenía claro lo que generar fronteras significaba. En 1922 había sido designado como secretario de la comisión limítrofe colombo-venezolana. Para esa época ya se conocían las consecuencias nefastas para todas las especies vivas de un trazado de fronteras con intereses coloniales como el que surgió de la Conferencia de Berlín de 1884-1885, en las que las naciones europeas con intereses coloniales pactaron el reparto de África.

Ríos: meandros, recorridos atemporales, tiempo denso, tiempo ligero. Oscilaciones de la tierra, cauces de ritmos múltiples y de idiorritmos, constelaciones de formas vivientes diversas, visibles e invisibles: piedras, peces, caimanes, serpientes, líquenes, formas vegetales y un mundo microbiano infinito. Fragilidad y fuerza. Vida vibrátil, potencia indómita, impotencia agónica.

Ríos subterráneos. Ríos de superficie. Ríos voladores. Ríos que llegan a otras aguas océanos, penetrándose a veces en susurros, otras, como cuando el Orinoco o el Amazonas llegan al Atlántico, causando un gran estruendo: macareo o pororoca (*pororó-ká*, en lengua guaraní), ese oleaje ruidoso que la coreógrafa y bailarina brasileña Lia Rodrigues llevó a la danza. Así, las formas de hacer de las diferentes prácticas artísticas. Eso intuía el poeta. Hacer como el agua en general, hacer como los ríos. Hacer por irrigación más que por ocupación o invasión —¿cómo olvidar que Estados Unidos invadió las fronteras de Haití durante dieciséis años, entre 1915 y 1931?—. Hacer en resonancia... Y nos llevan a «oír con los ojos» como pedía Nietzsche: *¿Habrá que romperles antes los oídos, para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que atronar igual que timbales...?*, tocar con el gusto, oler con los oídos y *ad infinitum*. Hacer como cuerpos de agua que somos. Hacer desde sus movimientos y las escrituras que surgen desde la

vida arrastrando corrientes de metamorfosis, ambivalencias, *trastocaciones*.

Irrigaciones

El intelectual colonizado, al principio de su cohabitación con el pueblo, da mayor importancia al detalle y llega a olvidar la derrota del colonialismo, el objeto mismo de la lucha. Arrastrado en el movimiento multiforme de la lucha, tiene tendencia a fijarse en tareas locales, realizadas con ardor, pero casi siempre demasiado solemnizadas. No ve siempre la totalidad. Introduce la noción de disciplinas, especialidades, campos, en esa terrible máquina de mezclar que es una revolución popular.

Con el recuerdo de ese cruce de frontera y la propuesta de un poeta de ser río, llega Frantz Fanon, otra manera de estar en la revolución, como los salmones, esos peces que nacen en aguas dulces, migran a océanos y suben a contracorriente hacia sus aguas natales a procrear guiados por su fino sentido del olfato, que les permite reconocer la química de su río natal. Y también aparece Gloria Anzaldúa afirmando que vivir en los bordes y en las fronteras es *tratar de nadar en un nuevo elemento, un elemento «ajeno» [que] se ha vuelto familiar, nunca cómodo*. Y así las artes.

Propongo que entre las artes hay irrigación y no fronteras. Al hablar de irrigación tengo en mente los sistemas hidráulicos que el pueblo Zenú construyó entre el 200 a. C. y el 1000 d. C., en los valles de los ríos Sinú, San Jorge, bajo Cauca y Nechí, mediante el cual regulaban las aguas de inundación gracias a la construcción de canales y campos elevados que se readecuaban y expandían constantemente.

También el vitalismo de Nietzsche y de Artaud que rescató el cuerpo del ostracismo al que había quedado reducido desde Platón y por el cristianismo, el animismo de las espiritualidades, cosmogonías y tecnologías de pueblos aborígenes y de afrodescendencias —el cuerpo con sus flujos, energías carnales y sonoras— han permitido que las prácticas artísticas se irriguen.

También el gesto artístico del poeta Stéphane Mallarmé: *Un golpe de dados jamás abolirá el azar*. Así desbordó la página para la escritura y la lectura, les dio importancia a la musicalidad de la palabra y a su potencia gráfica.

Pero una página, en su sistema, dirigiéndose el vistazo que precede y envuelve la lectura, debe «citar» el movimiento de la composición, hacer presentir a la inteligencia, por una especie de intuición material, por una armonía preestablecida entre nuestros diferentes modos de percepción o entre las *diferencias de funcionamiento* de nuestros sentidos, lo que se va a producir. Introduce una lectura *superficial*, que relaciona con la lectura *lineal*; y procuraba enriquecer el dominio literario con una segunda dimensión.

Para el cineasta ruso Sergei Eisenstein, el montaje tiene su origen en el ideograma, la forma escritural japonesa y china cuyo principio es la composición y no la fonación. En *El principio cinematográfico y el ideograma*, afirma:

Por ejemplo, la representación del agua y la imagen de un ojo significan «llorar»; la imagen de una oreja cerca del dibujo de una puerta = «escuchar»; un perro + una boca = «ladrar»; una boca + un niño = «gritar»; una boca + un pájaro = «cantar»; un cuchillo + un corazón = «pena», y así sucesivamente.

¡Esto es montaje!

En efecto. Es exactamente lo que hacemos en el cine: combinar tomas que son representativas, únicas en su significado, neutrales en su contenido, dentro de contextos y series intelectuales.

Desde la aparición de las imágenes en movimiento, las prácticas artísticas son herederas de este modo de hacer y de pensar (pensamiento-montaje lo llamó Walter Benjamin) que permite trasponer, sobreponer y yuxtaponer bloques heterogéneos de materiales visuales, sonoros y espaciales generando encuentros, coincidencias o composiciones insólitas e inauditas. El cortar y pegar permite que ocurran encuentros inesperados entre pasado y futuro; entre pasado y presente, o entre presente y presente. Como si un río corriera en una dirección por sus afluentes y desanduviera su flujo como los salmones.

Tarsila do Amaral pintó *Abaporu* en 1928 como regalo para su esposo, Oswald de Andrade, el poeta brasileño, quien escribió *Manifiesto antropológico* inspirado en el cuadro. *Abaporu* es un término tupí-guaraní que significa 'hombre que come hombre'. En esta práctica se digiere algo para incorporar una parte y desechar otra. Quien se come a otro semejante inscribe en su cuerpo múltiples subjetividades y devenires. Así se constituye el arte como espacio de micropolítica que fisura a la macropolítica y a su *statu quo*. La apertura a estos insólitos e inauditos encuentros permite establecer relaciones de libertad entre los cuerpos, las escrituras alfabéticas, del espacio, del tiempo en múltiples soportes.

Y también, claro, en este texto al que un recuerdo de Haití dio origen, resuena duro el *rasanblaj* haitiano. Ra-San-Blaj: esta palabra del creole quiere decir re-membrar en encuentros celebratorios y conmemorativos todo lo que la colonización des-membró: cuerpos, memorias, espacios y tiempos. Llegan las reivindicaciones de la escucha y la voz que el pensamiento teórico y las prácticas artísticas le han dado a la escucha y a la voz, desplazando el oclocentrismo que por años se impuso de los haceres de occidente y rescatando lo que las tradiciones indígenas y afros han sabido siempre: que hay que escuchar las voces de todos los seres vivos e inertes: piedras, árboles, aguas, infantes, mujeres...

Nos dice Jean-Luc Nancy:

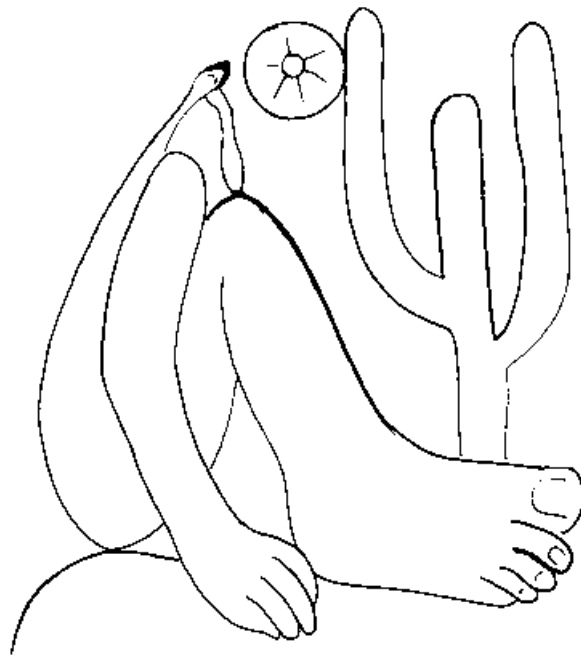
Estar a la escucha es siempre estar a orillas del sentido o en un sentido de borde y extremidad, y como si el sonido no fuese justamente otra cosa que ese borde, esa franja o ese margen: al menos el sonido escuchado de manera musical, es decir, recogido y escrutado por sí mismo, no, empero, como fenómeno acústico (o no solo como fenómeno acústico), sino como sentido resonante, sentido en que se presume que lo *sensato* se encuentra en la resonancia y nada más que en ella.

Estas prácticas de irrigación entre las artes han potenciado subvertir «las plantaciones de preceptos» de las que habló Vicente Huidobro en su *Altazor*; han incitado a la desobediencia de las directivas a la que se refiere la escritora haitiana Edwidge Danticat, quien migró a Estados Unidos a los trece años y que, con motivo del terremoto de Haití de 2010, escribió:

Hay muchas interpretaciones posibles de lo que significa crear peligrosamente, y Albert Camus, como el poeta Ósip Mandelstam, sugiere que es *crear como revuelta contra el silencio*, crear cuando tanto el acto de creación como el de recepción, *el acto de escritura como el de lectura*, son peligrosas empresas que *desobedecen una directiva*. (Énfasis añadidos)

Y esto ha permitido que las prácticas artísticas, en palabras de Ursula K. Le Guin, «exploren el uso del poder como arte» en tiempos de necropolítica, y desarticulen lo que Cristina Rivera Garza ha llamado «la gramática del poder depredador del neoliberalismo exacerbado y sus mortales máquinas de guerra».

Se encuentran saberes antes encerrados en territorios que las diferentes formas de los abusos del poder llamaron de manera fictiva «dominios». Se trabaja desde las materialidades diversas. Se establecen alianzas. Emergen resonancias y disonancias. Tiempos y espacios se recomponen e indisponen en aras de potenciar las fuerzas vitales que están siempre en riesgo de ser acalladas.



Dibujo de *Abaporu* de Tarcila do Amaral, 1928: «[...] esa figura monstruosa, la cabecita, el bracito flaco sostenido por un codo, esas enormes piernas largas, y al lado un cactus que parecía un sol, como si fuera una flor y el sol al mismo tiempo [...] cuando vio la imagen, Oswald se sorprendió muchísimo y preguntó: "¿Pero qué es esto? ¡Qué cosa tan extraordinaria!"».

Según Luis Pérez-Oramas: «Esta pintura en realidad se convirtió en la ilustración característica del Manifiesto Antropofágico escrito por Oswald de Andrade. La antropofagia o prácticas caníbales estaban documentadas entre los nativos brasileños. En el París de vanguardia de la década de 1920, había una obsesión con las prácticas caníbales por parte de intelectuales y artistas surrealistas. Oswald tomó este motivo de canibalismo para sugerir la ingesta simbólica de influencias artísticas tanto del arte europeo moderno como de la cultura tradicional brasileña. El objetivo era producir un estilo híbrido que fuera claramente nuevo y claramente brasileño».



El desprestigio del perdón

**¿Cuáles son los límites del perdón?
El dramaturgo y director nos
descubre cómo los personajes del
victimario y su víctima hacen del
perdón una idea ambigua cuando
se cruzan las fronteras que imponen
la muerte y sus conflictos.**

*FIDEL F. Sí, me interesa su perdón.
ROSALBA. Ojalá le interese porque de mi parte no lo va a tener.
Pero sí va a tener mi agradecimiento por parar de hacer daño,
de provocar dolor.
(A la magistrada)
Y le agradezco a la Corte este espacio porque a usted...
(Señala a Franco)
...no lo quiero volver a ver, pero sí necesitaba decirle esto en la cara.*

*Mantener el juicio
Obra del autor*

La época de prestigio

El concepto de perdón adquirió prestigio en nuestro país debido a las conversaciones de paz con grupos armados al margen de la ley. Previo a eso, el concepto estaba ligado principalmente a la religión, sobre todo antes de 1991, cuando constitucionalmente Colombia dejó de ser un país confesional católico. En otros ámbitos, como la vida amorosa, laboral y familiar, el perdón no era una palabra que tuviera un lugar importante en nuestro lenguaje.

Después de la Constitución de 1991, los eventos más importantes en términos sociopolíticos han sido la firma de la paz con la guerrilla de las FARC-EP y la instauración de la JEP, que es la corte creada por ese Acuerdo de Paz y que tiene como fin satisfacer los derechos de las víctimas a la justicia, ofrecerles verdad y contribuir a su reparación.

Pero no hablaré de política, mi campo es el teatro. Allí es donde hemos podido preguntarnos si el perdón es importante, necesario y si aporta algún beneficio.

Como en teatro

En la preparación para una obra sobre el tema tuvimos la posibilidad de tener varias reuniones con cooperantes de la JEP (quienes se encargan de dar acompañamiento a víctimas y responsables que potencialmente puedan encontrarse cara a cara) y descubrimos que su

posición sobre el perdón es arriesgada y renovadora. Según ellos (por lo menos con quienes hablamos), no es un elemento determinante y, más allá de eso, es contradictorio; sostienen que a pesar de que se acude rápidamente a esa inflexión ética es incuestionable que el perdón invierte la carga.

Lo puedo explicar mejor si lo vemos como un ejercicio teatral: sobre el personaje del victimario debería caer todo el peso del proceso; la carga y las miradas deberían ser sobre él y sobre si se hace responsable de reconocer las atrocidades cometidas, pero si el énfasis está en el perdón, la carga, las miradas y la espera de respuestas caen sobre el personaje de la víctima.

Lo primero es el reconocimiento, el personaje del victimario debe reconocer, ver en qué medida está ofreciendo su arrepentimiento y ojalá su vergüenza. El perdón no es necesario, a menos que las víctimas lo necesiten, lo pidan.

Otra afirmación, para mí reveladora y muy en sintonía con lo dramático, es la de que el perdón cierra, no transforma ni exige, no produce alternativas ni precisa reparación o forma alguna de restauración. Si se perdona en tono religioso y *se condona la falta sea cual fuere su contenido u origen*, la escena se acaba. Como si el victimario dijera: «¿Qué tengo que hacer, pedir perdón? Listo, pido perdón y ya».

Al igual que una regular obra de teatro donde el problema se resuelve de inmediato, el conflicto es inexistente y el problema desaparece. Así pasa con ese tipo de perdón.

Imaginemos esta escena:

Una madre juega con su hijo en el jardín que tienen frente a su casa. Mientras lo hacen, un hombre se acerca, toma al niño por un brazo y le dice a la madre:

—Perdón, señora, debo raptar a su hijo. Cuando yo era niño en mi casa no teníamos jardín y mi mamá jamás jugó conmigo, jamás me llevó a un parque, no puedo soportar ver una escena que yo nunca viví. Tampoco he podido perdonar a mi mamá por no haberme dado eso que usted sí le entrega a su hijo. En ese orden, para que su hijo valore el hecho de tener una madre cariñosa, me lo llevo y, tal vez, se lo regrese en unos días. Esto puede ser brutal para usted, por eso le pido que me perdone, perdóneme.

La madre lo mira, mira el brazo del niño rodeado por la mano enorme del raptor y le dice:

—Entiendo tu situación. Dado que me aclaraste las razones por la cuales estás haciendo esto, y me diste un panorama del contexto geográfico y emocional en el que creciste, lo que acabas de hacer es comprensible, te perdono.

—Gracias, señora —responde el hombre y se aleja aliviado llevándose al niño.

La escena acaba ante la ausencia de reacción lógica.

En una línea de pensamiento tradicional una madre se abalanzaría sobre el criminal y daría su vida

por evitar que su hijo sea llevado por un extraño, pero no lo hace. Su comportamiento además de inexplicable es *imperdonable*.

El agresor no está asumiendo su falta, sino que se pone en el plano de víctima por su pasado, le traslada la responsabilidad a la madre, la madre lo entiende y lo perdona (cosa que el agresor no ha hecho con su madre ni con su pasado) y de inmediato es ella quien pasa a ser la responsable por no actuar según la lógica para preservar la vida de su hijo.

¿Mejor la venganza?

Esta argumentación parecería una apología al no perdón y sus derivados como el odio, la venganza o la justicia salvaje, pero lejos estamos de esa visión.

No perdonar no significa lo contrario, puede ser un llamado a que quien pida el perdón lo haga primero consigo mismo.

Simón Wiesenthal (1908-2005), en su famoso libro *Los límites del perdón*, plantea una escena de la vida real (mientras estuvo confinado en Auschwitz), pero que tiene todo el tono teatral por su complejidad y ruptura de la tradición en cuanto a la relación víctima/victimario.

Un soldado nazi, atormentado por los crímenes cometidos, quería confesarse y obtener la absolución de labios de un judío.

¿Podemos y debemos perdonar a un criminal arrepentido? ¿Podemos perdonar los crímenes cometidos contra los demás? ¿Cuál es la deuda que tenemos con las víctimas?, pregunta Wiesenthal.

Según el Rabino Harold Kushner, el gran error del nazi radica en que le pidió perdón a alguien que no tenía el poder de otorgarlo. Si quería morir sintiéndose perdonado, debería haberse dicho a sí mismo: «Lo que hice fue terrible y estuvo mal y me avergüenzo de mí mismo por mi comportamiento».

Eso nos lleva a preguntarnos si el perdón lo puede otorgar alguien más allá del responsable mismo. Como si una vez, en términos de tragedia griega, el personaje acepta su error trágico (hamartía) y reconoce quién es, se descubre (anagnórisis) y en esa medida ya no justifica su acto atroz, sino que lo condena y se arrepiente; ya no quiere ser esa persona que hizo daño, la rechaza; quiere ser otra persona de aquí en adelante, ahí se podría perdonar.

¿O no?

Para bien del Teatro esperemos que no.

Volveríamos otra vez al final de la acción, al cierre del conflicto. El perdón, si se da, es necesario aplazarlo porque una vez dado activa el aburrimiento, el responsable queda libre de culpa y la víctima ya no carga con ese resentimiento hacia el causante de sus dolores. Cada vez que piense en él ya no le hará el mismo daño que le hacía antes de perdonarlo.

¿O sí?

Para bien del Teatro esperemos que sí.

Justicia salvaje

Dentro de las múltiples variantes de no perdón, aquellas que acuden a la ley del talión o al regocijo por la desgracia y el dolor del ofensor, la venganza está en primer lugar, esa venganza efectiva que aboga por un mal equivalente o mayor al mal recibido para que el vengador se sienta resarcido.

A pesar de ser atractiva como argumento infalible en dramaturgia, es claro que se encuentra inscrita en el derecho penal primitivo y tiene una finalidad alejada de la restauración o la reparación, y se acerca más a un sadismo primario a veces avalado por muchas figuras. Figuras de la cristiandad como Santo Tomás —«los bienaventurados verán en el reino celestial las penas de los condenados para que su bienaventuranza les satisfaga más»—, figuras de la aristocracia como Federico II, quien, según Dante, a los reos de lesa majestad les hacía poner capas de plomo para derretirlas luego en el fuego, o la interminable lista de castigos horrendos a los que someten a Damians en las primeras páginas de *Vigilar y castigar*, de Michel Foucault (recordemos que nunca maldice y solo dice «perdón, señor»).

¿Qué se ubica entonces entre la perversidad de la venganza y la levedad del perdón exprés?

Me atrevería a decir que el reconocimiento.

Perdón por nacer

Uno de los vicios morales más vergonzosos y poco aceptados es la envidia (otra de las pasiones infalibles en la construcción de personajes), y es común, más a este lado del mundo, que aquel personaje que es envidiado tenga que pedir perdón por sus logros,

sus éxitos, sus triunfos o, simplemente, por no haber sufrido en la medida que lo ha hecho el envidioso.

Los casos son innumerables: el personaje femenino que debe renunciar a sus victorias para que su pareja masculina no se hunda en el mar de la inferioridad o el personaje que supera los obstáculos y adquiere una reputación significativa, pero debe pedir perdón a quienes no los superaron y se abrigan en la cueva del anonimato. ¿Y cuál es la forma exigida de ese perdón? La abdicación a la posibilidad de ser eficaz para que sus cercanos no sufran el dolor de no ser el personaje que superó la mediocridad.

Unos y otros no tienen perdón.

No llore

En *Mantener el juicio*, la obra que realizamos entre el Teatro Petra y la JEP, una madre se enfrenta a quien mató a sus dos hijos; el actor que hacía de victimario (Jorge Iván) lloraba a mares cuando pedía perdón, era inquietante verlo; Marcela, la actriz que hacía el personaje de la madre, insistía en que ese llanto era excesivo, que él iba a conmover más que las víctimas. No lográbamos descifrar por qué esa solicitud y ese otorgamiento del perdón estaban incompletos.

¿La culpa era del exceso de lágrimas?

Hicimos muchos ensayos, pero las lágrimas de él eran inevitables, hasta que un día Marcela, encarnando el personaje de la madre y llorando, pero menos que él, le dice antes de salir: «No llore, que esas lágrimas a usted no le pertenecen». Ella lo perdona, pero le deja claro que el perdón no significa que no lo rechace.

El reputado perdón no es sinónimo de olvido.



Morada al Sur

A cincuenta años de la muerte del poeta Aurelio Arturo, GACETA hace un repaso a su vida y obra.

A mi madre y mi padre, hijos del sur

Un periodista le preguntó a Gabriel García Márquez, en una entrevista publicada en Barcelona en 1979, si ya tenía nombre para la colección de cuentos próximos a entrar a la imprenta.

«Sí», dijo García Márquez, «los voy a titular con un verso de un gran poeta colombiano ya muerto y poco conocido, Aurelio Arturo. El título será *Los días que uno tras otro son la vida*».

Lástima que no fue así.

Siete años atrás, el profesor y ensayista Carlos Rincón, quien vivía en Alemania, le dijo en una entrevista a la escritora mexicana Elena Poniatowska que «la incapacidad para reconocernos entre nosotros mismos nos hace retardatarios y oscuros. El ejemplo más elocuente de esa situación es el de Aurelio Arturo (...) Es el poeta más grande de Colombia, un poeta digno de figurar en una antología de poetas ingleses, sin duda un poeta de la estatura de Vallejo o de Neruda».

Aurelio Arturo nació el 22 de febrero de 1906 en el municipio de La Unión (antiguamente Venta Quemada), en el también naciente departamento de Nariño. Tal y como sucedió en su vida, poco a poco fue creciendo el aprecio por su poesía tras su muerte, el 23 de noviembre de 1974.

Hijo de un padre solvente, vivió su infancia y adolescencia en la hacienda familiar, cabalgando potros y oteando vacas, enamorado de la naturaleza, los vientos, el sol, la luz, el agua, el silencio, los árboles, las hojas, la «yerba»; de las noches «balsámicas» y mágicas pobladas de hadas; del amor fraternal —«Vinieron mis hermanos por juntar con mi sueño, espigas de sus sueños»—; de los trabajadores, los constructores de caminos y del vecindario; al cuidado de una adorable nodriza negra; arrullado por las notas del piano que su madre acariciaba en la casa grande. A todo eso, «el cantor», como se definió en un poema, les cantó «a los

cuatro vientos», con una belleza deslumbrante, en un lenguaje lleno de enigmas, metáforas y oxímoros:

*En las noches mestizas que subían de la hierba
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes
estremecían la tierra con su casco de bronce
negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.*

Cursó estudios básicos en Pasto y partió a Bogotá a caballo con sus libros y sus pertenencias en el lomo de una mula. Se graduó en Derecho en el Externado de Colombia y desempeñó diversos cargos públicos entre judicatura, administración y docencia. Su pasión por la poesía se acrecentó cuando, como traductor de la Embajada de los Estados Unidos, tuvo la oportunidad de realizar una visita cultural a ese país. Fue políglota y conocedor de lo mejor de la literatura de su tiempo. Tradujo a Kavafis y a los poetas ingleses de su época.

Sus primeros poemas datan de finales de los años veinte del siglo pasado y tienen un gran acento social, por la influencia que acontecimientos de la época, como la Revolución rusa, tuvieron en su pensamiento: «Yo soy Juan de la Cruz, llamado el héroe/ que vio a la tierra buena enloquecer/ y beber salvajemente la sangre brava/ y vio caer a sus compañeros junto a la cruel bandera/bajo el cielo incendiado de la revolución».

Dio un giro con el estalinismo, optó por la disrupción creativa e hizo de la sublimación del entorno, los recuerdos y los amores distantes de su tierra un acto revolucionario, sin renunciar a la esperanza justiciera.

Pocos poemas, publicados de cuando en cuando en las más importantes gacetas literarias de Bogotá, Cali, Manizales y Medellín, le abrieron a Arturo paso en la vibrante tertulia bogotana de aquellos años, en el Café Asturias y el Versailles, en los que compartía, entre otros, con Baldomero Sanín Cano, Rafael Maya, Eduardo Carranza, Rogelio Echavarría, Álvaro Mutis, José Manuel Arango, Germán Pardo García, Enrique Santos Molano, entrañable amigo, escritor e historiador, y Vicente Pérez Silva, su apreciado paisano de La Cruz de Mayo, incansable buscador de anécdotas y sucesos inéditos de la historia.

Allí dio a conocer su lírica impactante y mágica que lo convirtió en alguien imprescindible, a pesar de su sobriedad, modestia y distancia, ejercitadas con modales y elegancia. Siempre vestía traje, gabardina y corbatín. Se cuenta que buscó el concepto de Porfirio Barba Jacob —con quien suelen compararlo— sobre algunos de sus poemas y que es posible que haya habitado donde este vivió, como también en la casa donde se suicidó José Asunción Silva, otra de sus referencias.

En 1963 —por iniciativa del ministro de Educación, Pedro Gómez Valderrama, con el sello de esa entidad y compilado por el poeta Fernando Arbeláez—, se publica, casi contra su voluntad, *Morada al sur*, su única obra. Apenas trece poemas que

sacudieron con su imaginación, simbolismo y musicalidad el universo poético colombiano. Pasados algunos meses obtuvo el Premio Nacional de Poesía Guillermo Valencia. En el poema que da título al libro, canta:

*Te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola
hoja:*

*pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron,
por los bellos países donde el verde es de todos los colores,
los vientos que cantaron por los países de Colombia.*

Algunos de sus versos sueltos se citan, anónimos o apócrifos, por su esencia ambientalista, en estos tiempos de lucha porque reverdezca la tierra. En ellos da rienda suelta al arte de su palabra para exaltar los paisajes y su terruño, oros y bronce, pájaros y mariposas, pianos y tambores, carne y sangre, con la nostalgia de ese Sur inmenso, del que nunca se parte aun estando lejos y con el dolor de la madre muerta temprano, o en cualquier tiempo, que se lleva dentro del alma toda la vida.

«Este verde poema, hoja por hoja/ lo mece un viento fértil, suroeste/ Este poema es un país que sueña/ Nube de luz y brisa de hojas verdes» (...) «Este verde poema, hoja por hoja/ lo mece un viento fértil/ un esbelto viento que amó del sur hierbas y cielos/ Este poema es el país del viento».

El Sur de la vivencia íntima: «Por mi canción conocerás mi valle, su hondura en mi sollozo has de medirla». El de la añoranza y el anhelo: «Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida». El Sur histórico y ninguneado por siglos. Ese «país de valientes», como lo reconoció Bolívar, aunque le provocó iras por su realismo tozudo. Al que domeñó Sucre con crudeza: «Y en mi país apacentando nubes,/ puse en el sur mi corazón/y al norte, cual dos aves rapaces,/ persiguieron mis ojos el rebaño de horizontes».

La poética de Aurelio Arturo, por su complejidad, fue un tesoro apenas disfrutado y apostillado por rapsodas, ensayistas y críticos literarios como Eduardo Camacho Guizado, Rafael Gutiérrez Girardot, Juan Gustavo Cobo Borda, Fernando Charry Lara, Jaime García Mafla, Hernando Téllez, Rubem Braga, Danilo Cruz Vélez, Jaime Mejía Duque, Henry Luque Muñoz, Salvador Garmendia y otros.

Como luego lo harían Martha Canfield, Dasso Saldívar, Piedad Bonett, Graciela Maglia, Santiago Mutis, Marco Fidel Chávez, Julio César Goyes, Ramiro Pabón, Bruno Mazzoldi, Luis Fayad, Augusto Pinilla, María Mercedes Carranza, Beatriz Restrepo, Beatriz Robledo y muchos más. A la vez, con desprendimiento y amor por la poesía, forjó el radioperiódico *Voces del mundo*, dirigió el periódico *El Escritor*,

iniciativa de Enrique Santos Molano; colaboró con la revista *Eco* de la Librería Galería Buchholz y apoyó la revista *Golpe de dados*, al lado de Mario Rivero y Giovanni Quessep, su más cercano continuador.

En su poesía, plena de cantos a la naturaleza —la expresión más femenina de la existencia— refule el erotismo, la presencia sensual de mujeres que poblaron sus recuerdos o fueron creadas por sus más íntimos deseos: «Yo amé un país y de él traje una estrella/ que me es herida en el costado/ y traje un grito de mujer entre mi carne»; «mirarás la sangre oscura de mis labios: todo es en mí una desnudez tuya»; «nadie ha de quitarme esta noche en que fuiste/ larga y desnuda carne vestida de mi aliento».

En una sola inspiración lo más amado, la nostalgia terrígena, la tristeza profunda y la emoción abrumadora de los placeres:

*El país que tus ojos vive entre parpadeos
canta en mí con su largo sollozar innegable,
rumora en mí, y el ansia de tu boca madura,
y rumorán sin fin los valles de tu carne.*

*Dátil maduro, dátíl amargo escucha
mi corazón al filo del viento, tu gemido,
tu gemido gozoso a flor abierta.
Mecido en ti, lleno de ti se escucha,
y da al viento cenizas de tus gritos.*

En 1982, la Universidad de Nariño, durante la rectoría de Edgar Bastidas Urresty, convocó un concurso de ensayo sobre la poética de Aurelio Arturo, en el que se eligió *La palabra del hombre*, del joven escritor William Ospina, quien en adelante hizo de los versos de Arturo una enseña en sus creaciones como ensayista, poeta, novelista y prologuista de distintas ediciones de la obra arturiana: «...y tras el bronco río que se burla en la hondura, está el mundo de Arturo, crecen bosques fragantes, donde él vio descender la luna en las pupilas de una noche morada», escribió en su poema «En el cañón del Patía».

La reivindicación en grande de Aurelio Arturo se dio con la publicación de *Obra Poética Completa* en la Colección Archivos, Unesco (2003). Rafael Humberto Moreno-Durán coordinó la edición en la

que Hernando Cabarcas Antequera recopiló, estableció, precisó y anotó por primera vez la totalidad de lo escrito por Arturo, y el poeta Óscar Torres Duque reunió la crítica literaria alrededor de su obra. Como dice Cabarcas, el libro «permite valorar con amplitud a un autor caracterizado por su honda confianza en las posibilidades fundacionales de la palabra poética».

El centenario del nacimiento del poeta, en 2006, fue una oportunidad de nuevas valoraciones. El gobernador de Nariño, Eduardo Zúñiga Erazo, publicó un estuche de lujo contentivo de un facsímil de la primera edición de *Morada al sur* —hallado en una estantería en la Universidad Externado, donde reposaba hacia cuarenta años—, textos evocativos de varios autores y pinturas alusivas del pintor pastuso Manuel Guerrero Mora. Así mismo, el libro homenaje del maestro pastuso Manuel Estrada, con lo mejor de su pintura paisajística descrita con versos de Arturo.

La relación de Arturo con la pintura y los pintores fue constante. Eduardo Ramírez Villamizar realizó dos reconocidos dibujos de su rostro, algunos de sus poemas fueron ilustrados por Sergio Trujillo Magnenat, Francisco Gil Tovar, José Restrepo Rivera y Carlos Pellicer, y disfrutó de la amistad de Alejandro Obregón, Ramón Barba, Gonzalo Ariza y Jorge Elías Triana.

El filósofo, máster y doctor en Literatura Juan Pablo Pino Posada, en el libro *Oscuras canciones del viento* (Universidad de Antioquia, 2008), se adentra a fondo en el estudio de su poética y contrasta su visión con la de la crítica antecedente. En 2021 publicó su tesis doctoral: *Aurelio Arturo y la poesía colombiana del siglo xx* (Eafit). En 2022, el ejecutivo nariñense J. Germán Zarama, de la mano de Gilberto Arturo Lucio, hijo del poeta, también poeta, publican *Tras las huellas de Aurelio Arturo*, una novela biográfica que escudriña su vida reservada que está signada, en su etapa temprana, por la ausencia de rastros.

De la creación lírica de Arturo, algo más de setenta poemas, todavía inasible en su genialidad y grandeza, hay que decir con Vicente Pérez Silva: «A estas páginas, plenas de luz y sombras, una y otra vez tornaremos como a una fuente de aguas vivas, quienes —sedientos de belleza— aún no hemos perdido el goce infinito de amar, sentir y soñar».

Manifiesto (latente) del teatro fronterizo

I

Hay territorios en la vida que no gozan del privilegio de la centralidad.
Zonas extremas, distantes, limítrofes con lo Otro, casi extranjeras.
Aún, pero apenas propias.
Áreas de identidad incierta, enrarecidas por cualquier vecindad.
La atracción de lo ajeno, de lo distinto, es allí intensa.
Lo contamina todo esta llamada.
Débiles pertenencias, fidelidad escasa, vagos arraigos nómadas.
Tierra de nadie y de todos.
Lugar de encuentros permanentes, de fricciones que electrizan el aire.
Combates, cópulas: fértiles impurezas.
Traiciones y pactos. Promiscuidad.
Vida de alta tensión.
Desde las zonas fronterizas no se perciben las fronteras.

II

Hay gentes radicalmente fronterizas.
Habiten donde habiten, su paisaje interior se abre siempre sobre un horizonte foráneo.
Viven en un perpetuo vaivén que ningún sedentarismo ocasional mitiga y, además de la propia, hablan algunas lenguas extranjeras.
Se trata, generalmente, de aventureros frustrados, de exploradores más o menos inquietos que, sin renegar de sus orígenes, los olvidan a veces.
No debe confundirseles con los conquistadores. Ni con los colonos. Es obvio que ni llevan banderas ni acarrear arados. Raramente prosperan o son enaltecidos.
Todo lo más, acampan en la vida hasta que comienza a hacerseles familiar el entorno. O hasta que llegan otros y se instalan, y el paisaje comienza a poblarse y a delimitarse.
Entonces parten, hacia adentro o hacia afuera, hacia un lugar sin nombres conocidos.
Carecen por completo de amor a las costumbres.

III

Hay una cultura fronteriza también, un quehacer intelectual y artístico que se produce en la periferia de las ciencias y de las artes, en los alrededores de cada dominio del saber y de la creación.

Una cultura centrífuga, aspirante a la marginalidad, aunque no a la marginación, que es a veces su consecuencia indeseable, y a la exploración de los límites, de los fecundos confines.

Sus obras llevan siempre el estigma del mestizaje, de esa ambigua identidad que les confiere un origen a menudo bastardo. Nada más ajeno a esta cultura que cualquier concepto de pureza, y lo ignora todo de la Esencia.

Es, además, apátrida y escéptica y ecléctica.

De su desprecio por los cánones le viene el ser proclive a la Insignificancia y a la desmesura.

Como, por otra parte, no pretende servir a ningún pasado, glorioso o infame o humilde es contraria a la ley de la herencia, ni piensa contribuir a la edificación del futuro, sus obras son casi tan efímeras como la misma vida.

Ello no obsta para que en sus enclaves, en sus regiones imprecisas, ausentes de los mapas, irrumpen vocingleras las vanguardias, levanten sus tinglados los doctores académicos y acaben erigiéndose museos.

No hay por qué lamentarse demasiado. Surgen, aquí y allá, nuevas fronteras culturales. Incluso en lo que fueron antaño metrópolis del arte y de la ciencia, abandonadas hace tiempo, olvidadas acaso o mal comprendidas por los actuales mandarines, pueden abrirse parajes inusitados, remotos horizontes extranjeros.

Ocurre también que alguien descubre lindes transitables entre dominios en apariencia distantes, zonas de encuentro entre dos campos que se ignoraban mutuamente.

Así que, a la deriva, a impulsos del azar o del rigor, discurre permanentemente una cultura fronteriza, allí donde no llegan los ecos del Poder.

IV

Hay —lo ha habido siempre— un teatro fronterizo.

Íntimamente ceñido al fluir de la historia, la Historia, sin embargo, lo ha ignorado a menudo, quizá por su adhesión insobornable al presente, por su vivir de espaldas a la posteridad. También por producirse fuera de los tinglados inequívocos, de los recintos consagrados, de los compartimentos netamente serviles a sus rótulos, de las designaciones firmemente definidas por el consenso colectivo o privativo.

Teatro ignorante a veces de su nombre, desdeñoso incluso de nombre alguno.

Quehacer humano que se muestra en las parcelas más ambiguas del arte; de las artes y de los oficios. Y en las fronteras mismas del arte y de la vida.

Oficio multiforme, riesgo inútil, juego comprometido con el hombre.

Es un teatro que provoca inesperadas conjunciones o delata la estupidez de viejos cismas, pero también destruye los conjuntos armónicos, desarticula venerables síntesis y hace, de una tan sola de sus partes, el recurso total de sus maquinaciones. De ahí que con frecuencia resulte irreconocible, ente híbrido, monstruo fugaz e inofensivo, producto residual que fluye tenazmente por cauces laterales. Aunque a veces acceda a Servir una Causa, aunque provisionalmente asuma los colores de una u otra bandera, su vocación profunda no es la Idea o la Nación, sino el espacio relativo en que nacen las preguntas, la zona indefinida que nadie reivindica como propia. Una de sus metas más precisas —cuando se las plantea— sería suscitar la emergencia de pequeñas patrias nómadas, de efímeros países habitables donde la acción y el pensamiento hubieran de inventarse cada día.

Pero no es, en modo alguno, un teatro ajeno a las luchas presentes. Las hace suyas todas, y varias del pasado, y algunas del futuro. Solo que, en las fronteras, la estrategia y las armas tienen que ser distintas.





Cruzar

Estuve esperando a padre en el bosque. Luz, lodo, moscas, noche, remolinos de hojas. Padre había dicho que no me moviera de ahí. No hables con nadie. No te vayas hasta que vuelva. Y yo era obediente como la que más. También era enamoradiza y glotona. Y tenía hambre. Hambre de buñuelos con miel de panela, de pétalos de rosa con azúcar, y de suspiros, de dedos de pan dulce con mermelada de tomate de árbol, de membrillo, de taxo, hambre de todo y de querer. Y padre no volvía. Quién sabe por qué. Y solo tenía que ir a desenterrar las alhajas. Madre las había dejado en el bosque cuando pasó lo del alcalde, que fue casa por casa tomando lo que podía para pagar la deuda que dijo que habíamos contraído como pueblo. Y todos quedamos pobres, unos más que otros. Pero padre no volvió ni cuando lloré y grité y arañé la tierra con las uñas crecidas de la espera y el pelo largo en maraña lleno de tijeretas y bichos palo. Los que llegaron fueron dos mocitos. Uno feo y otro menos feo. Llevaban empanadas de viento y morocho calentito. Y yo me mordía los dedos del hambre. Vete al norte y te alcanzo después, dijo uno de los mocitos. El feo. Tenía los dientes chuecos, uno era negro. El otro no le respondía, solo movía las piernas como con ganas de hacer pis y el feo le hablaba y le hablaba. Que se fuera al norte, que arreglara todo con la mujer, el viaje, los papeles, la lancha, el cruce. Y que él iría con el dinero despuesito. El de las piernas temblorosas dudaba mucho y no decía nada. Y yo había estado tanto tiempo esperando que ya ni me veían, yo era bosque de pelos largos y escuchaba y comía dientes de león, que era todo lo que había cerca. Luego probé tréboles. Sabían a savia y crudo. Los dientes de león, en cambio, tenían algo dulce en las flores amarillas que estallaban. Y no vi nada más porque ya tenía a la Jucha respirándome en la oreja. La Jucha era mi hermana mayor y era como un tanque de gas. Bien bajita y cuadrada, pero fuerte de brazos. De la mano me llevó rápido, rápido camino a la finca. Y al regresar del bosque ya no era tanto una finca como media chacrita y una casa destartalada. Cuando llegamos me dijo la Jucha que padre no iba a volver, que nadie iba a volver, que había sacado las alhajas quién sabe hace cuanto y que para entonces debía estar ya en un bus, rumbo a Nueva York. Bueno, primero al norte de nosotros y luego a la Riviera Maya, para luego cruzarse al otro norte. Al norte de verdad. Todos se cruzaban y nadie volvía. Se los comía el norte. Madre estaba llorando en la cocina y así estuvo llora que llora mientras los ojos se le hacían chiquitos y metidos en las cuencas y tanto tiempo estuvo llorando que cuando le daba besos

sabía toda a sal y a pena, porque padre solo llamó una vez desde Nueva Jersey y luego ya no supimos más de él. Yo lo imaginaba ancho, panzón y feliz en un país lejano, en el país de Oz. Y la Jucha me dijo que no dijera bobadas, me abofeteó para que espabilara. Cuida a la madre, gritó, y se fue a trabajar en una finca acá lejos como peón porque padre ni siquiera mandaba dinero por Western Union como otros. Y así también se fue la Jucha. Y otro día me encontré al mocito en el bar. Al de las piernas temblorosas. El menos feo. Me acerqué caminando como boba y le pregunté si no era que se iba al norte. Me dijo que el otro mocito, lo llamaba Chamo, Chamo el feo, pensaba yo, lo había estafado y lo dejó varado allá en el norte, nuestro norte, que sigue siendo el sur. Y ahí estuvo él con una mujer que le hacía preguntas raras y le mandaba con paquetes de arriba abajo y le quitaba toda la plata, hasta que se escapó y volvió al pueblo. Me preguntó mi nombre. Rossi. Y tomamos aguardiente. Rossi. Y nos fuimos al bosque. Rossi, lodo, noche, moscas, luz clara, tijeretas en las piernas y en la panza. Nos hicimos novios y a mí el amor me crecía lento como florcitas de páramo y a él se le hinchaba el amor como se le hinchaba el futuro y se hacía grande y más grande. Y se fue. Cruzó porque el amor no era el norte. Nadie lo estafó la segunda vez. Cruzó y llegó a Nueva Jersey desde donde me llamaba. Me decía que allá nadie olía a tierrita, como yo, y que en las noches sonaban las luces encendidas todas en todos lados al mismo tiempo y le estallaban la cabeza. Un día, dijo, te compro un pasaje y vienes. Dijo que tenía mucho trabajo y que podíamos tener hijos y hasta un auto. Y yo lo quería. Lo quería todo. Pero él se fue olvidando del bosque y de mi pelo en maraña y un día me llamó y ya ni sabía mi nombre. Rossi. Rossi. Rossi. Porque el norte de verdad está en el futuro y quién quiere volver del futuro. Y yo sigo esperando en el bosque con el llanto de madre en la nuca. Y la Jucha que me ordenó: Cuida a la madre. Y papá que no te muevas hasta que vuelva. Y yo obediente como la que más. Me paso el día sentada en el lodo y las hojas y las hormigas que me caminan en la garganta esperando que se caiga el cielo, que me llame el mocito, el menos feo, que se levanten las hojas en remolinos y me lleven como a la Dorothy en un tornado hasta un país muy lejano. Y me estallan los dientes de león en la boca de tanta espera de aguardiente, que arde y quema rico. Y siempre anochece. Y las moscas vienen a rondarme.

Frontera

¿Qué significa la palabra «frontera» para los habitantes del barrio El Pozón? Sobre los márgenes del distrito turístico y cultural de Cartagena, GACETA, junto a la Fundación Magdalena, se pregunta por los límites a los que se enfrenta El Pozón en su relación con la ciudad y su territorio.

Óscar Enrique Berrio Royero
Gestor Cultural y Social

Quienes habitaron el territorio pozonero desde sus inicios se encontraron con un elevado montículo de tierra en forma de cordón que rodeaba y daba límite al barrio. Los vecinos de la comunidad lo denominaron «el terraplén». Hoy podemos decir que esa fue la primera frontera para los pozoneros. Hasta allí llegaba la extensión del barrio y hasta allí se acercaban los pobladores para mirar los lotes de engorde existentes y los extensos terrenos que al otro lado se podían observar. Al pasar los años, y en el momento del crecimiento geográfico del barrio, con el nacimiento de muchos de sus sectores (treinta y dos en total), se generó un fenómeno mal llamado «fronteras invisibles». Esta situación, tan lamentable como dolorosa, significó la diferencia y el enfrentamiento físico —ya no a puño limpio, como se hacía antes— de una nueva generación juvenil que sin razones de fundamento se iba a los golpes, a madrazos y armados, entre pares que vivían en otros sectores y que se daban cita poniendo como frontera una línea imaginaria sobre la que se «paraban en la raya». Sin embargo, quizá la frontera más cruel y la que ha significado un gran reto para los habitantes de El Pozón en estas cinco décadas de existencia urbana y comunitaria, ha sido vivir cerca de una ciudad que se enorgullece de ser heroica —por la gesta independentista de un pueblo popular y esclavizado que se levantó envalentonado para conquistar su libertad y procurar su dignidad—, aunque pareciese que de heroico ya nada tiene ese noble rincón de los abuelos. Es lo más cruel porque los habitantes de El Pozón se han encontrado una gran frontera que no les permite ser incluidos socialmente ni ser mirados desde la igualdad y desde la valoración por parte de otros sectores sociales que interponen fronteras para señalar y excluir. Esta última frontera es imperante, fuerte como una roca y le hace resistencia al pozonero, que ha empezado a creer más en su esfuerzo, en sus luchas internas colectivas e individuales y por eso ha conquistado poco a poco su desarrollo humano, holístico y académico. Esas fronteras no pueden significar más que el gran reto definitivo para demostrar cada día que la resistencia, la resignificación y la dignidad de un barrio con

visión de desarrollo integral es imparable. El Pozón no quedará rezagado, ni apartado ante una sociedad que se niega a mirarnos como iguales.

José Gómez

Estudiante de la IE Politécnico del Pozón

Una frontera en El Pozón es un espacio de encuentro y transformación, donde las barreras físicas y simbólicas se desdibujan a través de la cultura y la comunidad. En este lugar, las fronteras no solo delimitan territorios, sino que también representan la diversidad de voces, historias y sueños que coexisten. Es un cruce de caminos donde el arte, la música y la tradición se entrelazan, desafiando estigmas y construyendo puentes entre realidades. En El Pozón las fronteras se convierten en oportunidades para el diálogo, la creatividad y la reivindicación de la identidad colectiva.

Amalfi Rosales

Rectora de la IE Politécnico del Pozón

Desde la escuela visionamos al territorio del barrio El Pozón sin fronteras, entendidas ellas como los límites imaginarios que dividen, separan, excluyen, generan inequidad y violencia. Por eso, insistimos en una educación universal, sostenible y constructora de paz que derribe las fronteras entre la comunidad pozonera y procure por el bienestar común.

Alondra Salgado

Estudiante de la IE Politécnico del Pozón

Las fronteras son esa línea imaginaria que nos separa de otros países, de otras ciudades, de otros barrios, e incluso de otros sectores. Esa línea es invisible y solo tiene importancia porque se la damos. Esto genera patriotismo y divisiones ilógicas, peleas entre personas del común y entre gobiernos. Teniendo en cuenta esto, no sentimos la necesidad de ir más allá de estas fronteras porque creemos que somos libres de movernos a nuestra merced, pero la línea que te impide moverte está ahí. Quizás nuestra

vida debería ser solo eso, nosotros creyendo que independientemente de las limitaciones que tenemos somos capaces de ser libres, de sentir lo que queremos, actuar como queremos (mientras no afecte a otros) y así vivir como queramos.

Las fronteras constantemente son ambientes caóticos y conflictivos, ahí inician las guerras. Cuando colocamos un límite, nosotros como individuos le impedimos a otro sobrepasar esa línea que nos permite sentirnos cómodos, entonces inician las guerras, igual que en el mundo, pero es una guerra personal al final del día.

Jaider Antonio Vásquez Pérez

Presidente de la Junta de Acción Comunal Sector Veinte (20) de enero, barrio El Pozón

Este año celebramos el aniversario cincuenta y cinco de nuestro barrio. Durante ese tiempo hemos venido atravesando por unas fronteras generacionales que están llenas de distintas historias. El crecimiento, el desarrollo, la transformación y la riqueza cultural han sido las fronteras que se han transformado para unir y consolidar lo nuestro. Aquí cada uno de los sectores ha puesto el tejido de unión para que el barrio tenga el crecimiento y la consolidación que vive hoy.

Colaboradores

Francis Aljys

Artista belga que reside en México. Es reconocido por la profundidad conceptual y versatilidad creativa de sus proyectos. Aljys dirige su sensibilidad poética e imaginativa hacia preocupaciones antropológicas y geopolíticas, centradas en observaciones y compromisos con la vida cotidiana.

Ariel Arango Prada

Fotógrafo y documentalista independiente. Fundador y codirector de Entrelazando, productora audiovisual y editorial. Su trabajo se ha centrado en temas de identidad cultural con comunidades afro e indígenas, expresiones artísticas y urbanas, conflicto y memoria, principalmente en Latinoamérica. Su obra visual ha circulado en diversos espacios, tanto nacionales como internacionales, recibiendo distintas distinciones por ella.

Juan Arredondo

Periodista visual con enfoque en derechos humanos y conflictos sociales en Latinoamérica y Estados Unidos. Sus fotografías se han publicado en *The New York Times*, *National Geographic* y otros medios.

Luciana Cadahia

Filósofa argentina. Trabaja temas de estética, lo popular, el populismo y la emancipación vinculados a su formación en el idealismo alemán, el romanticismo y la filosofía de la diferencia francesa, así como el pensamiento político contemporáneo en América Latina y la filosofía de la historia.

Coqueta

Tallerista y directora de la Fundación Lxs Locxs, en Bogotá, una organización de base comunitaria para personas diversas.

Bram Ebus

Periodista, investigador y fotógrafo holandés residente en Bogotá.

Juan Pablo Echeverri

Artista colombiano reconocido por sus series fotográficas centradas en el autorretrato; resultado de la reflexión sobre la imagen personal y los estereotipos culturales.

Santiago

Escobar-Jaramillo

Fotógrafo y editor. Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia, con maestría en Fotografía y Culturas Urbanas de Goldsmiths, University of London. Ha desarrollado proyectos fotográficos en varios países de África, Asia, Suramérica, Europa y Estados Unidos. Recibido varios reconocimientos y distinciones con participación en más de setenta exposiciones nacionales e internacionales, colectivas e individuales.

Natalia García Freire

Escritora y periodista de Cuenca, Ecuador. *Nuestra piel muerta*, su primera novela, fue traducida a inglés, turco, francés, italiano y danés. *Trajiste contigo el viento* fue su segunda novela. *La máquina de hacer pájaros* es su primer libro de relatos. Tenía un jardín, cruzó el Atlántico con el gato y todavía escribe.

Juan Fernando Herrán

Artista egresado de la Universidad de los Andes con maestría en Escultura del Chelsea College of Art de Londres. Es profesor titular de la Universidad de los Andes en el área de Artes Plásticas, donde dicta talleres de Escultura, Dibujo e Instalación, en el pregrado, y el curso Conceptos y herramientas de Artes Plásticas en la Maestría MAPET. Exhibe su trabajo nacional e internacionalmente tanto de manera colectiva como individual desde 1992.

Pamela Huerta

Periodista peruana explorando fronteras y crimen organizado. Ha trabajado investigaciones referentes a narcotráfico, trata de personas, extorsión y dinámicas transfronterizas. Actualmente en la unidad de investigación de datos del diario *La República*, miembro del Connectas Hub y colaboradora de InfoAmazonia en Perú.

Iván Herrera

Fotógrafo y realizador audiovisual bogotano. Ha expuesto ampliamente su trabajo visual y recibido varios reconocimientos a su trabajo, entre los que destacan la Beca Exposición de la Galería Santa Fe (Bogotá 2013), el Premio de Fotografía Ciudad de Bogotá (2018) y el Premio Nacional de Fotografía (2021). Ha sido director de fotografía de largometrajes como *La defensa del dragón* (2017) y *Malta* (2024).

Laura Langa Martínez

Escritora e investigadora. Doctora en Antropología Social y Cultural por la Universidad Autónoma de Madrid. Codirectora de la Productora Audiovisual y Editorial Entrelazando. Su trabajo se ha centrado en investigar los procesos de Justicia (in)Transicional, la violencia y la memoria. Actualmente forma parte del proyecto I+D+i NECROPOL: del giro forense a la necropolítica del CSIC (España). Ha trabajado como docente y consultora para varias organizaciones, entre ellas la CNTI en el último informe sobre violencia sociopolítica contra el pueblo Nasa en el norte del Cauca.

Alejandro Lanz Sánchez

Abogado de la Universidad de los Andes. Es director ejecutivo de la organización Temblores ONG. Desde su experiencia laboral ha trabajado en organizaciones de la sociedad civil defendiendo los derechos humanos de las personas LGBTI. Durante su trayectoria ha construido litigios estratégicos comunitarios para defender los derechos fundamentales de las comunidades históricamente vulneradas.

Jorge Mario Múnera

Fotógrafo documental y editorial. Su obra abarca distintos aspectos de la sociedad colombiana, así como su patrimonio cultural y ambiental.

María Andrea Parra

Artista visual de la Pontificia Universidad Javeriana y máster en Fotografía Documental y Artística de la Escuela TAI de Madrid, actualmente se desempeña como fotógrafa documental y realizadora audiovisual. Su trabajo sobre comunidades rurales ha sido exhibido en Colombia y España.

Libia Posada

Médica y cirujana de la Universidad de Antioquia y artista visual. Su trabajo se ha desarrollado en los límites entre el arte y la medicina. Mediante el uso de diferentes medios, como la instalación, la fotografía y los proyectos en comunidad, ha propuesto reflexiones críticas en torno al cuerpo como espacio de escenificación de la existencia, un *cuerpo-paciente*, político, social, económico, cultural, histórico y geográfico.

Lina Quevedo

Sociólogo y activista transmasculino colombiano, lidera la lucha por los derechos de la comunidad trans en Colombia. Es vocero del Proyecto de Ley Integral Trans, considerado uno de los más completos a nivel mundial. Como coordinador pedagógico de la Liga de Salud Trans, promueve la educación sobre derechos sexuales y reproductivos, trabajando por una sociedad más inclusiva.

Dorit Rabinyan

Nació en Kfar Saba, Israel, en el seno de una familia judía de origen iraní. Su primera novela, *Novias persas*, se tradujo a diez idiomas y recibió diversos premios, convirtiéndola en una de las más importantes figuras del panorama literario israelí. En 1997 recibió el Premio de la Academia de Cine Israelí al mejor guion para televisión, el Premio Eskholpor por su segunda novela, *Strand of a Thousand Pearls*, y, en 2015, el Premio Bernstein por la novela *Todos los ríos del mundo*. Vive en Tel Aviv.

Federico Rios

Ganador del Premio ICRC Humanitarian Visa d'or 2023 en Perpignan y Fotoperiodista del año Poy Latam 2023. En 2020 publicó su libro *Verde* sobre diez años documentando la guerrilla colombiana de las FARC-EP. Su trabajo más reciente se centra en la migración y el cruce de personas por el Tapón del Darién.

César Rozo Montejo

Sociólogo y director de Proyectos de la Asociación Teje Teje, con más de cuarenta años de experiencia en diseño, gestión, implementación, seguimiento y evaluación de proyectos sociales, ambientales y culturales orientados a la preservación y recuperación de las tradiciones de diversas comunidades indígenas en Colombia.

Fabio Rubiano

Dramaturgo, director y actor. En 1985 fundó con Marcela Valencia el Teatro Petra. Es licenciado en Arte Dramático de la Universidad del Valle. Estudió seis años en el Taller de Investigación Teatral de Santiago García. Ha dirigido y escrito más de veinte obras, de las cuales cuatro han sido Premio Nacional de Dramaturgia, además de ser representadas en escenarios tanto nacionales como internacionales. Recibió el Premio Nacional de Dirección Teatral en 2013.

Marta Ruiz

Periodista y excomisionada de la Verdad en Colombia. Ha cubierto diversas dimensiones de la guerra y la paz en su país, por lo que ha recibido premios como el Rey de España, el Simón Bolívar o el premio de la SIP. Hizo parte del equipo de la revista *Semana* hasta 2017. Trabajó en otros medios escritos y en televisión, incluso en dramatizados. Ha pertenecido a diferentes organizaciones defensoras de la libertad de prensa. En la Comisión de la Verdad se enfocó en los procesos de reconocimiento de responsabilidad y la investigación y escritura del *Informe Final*, entre otros.

Vicky Sánchez

Mujer trans y defensora de derechos humanos. Vive en Bogotá y forma parte del colectivo de la Fundación Lxs Locxs como líder comunitaria. Participa en La Epicentra, escuela de salud para géneros no normativos. Trabaja en confección. Es una voz activa en la lucha por los derechos de las personas pospénadas y la inclusión social.

José Sanchis Sinisterra

Dramaturgo y director teatral español. Es uno de los autores más premiados y representados del teatro español contemporáneo y un gran renovador de la escena española, siendo también conocido por su labor docente y pedagógica en el campo teatral.

Guillermo Arturo Segovia Mora

Abogado, periodista, investigador social y magíster en Estudios Políticos Asesor en temas de comunicación, cultura, justicia, derechos humanos y paz. Melómano y bibliófilo. Autor de los libros: *Nariño pueblo rebelde y bravo*, *¡Viva el carnaval! Carnaval de Negros y Blancos de Pasto*, *La Guaneña al frente va*, y *Movimientos sociales en la historia de Colombia*.

Margarita Serje

Doctora en antropología social de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París. Profesora titular del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, donde coordina el grupo de investigación Naturaleza y Sociedad.

Vicenta María Siosi Pino

Comunicadora social, magíster en Escrituras Creativas. Premio nacional de literatura infantil Comfamiliar del Atlántico 2000 con *La señora Iguana*, obra publicada en escritura braille por editorial Norma. Mención de honor Concurso ENKA 1998, de novela juvenil. Premio-Beca Colcultura en Documental para televisión 1995. Traducida a danés, inglés y francés. Primera mujer indígena publicada en Colombia. Es animadora de lectura en su pueblo Wayuu.

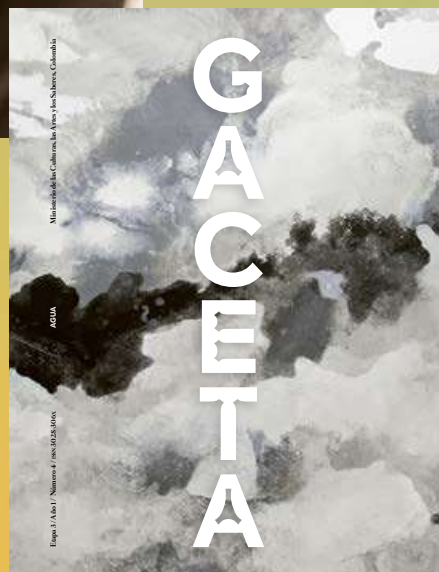
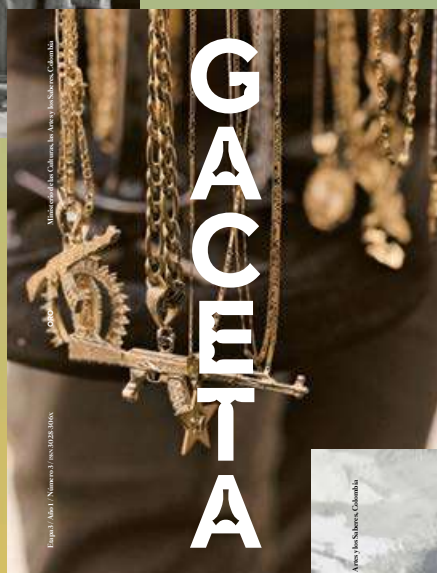
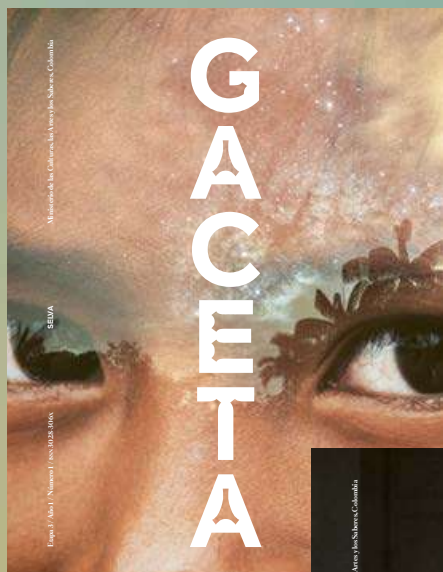
Adriana Urrea

Filósofa de formación, ha combinado su vida académica con el trabajo en el mundo de la cultura, las artes y lo editorial desde el sector público y privado. Su trabajo teórico se ha desarrollado en el ámbito de la Estética y la Poética, la Filosofía del Arte, la relación Filosofía-Literatura y las Artes Vivas.

Miguel Winograd

Historiador y fotógrafo. Le interesan las complejas interconexiones entre los paisajes de los Andes tropicales, las historias de resistencia y regeneración ambiental, y las narrativas del conflicto social. Trabaja con procesos fotográficos análogos en gelatina de plata. Sus fotos han sido expuestas internacionalmente y publicadas en distintos medios.

Ya están disponibles los cuatro primeros números de la revista bimestral de culturas, artes y saberes: **GACETA**



Encuéntrela en librerías independientes, bibliotecas públicas y en gaceta.co



Culturas

Las culturas hablan en GACETA Sonora

Escúchalas aquí:



Conversaciones GACETA:

GACETA presenta y revive el legado de la emblemática revista cultural colombiana, explorando temas clave de la actualidad cultural del país. A través de entrevistas con artistas, escritores y pensadores, este podcast ofrece un espacio para reflexionar sobre la riqueza, los desafíos y las transformaciones de la cultura colombiana, manteniendo el enfoque crítico y plural que ha caracterizado a la revista desde su fundación en 1976.



La Vorágine: la historia de la fiebre del caucho

Cien años nos separan del momento en el que José Eustasio Rivera publicó *La vorágine*, una novela que sacudió la literatura hispanoamericana y denunció el genocidio cauchero que sufrieron miles de indígenas amazónicos. En cinco episodios les contaremos la historia de esta tragedia, con las voces de expertos y de las comunidades que aún guardan estas memorias dolorosas.



Conversación pendiente:

Es posible dialogar de manera respetuosa sobre temas que dividen a la sociedad colombiana, abordando asuntos polémicos que no suelen tener respuestas fáciles ni definitivas. Aquí, los invitados exploran la complejidad de cada tema, ofreciendo distintas perspectivas y dejando al público con preguntas y reflexiones en lugar de conclusiones cerradas. Aquí se habla de todo sin fanatismos ni puntos de vista ganadores. ¿Conversamos?



Hacia el corazón del galeón San José:

Este es un viaje sonoro a la fascinante expedición científica y arqueológica del galeón San José, hallado en las profundidades del Caribe colombiano. Descubra las intrigantes teorías sobre el hundimiento, las avanzadas tecnologías utilizadas en la exploración, los objetos históricos que han emergido tras siglos de silencio y cómo las comunidades locales han participado en la protección y valoración de este patrimonio cultural.



El Palomar

Aquí se explora la cultura colombiana. Desde la historia del M-19 y su impacto en el teatro colombiano, hasta la identidad afrodescendiente, la representación de fenómenos naturales en las artes y la celebración de la diversidad sexual y de género. A través de entrevistas con artistas y pensadores se abordan temas sobre cómo la cultura y las artes transforman la realidad, conectan a las personas y visibilizan las luchas y las identidades.

¿Será cerámica?

• Calle 10 n.º 4 - 69 | Bogotá

• ENTRADA GRATUITA

• Lunes a viernes 9: 00 a. m. a 4: 30 p. m.

• museos@caroycuervo.gov.co

*El hombre tierra fue, vasija, párpado
del barro trémulo, forma de la arcilla,
fue cántaro caribe, piedra chibcha,
copa imperial o sílice araucana.*

Pablo Neruda (1904-1973), *Amor América*, 1950

Capitanejo - Santander, 1960

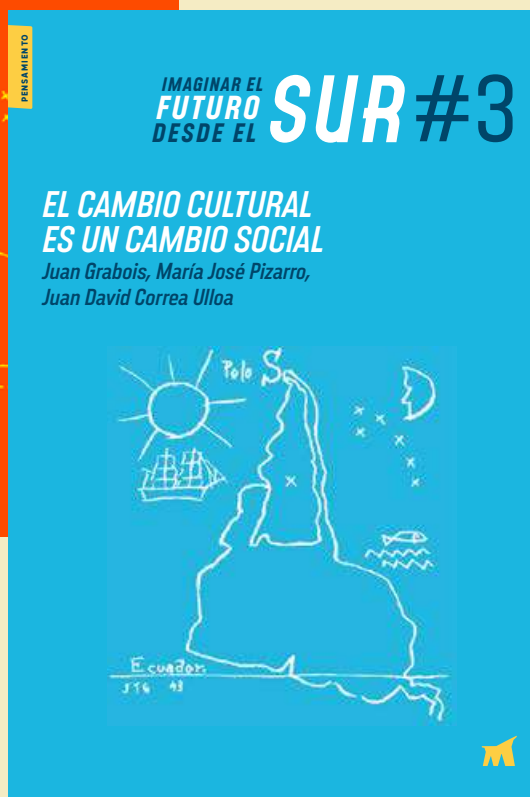


Culturas



caroycuervo.gov.co

«Creemos que la cultura de paz se construye en el disenso. Proponemos la imaginación como un valor esencial en la construcción de sociedades más justas. El sur es el futuro».



El ciclo de foros Imaginar el Futuro desde el Sur es una iniciativa del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Encuentre estos cuadernos y otras publicaciones disponibles en este código QR.





Culturas

¿mos en el bos- que

Expedición por la literatura
infantil y juvenil colombiana

Exposición hasta marzo

≡ 2025 ≡

Biblioteca Nacional de Colombia

Calle 24 No. 5 - 60, Bogotá

Entrada libre



TARJETA SOY CULTURA



Culturas



FINANCIACIÓN



FORMACIÓN



LOGÍSTICA



ACCESO A
ESPACIOS
CULTURALES



TRANSPORTE



BIENESTAR



OTROS
SERVICIOS

Pieza integral de la política cultural destinada a la economía popular.

Ofrece servicios, beneficios,
descuentos y programas específicos
dirigidos a artistas, creadores,
gestores y sabedores de Colombia.



Haz parte de la comunidad
con el Registro Único
Nacional de Agentes
Culturales y **solicita
la Tarjeta digital
Soy Cultura.**

INSCRÍBETE AQUÍ

soycultura.mincultura.gov.co



«¡Que se corten esos árboles enormes!»	Margarita Serje	11
Échele candela al monte	Marta Ruiz	14
Un vacío entre las estrellas	Laura Langa Martínez	20
Inírida: espejo del sol	César Rozo Montejó	26
De Siapana a Machique	Vicenta María Siosi Pino	31
América Latina: la unidad abigarrada	Entrevista a Luciana Cadahia	35
Los narcos más pobres en la cadena del narcotráfico	Pamela Huerta – Bram Ebus	39
Darién	Federico Rios	46
Gentes de pose	Alejandro Lanz Sánchez	53
Politizar la herida	Coqueta – Vicky Sánchez – Lina Quevedo	57
Las blancas manos no se quiebran	Juan Arredondo	65
El retorno del exilio	Dorit Rabinyan	73
Un museo física y simbólicamente fronterizo	Museo de la Ciudad Autoconstruida	78
Las artes se irrigan	Adriana Urrea	84
El desprestigio del perdón	Fabio Rubiano	89
Morada al Sur	Guillermo Arturo Segovia Mora	93
Manifiesto (latente) del teatro fronterizo	José Sanchis Sinisterra	96
Cruzar	Natalia García Freire	100

FRONTERA

arenosa, de concreto, mental, móvil:
¿cómo se configuran nuestros límites hoy?
GACETA revisa la construcción de nuestros
contornos y la manera en que dibujamos
un horizonte sobre ellos.

Editorial	7
Frontera	102
Colaboradores	104